

¿Te perdiste una edición del 2020?

CULTURA

EMERGENCIA CLIMÁTICA

FASCISMO

DROGAS

ANIMALES

AGUA

SEXO

RACISMO

RISA

DISCAPACIDAD

Para la cultura dominante el futuro parece existir como un reino al que podemos arribar. Como promesa de un mejor mañana o como amenazante peligro, parece estar allí, aunque invisible o desdibujado, esperando nuestro arribo. Para muchas culturas indígenas mesoamericanas y andinas el futuro no es un territorio al cual arribar sino una dimensión que se construirá desde los pasados que están a la vista.

GUADALUPE VALENCIA Y RAÚL H. CONTRERAS

El pasado viaja en nuestra espalda, muy cerca del olvido, y sólo abrimos los ojos hacia el hechizo del futuro que nos aguarda. Se supone que avanzamos hacia él. Pero en este presente incierto que mantiene el mañana en pausa quizá lo único que nos quede para sostenernos es mirar lo recorrido, hacer un repaso de lo hecho y encontrar ahí, a lo mejor, una idea de futuro.

NONA FERNÁNDEZ SILANES

El futuro no está allí, impertérrito, y nosotros viajando hacia él. El futuro es una permanente construcción del presente. Y viceversa. [...] Es el dasein que nos impele, sobre todo cuando nos pensamos más allá de nuestro horizonte personal.

JOSÉ EDELSTEIN

Estos nuevos movimientos nos permiten vislumbrar de distintas formas el surgimiento de otra racionalidad que no sólo se opone a la injusticia social y económica sino que también nos reconecta con la naturaleza y nos permite reinventar lo que significa ser un humano. Por ahora esta nueva cultura sólo es un atisbo en el horizonte.

SILVIA FEDERICI

Las remeras de mis amigas están impresas con la leyenda "The Future Is Female": el futuro es femenino. Esa consigna está en prendedores y en carteles también: hay hasta baberos para bebés que la llevan escrita. Poca gente es tan optimista con el futuro de otras masas oprimidas (los pobres, por ejemplo, el proletariado o el precariado global) como lo es con el futuro de las mujeres, y ya hablaremos de esa poca gente.

TAMARA TENENBAUM

Tenemos los medios para resolver todos los problemas de la humanidad, el verdadero problema es de dirección: no sabemos a dónde vamos, y necesitamos saberlo, determinar sobre qué fundamento debemos construir o reconstruir nuestras sociedades.

AMIN MAALOUF

FUTURO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

NÚMS. 867/868, NUEVA ÉPOCA

\$50 ISSN 0185 1330

FUTURO

¿Cómo pensar el futuro? ¿De qué manera imaginan los niños su porvenir? ¿Qué inventos está fraguando la ciencia? ¿Qué pasará con las distintas civilizaciones después de la pandemia?

Thania Aguilar • Soledad Álvarez Velasco • Ave Barrera • Javier Betancourt • Iréri Ceja Cárdenas Oliverio Coelho • Raúl H. Contreras Román • Adolfo Córdova • Elisa Díaz Castelo • José Edelstein Salvador Fabela • Silvia Federici Nona Fernández Silanes • Sofía Flores Fuentes • Gabriela Frías Villegas • Ana Galvañ • Gastón García Marinozzi • Sarah Howe Elvira Liceaga • Robin Myers • José Emilio Pacheco • Trevor Paglen Edmundo Paz Soldán • Joca Reiners Terron • Papús von Saenger Tamara Tenenbaum • Guadalupe Valencia • Isabel Zapata

LAS CIVILIZACIONES DESPUÉS DEL COVID-19

ENTREVISTA CON AMIN MAALOUF
JORGE VOLPI

EL ÚLTIMO REFUGIO DE LA LEPRO

ADRIÁN ROMÁN

EL VACÍO Y LA MUERTE

ENTREVISTA CON ANDREA BAJANI
ALEJANDRO GARCÍA ABREU

VIOLADORES

SARA BERTRAND

¡Te la enviamos!

unam.numerosatrasados@gmail.com



Visita nuestra plataforma digital:

www.revistadelauniversidad.mx

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



culturaUNAM





FUTURO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO



NÚMS. 867-868, NUEVA ÉPOCA
\$50 ISSN 0185 1330



culturaUNAM



UNAM
La Universidad
de la Nación

RECTOR

Dr. Enrique Graue Wiechers

COORDINADOR DE DIFUSIÓN CULTURAL

Dr. Jorge Volpi

CONSEJO ASESOR UNIVERSITARIO

Lic. Anel Pérez

Dr. William H. Lee Alardín

Dr. Jorge E. Linares Salgado

Mtra. Socorro Venegas

Dra. Guadalupe Valencia García

CONSEJO EDITORIAL

Miguel Alcubierre

Magali Arriola

Nadia Baram

Roger Bartra

Jorge Comensal

Abraham Cruzvillegas

José Luis Díaz

Julietta Fierro

Luzelena Gutiérrez de Velasco

Hernán Lara Zavala

Regina Lira

Pura López Colomé

Frida López Rodríguez

Malena Mijares

Carlos Mondragón

Emiliano Monge

Paola Morán

Mariana Ozuna

Herminia Pasantes

Vicente Quirarte

Jesús Ramírez-Bermúdez

Papús von Saenger

CONSEJO EDITORIAL INTERNACIONAL

Andrea Bajani

Martín Caparrós

Alejandra Costamagna

Philippe Descola

David Dumoulin

Santiago Gamboa

Jorge Herralde

Fernando Iwasaki

Edmundo Paz Soldán

Juliette Ponce

Philippe Roger

Iván Thays

Eloy Urroz

Enrique Vila-Matas

NÚMS. 867/868, NUEVA ÉPOCA
DICIEMBRE DE 2020 / ENERO DE 2021

DIRECTORA

Guadalupe Nettel

COORDINADORA EDITORIAL

Nayeli García Sánchez

COORDINADORA DE REVISTA DIGITAL Y MEDIOS

Yael Weiss

JEFA DE REDACCIÓN

Paulina del Collado Lobatón

CUIDADO EDITORIAL

Samuel Cortés Hamdan

DIRECTORA DE ARTE

Carolina Magis Weinberg

DISEÑO Y COMPOSICIÓN TIPOGRÁFICA

Rafael Olvera Albavera

DERECHOS DE AUTOR

Carmen Uriarte Acebal

Blanca Estela Díaz

INVESTIGACIÓN Y ARCHIVOS

Verónica González Laporte

DISTRIBUCIÓN

Graciela Martínez Corona

COMUNICACIÓN Y RELACIONES PÚBLICAS

Monserrat Ilescas

VINCULACIÓN Y PROYECTOS PARA JÓVENES

Yvonne Dávalos

EDICIÓN WEB

Alejandra Mena

ASISTENCIA EDITORIAL

Elizabeth Zúñiga Sandoval

ASISTENCIA DE DISEÑO

Krystal Mejía

FOTOGRAFÍA

Javier Narváez

DISEÑO DE LA NUEVA ÉPOCA

Roxana Deneb y Diego Álvarez

SERVIDORES, BASES DE DATOS Y WEB

Fabian Jendle



IMAGEN DE PORTADA: BERNARDA NIBERA CONIČ, LOST, 2020

Teléfonos: 5550 5792 y 5550 5794

Suscripciones: 5550 5801 ext. 216

Correo electrónico: editorial@revistadelauniversidad.mx

www.revistadelauniversidad.mx

Río Magdalena 100, La Otra Banda, Álvaro Obregón, 01090, Ciudad de México

La responsabilidad de los artículos publicados en la Revista de la Universidad de México recae, de manera exclusiva, en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución; no se devolverán originales no solicitados ni se entablará correspondencia al respecto.

Certificado de licitud de título y certificado de licitud de contenido en trámite. Revista de la Universidad de México es nombre registrado en la Dirección General de Derechos de Autor con el número de reserva 04-2017-122017295600-102.



NOCHE DE PAZ

con la Orquesta Filarmónica de la UNAM

Un presente musical con los
mejores deseos de la OFUNAM



Transmisión: domingo 13 de diciembre, 2020 · 12 horas

f t i y Música UNAM

www.musica.unam.mx

#CulturaUNAMenCasa



*La verdadera generosidad hacia el futuro consiste
en entregarlo todo al presente.*

ALBERT CAMUS

ÍNDICE

5 EDITORIAL

Guadalupe Nettel

DOSSIER

7 CUANDO DIGO FUTURO

José Edelstein

14 RELATIVITY / RELATIVIDAD

Sarah Howe

17 ¿EL FUTURO ES FEMENINO?

Tamara Tenenbaum

23 LAS CIVILIZACIONES DESPUÉS DEL COVID-19

ENTREVISTA CON AMIN MAALOUF

Jorge Volpi

30 ALLÁ AFUERA HAY MONSTRUOS

Edmundo Paz Soldán

37 LOS SUEÑOS HUMILDES

Guadalupe Valencia y

Raúl H. Contreras Román

44 PULSE ENTER PARA CONTINUAR

Ana Galvañ

53 EL PORVENIR YA ESTÁ AQUÍ

Gabriela Frías Villegas

61 LA POSTMEMORIA: EL FUTURO DEL OLVIDO

Gastón García Marinozzi

66 LA ASTROLOGÍA, HOY Y MAÑANA

Javier Betancourt

75 EL ENREDO DEL TIEMPO

Nona Fernández Silanes

80 REENCANTAR EL MUNDO

Silvia Federici

88 THE RACES / LAS CARRERAS

Robin Myers

95 ALGUNAS EXPERIENCIAS CON LA ADIVINACIÓN

Papús von Saenger

100 UNA PIEDRA EN EL ESTANQUE DEL FUTURO

Adolfo Córdova

108 EL JUEGO DE LOS SIETE ERRORES

Joca Reiners Terron

114 POEMAS

José Emilio Pacheco

ARTE

116 TREVOR PAGLEN: UNA PREGUNTA POR LA MIRADA

Carolina Magis Weinberg

PANÓPTICO

EL OFICIO

- 126 EL VACÍO Y LA MUERTE ANTE LA LITERATURA**
ENTREVISTA CON ANDREA BAJANI
Alejandro García Abreu

EN CAMINO

- 130 UN MAPA DE VOCES MIGRANTES SOBRE LA PANDEMIA**
Soledad Álvarez Velasco e Iréri Ceja Cárdenas

ALAMBIQUE

- 133 LULU Y NANA: MÁS CERCA DE GATTACA**
Salvador Fabela

- 137 ÁGORA**
VIOLADORES
Sara Bertrand

- 141 PERSONAJES SECUNDARIOS**
LISE MEITNER Y EL SECRETO DE LA FISIÓN NUCLEAR
Sofía Flores Fuentes

- 145 OTROS MUNDOS**
LA CIUDAD DEL HANSEN O EL ÚLTIMO REFUGIO DE LA LEPROSIA
Adrián Román

CRÍTICA

- 150 THE DISCOMFORT OF EVENING**
MARIEKE LUCAS RIJNEVELD
Elisa Díaz Castelo

- 153 SU CUERPO DEJARÁN**
ALEJANDRA EME VÁZQUEZ
Thania Aguilar

- 156 LAS MALAS**
CAMILA SOSA VILLADA
Ave Barrera

- 158 LAS VOLADORAS**
MÓNICA OJEDA
Isabel Zapata

- 161 ¿POR QUÉ TE EMPEÑAS EN SUFRIR ASÍ?**
KIM MYEONGSUN,
NA HYESEOK Y KIM YRYEOP
Oliverio Coelho

- 165 UN AMOR**
SARA MESA
Elvira Liceaga

- 169 NUESTROS AUTORES**





Fotografía de Thanos Pal. Unsplash ©

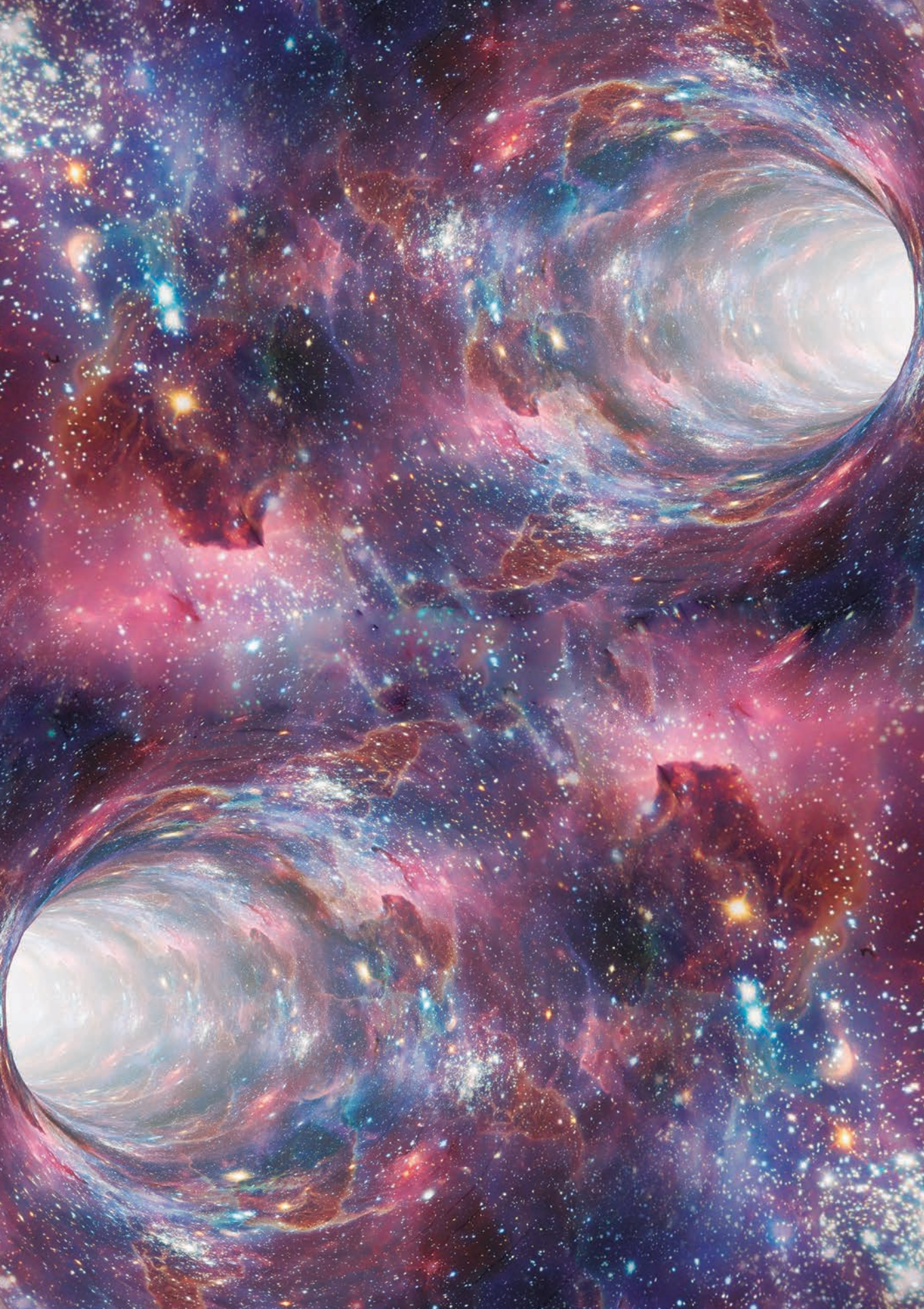
¿FUTURO?

*Lo único que hace posible la vida es una
incertidumbre permanente e intolerable:
no saber lo que viene a continuación.*

URSULA K. LE GUIN

¿De qué estará hecho el futuro? ¿De árboles, de lagos y flores, de composta? ¿O será, por el contrario, un insaciable cementerio, un planeta desierto? ¿Será más respetuoso, más autosustentable, más cercano a la tierra, más colectivo o más rapaz e individualista? ¿Qué especies seguirán poblando el planeta y cuáles se habrán extinguido? ¿Cómo será la relación entre hombres y mujeres? ¿Seguirá existiendo el género? ¿Cómo andará nuestra salud? ¿Y nuestro tablero político? ¿Qué pasará con las distintas civilizaciones después de la pandemia? ¿Cómo será la realidad? ¿Virtual o analógica? ¿El futuro será un robot implantando órganos impresos en 3D en un solitario quirófano o una diminuta cámara de video surcando el universo a la velocidad de la luz? ¿Conseguiremos por fin hacer viajes en el tiempo? ¿Cómo serán las máquinas que habremos inventado? ¿Para qué nos serviremos de ellas? ¿Qué humanos o qué sistemas se servirán, a su vez, de nosotros? ¿Qué podemos hacer mal y qué podemos hacer bien? ¿Qué eventos decidiremos registrar y cuáles olvidar? ¿Qué relación tendremos con la memoria, con el almacenamiento de recuerdos? ¿Alguien puede, a través de los sueños o de las artes adivinatorias, predecir el porvenir, evitarlo, modificarlo? ¿Existe realmente el futuro o es verdad, como aseguran los místicos de todas las tradiciones, que sólo tenemos el ahora? ¿Se puede hablar de ese tiempo o siquiera pensar en él si no es con interrogantes?

Guadalupe Nettel





CUANDO DIGO FUTURO

José Edelstein

a Eva y Elisa, que surcan libres la eternidad del recuerdo

Nuestras vidas tienen la proa puesta en una dirección inequívoca: el futuro. Hacia allá vamos, a veces más rápido de lo que nos gustaría y otras tantas con pasmosa lentitud. Todos los caminos que ofrece el tiempo son de dirección única, una inexorabilidad que no era difícil de entender en épocas de relojes absolutos, de campanarios medievales que marcaban las horas para todos por igual. “El tiempo absoluto, verdadero y matemático, el de sí mismo y por su propia naturaleza, fluye uniformemente sin ser afectado por nada externo”, decía Isaac Newton. Pero a principios del siglo pasado se resquebrajaron estas convicciones de un modo sorprendente cuando Albert Einstein nos enseñó que el paso del tiempo depende del estado de movimiento y de la posición de quien lo experimente.

CAPRICHOS DEL TIC TAC

La teoría de la relatividad nos dice que la cadencia de los relojes transcurre más lentamente cuanto más rápido se muevan o cuanto más cerca de un cuerpo masivo como nuestro planeta se encuentren. Nos referimos a todos los relojes, incluyendo a los biológicos que marcan el ritmo de nuestro envejecimiento. Sin embargo, aquellos que vivimos en plan-

◀ Hoyo de gusano. Imagen de Genty, Pixabay ©

ta baja y aunque nos pasemos el día corriendo apenas podremos disfrutar de una fracción de segundo más que quienes viven en pisos altos y son más sedentarios, ya que el efecto sólo es significativo a velocidades cercanas a la de la luz o cuando la diferencia de alturas es al menos como el tamaño del planeta.

El físico uruguayo Enrique Loedel Palumbo sacó enorme provecho de sus conversaciones con Einstein cuando éste anduvo por el Río de la Plata, el sudamericano fue autor del primer trabajo científico escrito en el continente sobre la teoría de la relatividad. Maestro y coautor en varias publicaciones científicas de Ernesto Sabato, Loedel describió el fenómeno por el cual un observador ve que el reloj de otro está marcando el tiempo a un ritmo menor que el suyo, con la belleza y contundencia de un soneto llamado "Relatividad del tiempo":

Que el tiempo en dos sistemas diferentes
se deslice de un modo desigual,
podría parecer paradójal;
mas existen razones suficientes,

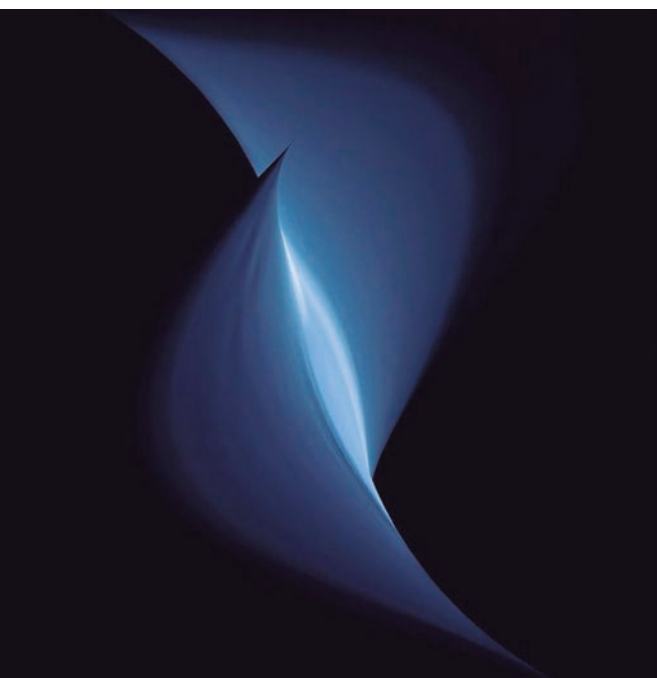
que esgrimidas por sabios diligentes,
con un lenguaje abstruso y especial,
demuestran de manera harto cabal,
que son muchas, del tiempo, las corrientes.

Sin tomarme un trabajo desmedido,
prescindiré del cálculo aburrido,
y he de probar lo mismo en dos plumazos;

pues nos dice al respecto la experiencia,
que se alargan las horas de la ausencia,
mientras que vuelan con la amada en
[brazos.¹

Estos dos efectos de dilatación temporal son comprobados millones de veces al día por los innumerables usuarios del GPS (Global Positioning System), sistema que los tiene muy en cuenta a la hora de comparar los relojes del dispositivo —nuestro celular o un navegador— con los de los satélites que se mueven a catorce mil kilómetros por hora y a más de veinte mil kilómetros de altura. Los relojes atómicos de los satélites se ven tironeados por los dos efectos: mientras que su velocidad los llevaría a atrasarse, su altura les acelera el pulso. Y es éste último el efecto que predomina. Si no se tuvieran en cuenta los efectos relativistas, el GPS sufriría un desajuste de once kilómetros diarios!

Acaso lo más extraordinario en el paso del tiempo sea aquello que se mantiene inmuta-



Margot Kalach, *Euclides*, 2020. Cortesía de la artista

¹ Enrique Loedel Palumbo, "Relatividad del tiempo", *Versos de un físico*, Talleres Gráficos Olivieri y Domínguez, La Plata, 1934.

Pero, ¿acaso existe alguien que pueda leer estas líneas antes de que yo las escriba?

ble. En palabras de "Final del año", de Jorge Luis Borges:

es el asombro ante el milagro
de que a despecho de infinitos azares,
de que a despecho de que somos
las gotas del río de Heráclito,
perdure algo en nosotros:
inmóvil.²

Aquello que permanece, que nos permite inferir que el universo de hoy es el mismo que el de ayer, es la velocidad de la luz en el vacío: 299 millones 792 mil 458 metros por segundo. No importa en qué alejado rincón del universo la observemos, ni en qué momento lo hagamos, todas las evidencias sugieren que los fríos números arrojarán el mismo resultado. Una de las pocas certezas que alumbra el porvenir es que así seguirá siendo.

Como todas las certezas, ésta tiene consecuencias imprevistas: el cambio de estatus definitivo del tiempo y el espacio. La medición de estas dos cantidades ya no requiere de unidades distintas. Cualquier intervalo de tiempo define una longitud (la distancia que la luz recorre en ese lapso) que será la misma en cualquier lugar y momento. La velocidad de la luz en el vacío se convierte así en un mero factor de conversión entre unidades de tiempo y espacio, sin mayor relevancia que el utilizado para pasar de millas a kilómetros. El tiempo y el espacio resultan intercambiables, dos caras de una misma moneda.

Desde ahora, tanto el espacio en sí mismo como el tiempo en sí mismo estarán condenados a

desvanecerse en meras sombras. Sólo un tipo de unión entre ambos preservará una realidad independiente,

escribió Hermann Minkowski, fundiéndolos para siempre en una unidad inseparable: el espacio-tiempo, escenario total del universo físico.

Cuando buscamos en esta gran danza colectiva de relojes antiguas certidumbres, nos encontramos con que ya no están allí. La teoría de la relatividad no permite establecer que dos acontecimientos hayan tenido lugar en sincronía. La simultaneidad es un asunto que no tiene una respuesta única y depende del observador. Incluso el orden en que dos eventos ocurren dependerá del estado de movimiento de quien los observe. Habrá quien los juzgue simultáneos, pero también estarán quienes vean el uno preceder al otro o el otro preceder al uno. Pero, ¿acaso existe alguien que pueda leer estas líneas antes de que yo las escriba? La respuesta es concluyente: no. Estos dos eventos están causalmente conectados y, por lo tanto, la teoría de la relatividad garantiza que su orden temporal es universal, protege la relación causa-efecto. En cambio, pares de eventos que no están relacionados causalmente serán siempre simultáneos para algún observador, asunto digno de recordar la próxima vez que alguien nos diga que la posición de los astros en el cielo *en el momento* de nuestro nacimiento nos determina.

LA PERSISTENCIA DE LA MEMORIA

El 9 de marzo de 1923, Einstein impartió una conferencia sobre la teoría de la relatividad en la Residencia de Estudiantes de Madrid y fue

² Fragmento de Jorge Luis Borges, "Final del año", *Obras completas 1923-1972*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1974, p. 30

presentado y traducido por José Ortega y Gasset. Allí se alojaba en ese entonces el joven Salvador Dalí, quien no podía dejar de acudir a semejante cita. El impacto que las ideas relativistas tuvieron en su obra fue rotundo. Unos años más tarde pintó *La persistencia de la memoria*, el célebre cuadro de los relojes blandos, colgados como trapos húmedos al sol. Parecía preocuparle la salvaguarda de los recuerdos en un cosmos tan poco respetuoso de la universalidad del curso del tiempo. Si no estamos de acuerdo en la simultaneidad del presente, tampoco estaremos de acuerdo en los dominios del pasado, allí donde reside la memoria, ni en los del futuro, proscenio en el que habremos de representar nuestro porvenir.

Si el universo es un tendedero infinito de blandos relojes, ¿podemos surcarlo usando a nuestro favor la flacidez del tiempo? ¿Engarzar flechas del tiempo como un pez atento a sacar provecho de todas las corrientes que encuentra a su paso? En parte sí, pero quizás no del modo deseado. Liberados del lastre que entraña compartir la cadencia de los relojes, podríamos hacer un viaje de ida y vuelta hasta el centro de la Vía Láctea, que está a casi treinta mil años luz de distancia, regresando apenas unos cuarenta años más viejos. La relatividad nos permitiría envejecer más lento que aquellos que no compartan el viaje. Habrán transcurrido en la Tierra decenas de miles de años. No quedará memoria de la misión que nos llevó al espacio y seremos recibidos con previsible hostilidad. Los idiomas habrán cambiado, por lo que no podrán entendernos. Quizás seamos percibidos con la misma condescendencia con la que nosotros vemos a los primates, preguntándonos si sus sonidos y gestos constituyen un lenguaje. Musitaremos incomprensidos y llenos de nostalgia:

El tiempo es un latido
jugándose en la trampa del pasado y el
[olvido.

Maldito, sinvergüenza y adorable,
él ya sabe que es culpable
de una broma sin sentido.

Los versos de un antiguo tango que resonarán con nuevo significado.

A pesar de estas contraindicaciones, hay investigadores que se han esforzado en intentar torcer la muñeca de Cronos. Todo viaje es un proceso con una causa (la partida) y un efecto (la llegada), pero quizás sea factible sacudir el tendedero con fuerza, de modo que en la coreografía de laxos relojes se abra una senda que invierta el sentido de la flecha del tiempo. La posibilidad de plegar el espacio-tiempo de semejante modo fue explorada por el físico mexicano Miguel Alcubierre. Es necesaria para este origami cósmico, sin embargo, la existencia de materia que permita transgredir el límite de velocidad impuesto por la luz. La materia y la energía ordinarias, por el contrario, ralentizan la luz. Sólo un ente exótico y desconocido podría imprimirle mayor velocidad. Dado que no lo hemos observado ni en nuestros laboratorios ni en los telescopios, cabe la esperanza de que esta estrafularia sustancia se encuentre en el interior de los agujeros negros, convirtiendo a estas criaturas en potenciales puertas de entrada de anhelados pasadizos en los que el pasado y el futuro se confundan.

La posibilidad de viajar en el tiempo a través de estos callejones a los que se conoce como "agujeros de gusano", pares de hoyos negros conectados por su garganta interior, ha sido fantaseada desde la novela *Contacto* (1985), de Carl Sagan. Un agujero de gusano puede conectar dos lugares muy distantes del univer-



Stephen Hawking celebra una fiesta para viajeros en el tiempo. Fotografía de LWp KOMMUNIKÁCIÓ ©

so. Atravesándolo se podrían zanzar distancias siderales en una fracción de segundo, lo que sería visto desde afuera como un viaje más rápido que la luz. Podríamos llegar a las galaxias más remotas en un breve instante. La teoría de la relatividad muestra que, de ser así, habría observadores que nos verían viajando hacia el pasado. Sin embargo, a menos que el interior de estas criaturas albergue entidades exóticas que no se ajusten a nada de lo conocido, los agujeros de gusano no se podrían atravesar como si fueran un túnel.

No parece factible que el interior de tales regiones sombrías nos permita estas aventuras. Si nos dejáramos caer en un hoyo negro gigante —en uno pequeño nos triturarían las fuerzas de marea—, podríamos experimentar cosas extravagantes. Por ejemplo, la existencia de más dimensiones espaciales, como muestra la película *Interstellar* (Christopher Nolan, 2014). Y aunque no podríamos salir por otro agujero

negro cuyo interior estuviera conectado con aquel que hemos elegido para nuestra zambullida, lo cierto es que podríamos ver aquello que cae en él. Podríamos encontrarnos allí con una persona que viviera en los confines del universo. Lo difícil sería ponernos de acuerdo para concertar el encuentro: cualquier señal que enviáramos tardaría miles de millones de años en llegar. El encuentro sería fortuito: dos personas que se sumergen en la garganta de un agujero de gusano entrando por puertas cósmicas distintas y distantes. Así, el interior de un puente de Einstein-Rosen podría albergar una casa de citas a ciegas intergalácticas.

LA FIESTA INOLVIDABLE

El domingo 28 de junio de 2009, la habitación que Stephen Hawking tenía en el colegio Gonville and Caius se acondicionó para una fiesta muy especial. Botellas de champán, globos multicolores y deliciosos canapés que se des-



Margot Kalach, *Einstein*, 2020. Cortesía de la artista

plegaban sobre una larga mesa cubierta por un mantel elegante. El anfitrión había tomado todos los recaudos. La fiesta a la que nadie había sido invitado debía comenzar con puntualidad inglesa. A la hora prevista, sin embargo, no vino nadie. Hawking decidió dar un tiempo de cortesía por si había algún rezagado impenitente. Media hora más tarde dio por terminada la espera y se retiró a descansar.

Algunos días más tarde se dispuso a completar el singular experimento. Redactó carteles de invitación indicando sin ambigüedades la localización espacio-temporal de la frustrada fiesta. Atento a la quisquillosidad que entraña la flema británica, se aseguró de aclarar que no era necesario confirmar la asistencia y ordenó su difusión masiva. Era muy importante que la invitación perdurara en el tiempo para que llegara a ellos, los crononautas que pudieran venir desde el futuro a una fiesta que ya se había celebrado. Hawking había hecho instalar un enorme cartel que les daba la bienvenida. El hecho de que ninguno se hubie-

ra presentado fue interpretado por él como una prueba concluyente de que los viajes al pasado son imposibles. Aunque lo cierto es que no se puede descartar la posibilidad de que no hubieran asistido porque la propuesta no les resultara atractiva. O porque prefirieran permanecer de incógnito.

Fue el propio Hawking quien formuló en 1992 la llamada “Conjetura de protección de la cronología”, un principio general que impediría las excursiones espacio-temporales cerradas; es decir, viajar en el espacio-tiempo regresando al punto de partida. Lo planteó, con su agudeza humorística habitual, como una “protección cósmica a la existencia de historiadores”. Y es que si estas excursiones fueran posibles la relación causa-efecto quedaría en entredicho aun para una partícula subatómica; es fácil argumentar que no tendría sentido un concepto tan sencillo como el de su posición actual: la partícula podría estar en muchos lugares a la vez, fruto de sus numerosas incursiones en el pasado. Una única viajera del tiempo podría haberse presentado en una multitud de copias de sí misma en la fiesta de Hawking.

El resultado era el previsto. De otro modo, ¿cómo explicar que ningún admirador de Einstein, de los muchos que seguramente habitarían el futuro, haya viajado al pasado para dictarle al oído los hallazgos sucedidos tras su muerte? Aunque, pensándolo mejor, quizás sea ésta la única manera de dar una explicación verosímil para los cuatro trabajos revolucionarios que publicó, con sólo 26 años de edad, entre marzo y septiembre del *annus mirabilis*...

CUANDO DIGO FUTURO

Nuestras vidas tienen la proa, decíamos, puesta en la dirección inequívoca del futuro. Pero

éste no es un desangelado puerto que nos espere inerte. Es cierto que en el espacio-tiempo sólo hablamos de posiciones e instantes y allí sí podemos pensar en un punto de llegada cuyas coordenadas ya están inscritas. El lugar y hora de nuestra muerte, por ejemplo, serán algunos de los ya potencialmente deparados, aunque nosotros los ignoremos. El futuro, allí, es inexorable y la imposibilidad de revertirlo, entera responsabilidad de la teoría de la relatividad.

Si la flecha del tiempo está signada por la tendencia al desorden, en cambio, como sugieren numerosos pensadores del ámbito de la termodinámica, podríamos esforzarnos en revertirla parcialmente con grandes dosis energéticas, como cuando ordenamos nuestra habitación o luchamos en otros frentes contra el deterioro inapelable. Y está bien hacerlo, siempre que tengamos el recaudo de no invertir nuestro bien máspreciado, el tiempo que tenemos por delante, en una denodada lucha por impedir su transcurso.

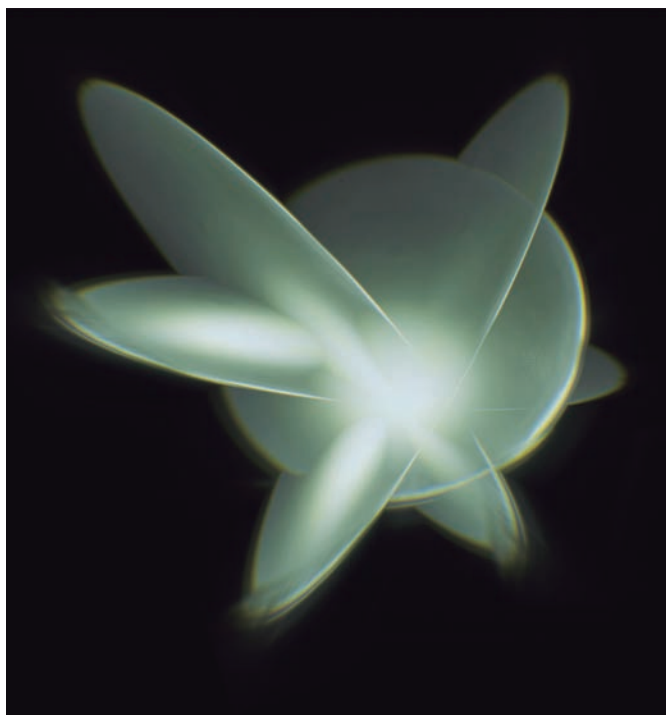
No puedo dejar de hacer notar, sin embargo, el individualista carácter de los sueños de conquista del futuro y de los párrafos anteriores. El anhelo de viajar en el tiempo o de prolongar el futuro hasta la inmortalidad siempre es presentado como un afán personal. No me atrevo a decir que no sea un deseo legítimo. Lo que más me sorprende es que seamos capaces de supeditar a éste la acaso más justificada dosis de lucha contra el desorden y el deterioro —de nuestro entorno, por ejemplo, pero también de la convivencia colectiva— que merecen y les debemos a nuestros hijos y nietos.

El futuro no está *allí*, impertérrito, y nosotros viajando hacia él. El futuro es una permanente construcción del presente. Y viceversa.

Lo escribió Omar Jayyam hace casi mil años en su poema filosófico *Rubaiyyat*,

El dedo en movimiento escribe; y, habiendo
[escrito,
sigue adelante: ni toda tu piedad ni tu
[ingenio
lo atraerá de nuevo para cancelar media
[línea,
ni todas tus lágrimas enjuagan una palabra
[de ella.

Es el *dasein* que nos impele, sobre todo cuando nos pensamos más allá de nuestro horizonte personal. Cuando podemos mirar a los ojos a nuestros hijos y decirles en tono convincente: te convido a creerme cuando digo futuro. **U**



Margot Kalach, *Escamas*, 2020. Cortesía de la artista

POEMA

RELATIVITY

Sarah Howe

for Stephen Hawking

When we wake up brushed by panic in the dark
our pupils grope for the shape of things we know.

Photons loosed from slits like greyhounds at the track
reveal light's doubleness in their cast shadows

that stripe a dimmed lab's wall—particles no more—
and with a wave bid all certainties goodbye.

For what's sure in a universe that dopplers
away like a siren's midnight cry? They say

a flash seen from on and off a hurtling train
will explain why time dilates like a perfect

afternoon; predicts black holes where parallel lines
will meet, whose stark horizon even starlight,

bent in its tracks, can't resist. If we can think
this far, might not our eyes adjust to the dark?

POEMA

RELATIVIDAD

Sarah Howe

Traducción RUM

para Stephen Hawking

Cuando despertamos estremecidos por el pánico en la oscuridad
nuestras pupilas tantean la silueta de las cosas cotidianas.

Fotones desatados de los resquicios como galgos en la pista
revelan la dualidad de la luz en la proyección de sus sombras

que rayan la pared de un laboratorio ensombrecida —sin ser ya partículas—
y con una onda se despiden de todas las certezas.

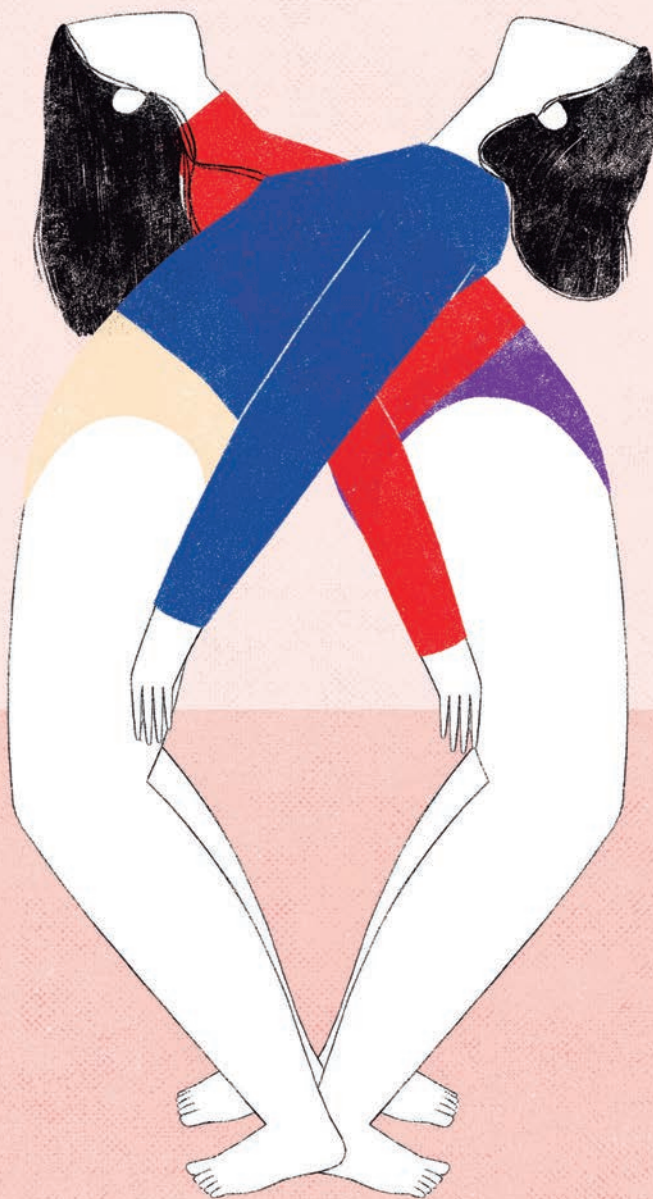
Pero ¿qué es cierto en un universo que se desvanece con efecto doppler
como el ulular de una sirena a medianoche? Dicen

que una luz parpadeante vista desde dentro y fuera de un tren desbocado
explicaría por qué el tiempo se dilata como una tarde

perfecta; predice los hoyos negros en que las líneas paralelas
se encontrarán, cuyo vacío horizonte ni la luz de las estrellas,

plegada en su estela, puede resistir. Si podemos entender
lo remoto, ¿no podrían nuestros ojos adaptarse a la oscuridad?

Publicado en *The Paris Review* el 8 de octubre de 2015. Disponible en <https://www.theparisreview.org/blog/2015/10/08/on-relativity/> Se reproduce con autorización.



Maricarmen Zapatero, No. 26, basada en la obra de Arielle Bobb-Willis, 2020



¿EL FUTURO ES FEMENINO?

Tamara Tenenbaum

Hay una relación íntima entre dos de las contiendas filosóficas más interesantes del presente: la cuestión del feminismo y la batalla entre pesimistas y optimistas. Cuando digo *íntima*, hablo en un sentido figurado pero que quizás se toma la metáfora de forma más carnal de lo que debería: no como sinónimo de una relación fuerte o cercana, sino como algo que habla de la intimidad, de la única que conozco, la que es oscura y enroscada, contradictoria e impermanente.

Las remeras de mis amigas están impresas con la leyenda "The Future Is Female": el futuro es femenino. Esa consigna está en prendedores y en carteles también: hay hasta baberos para bebés que la llevan escrita. Poca gente es tan optimista con el futuro de otras masas oprimidas (los pobres, por ejemplo, el proletariado o el precariado global) como lo es con el futuro de las mujeres, y ya hablaremos de esa poca gente. La actitud optimista con respecto al feminismo, en cambio, es eslogan y moneda corriente. Y sin embargo, muchas de las filósofas y filósofos feministas y queer más interesantes del siglo XXI (Sara Ahmed, Lauren Berlant, Lee Edelman y Eve K. Sedgwick, por mencionar sólo algunos ejemplos) han dedicado sus carreras a hacer una crítica despiadada del optimismo. Escribo estas líneas a medida que las pienso, tratando de desteter la maraña afectiva que organizan. La filosofía para mí ha sido siempre una vía para acercarme a mis propios miedos de una forma más auténtica que la que me propone el lenguaje del yo, así que hacia allí estoy yendo, lo prometo.



Maricarmen Zapatero, *Intuición*, 2020

Entiendo las razones para ser optimista con el futuro de las mujeres: hemos avanzado tanto. Pienso en mi abuela o en mi mamá; nuestras vidas fueron radicalmente distintas. Como crecí en una comunidad judía ortodoxa que hace todo lo posible por organizar su vida bajo reglas medievales, soy una moderna crítica pero una moderna convencida: no desconfío tanto como mis colegas de las mieles de la Ilustración. Pienso que mi vida es indiscutiblemente mejor que la que tuvieron ellas; que es indiscutiblemente mejor poder divorciarse, poder vivir sola, poder acostarse con quien una quiere, poder trabajar y ganar el propio sustento, que no poder hacer nada de esto. No tengo ninguna nostalgia por las “parejas de antes” y las “familias de antes” y los “pueblos de antes”: no extraño nada de los viejos lazos sociales que nos cuidaban y nos oprimían en el mismo movimiento. Y sin embargo hay algo de la remera del futuro femenino que me incomoda, que me da ganas de llevar la contraria.

Pienso sobre todo en el horizonte de los próximos cincuenta años (un futuro que, si todo sale bien, yo podría perfectamente lle-

gar a vivir). Esta revitalización del feminismo en el que vivimos todavía no cumple una década y yo ya siento justamente cómo la trampa del optimismo puede entorpecer un proceso que recién empieza, aunque muchos ya estén hartos de él.

En su libro *Vivir una vida feminista* la teórica Sara Ahmed analiza una serie de testimonios de quienes en Estados Unidos se nombran “trabajadoras de la diversidad”; mujeres contratadas por universidades (en el caso particular del estudio que realizó la autora) para ocuparse de que las instituciones resulten lo suficientemente “diversas”, lo que sea que eso signifique. En América Latina esta institucionalización del feminismo es mucho menor; sin embargo, al menos en Argentina, se puede ver. Hay comisiones de género en muchas instancias públicas, editoras de género en algunos medios de comunicación, delegadas o encargadas de igualdad de género: en mi país incluso tenemos un Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad. Por supuesto, hay un nivel en el que todo esto es positivo: el hecho de que las organizaciones tengan que hacerse cargo de los múltiples factores que abarca eso que llamamos “la cuestión de género” (la igualdad de oportunidades, la violencia, el acoso, la salud sexual y reproductiva, y más) habla de todas esas cosas que antes eran toleradas y hoy son intolerables.

Sin embargo, como señala Ahmed en conversación con las profesionales de la diversidad, a veces no hay nada más fácil que inventar una comisión para mantener un estado de cosas: aparentar un cambio para que nada cambie. Todas las que alguna vez tuvimos que ser feministas institucionales sabemos cómo funciona: se supone que una es la editora de género del periódico, pero es un título honorario

para el que no hay dinero ni tiempo adicional; la comisión de género de la universidad puede reunirse y consta como un logro orgulloso en el sitio web, pero no tiene ninguna influencia real sobre la política universitaria; hay un buzón para denuncias de violencia de género en la oficina, pero se sabe que nadie lo chequea, y así sucesivamente. Si protestamos, somos codiciosas y pesadas, nada nos resulta suficiente. Y más todavía: si protestamos, sabemos que estamos perdiendo capital simbólico, posibilidades de congraciarnos con los jefes que “nos hicieron el favor” de darnos un espacio y una posición. Si protestamos, arriesgamos nuestras propias carreras. A veces protestamos. Muchas veces no lo hacemos. Este “maquillaje feminista” de las instituciones, entonces, no es necesariamente un paso previo a un futuro feminista: puede ser lo que lo aniquile. El optimismo puede aniquilarnos.

Digo esto último en varios sentidos: cuando algo se vuelve fachada no solamente puede ser inútil y desmovilizante; también es agotador. Una conocida dramaturga y directora de mi país, con un talento descollante y una amplia trayectoria, me comentó cansada que la habían convocado de un teatro para armar un ciclo: lo único que le pedían era que fuera sobre “temática de género”. Ella le encontró la vuelta, como decimos en Argentina (tampoco tenía mucha opción: en un 2020 pandémico no hay pan duro para la gente del teatro), pero junto con otras colegas que trabajamos en la cultura comentamos lo extenuante que era tener que hacer de cupo femenino una y otra vez cuando una sencillamente quería hablar de otra cosa, como hacen con total libertad los colegas varones. Ese agotamiento nos vuelve complacientes, díscolas y resignadas, todo a la vez: no son pocas las mujeres que pre-

fieren abandonar la conversación feminista para no ser encasilladas en ella o porque sienten que se vuelve un lugar de consensos tibios y aplausos institucionales donde no pueden hacerse propuestas riesgosas ni debates apasionados. Tampoco hay lugares reales: si no se lleva la agenda de género a cuentas ni se reclutan mujeres por el hecho de serlo, es improbable que piensen en una.

La creencia de que *marchamos* inexorablemente hacia un futuro feminista invisibiliza el hecho de que en esa primera persona del plural somos pocas las que estamos incluidas. La filósofa Lauren Berlant habla a lo largo de su obra de un concepto que llama el *optimismo cruel*. Hay muchos sentidos en los que puede entenderse, pero entre ellos sin duda está la idea de una promesa incumplida, que es inclu-



Maricarmen Zapatero, No. 27, basada en la obra de Holly Warburton, 2020

Afirmar que el presente y el futuro son feministas deja en la oscuridad la realidad de que [...] todavía falta muchísimo para que sus frutos estén bien repartidos.

so algo más: una promesa casi imposible, una para la que no se están construyendo las condiciones pero que se sigue “vendiendo” como posible. Dicho de otro modo: afirmar que el presente y el futuro son feministas deja en la oscuridad la realidad de que, aunque el feminismo es algo que viene de todas las clases sociales (y no de abajo hacia arriba), todavía falta muchísimo para que sus frutos estén bien repartidos. Suelo ponerlo en estos términos: en el fondo, si en cincuenta años la mayoría de las mujeres del mundo tuviera las mismas posibilidades de elección que tengo yo, me daría por más que satisfecha. Pero siento, justamente, que la fantasía de que eso ya está sucediendo conspira contra la posibilidad de que suceda.



Maricarmen Zapatero, *De otros tiempos*, 2020

Tengo una piel innegable con la teoría feminista y queer que reivindica los afectos negativos y la pulsión de muerte. Uso la palabra *piel* no porque piense que se trata de algo innato (probablemente no lo sea: seguro tiene que ver con las experiencias que he atravesado, y quizás sobre todo con la de estudiar la carrera de Filosofía), sino porque es una especie de inclinación emocional que no siempre puedo explicar: me produce escozor el optimismo de las charlas TED y el feminismo corporativo; me estremecen los productos “girl power” incluso o quizás más cuando celebran a las chicas jóvenes, blancas, flacas y privilegiadas como yo. En cambio, siento cómo me corre la sangre por las venas cuando leo en *No al futuro* de Lee Edelman sobre la posibilidad de pensar por afuera del progreso infinito, de vivir mirando hacia atrás más que hacia adelante; quizás por eso me cuesta tanto esto de pensar el futuro de las mujeres. Pero, además de todo, soy feminista; pienso que tengo un compromiso ético de pensar por fuera de mis pasiones, mis esnobismos y mis hábitos.

No recorro para eso a ningún optimismo bobo postcapitalista, sino a otra autora que sabe que quizás este pesimismo tiene muchas virtudes y sirve para analizar muchas cosas (lo que falta, lo que hay que mirar, lo que hay que saber que no está resuelto) pero que también tiene límites, sobre todo a la hora de pensar políticamente.

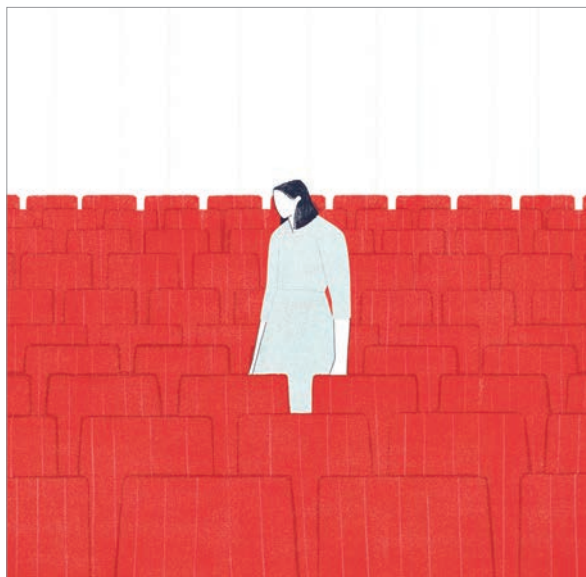
En uno de esos textos filosóficos que me cambiaron la vida y me hacen llorar cada vez (el capítulo cuatro de su libro *Touching Feeling*), Eve K. Sedgwick analiza el modo en que cierta forma paranoide de pesimismo se volvió la regla en la teoría crítica en general, y quizás más incluso en la teoría queer. Señalar cons-

tantemente todo lo que está roto permite que no nos sorprendamos cuando efectivamente las cosas están rotas: abre, en ese sentido, una fantasía de control. Nos da también la satisfacción de sentir que al descubrir el velo del optimismo, al mostrar que todo sigue estando podrido, estamos haciendo lo más poderoso que podríamos estar haciendo.

Sedgwick no niega la importancia de muchos autores con este estilo de análisis, pero propone otra forma de leer como complemento necesario: la posición reparadora. Leer desde ahí abre la posibilidad de sorprendernos: con lo malo y con lo bueno también. Nos deja ver que entre la precariedad hemos creado vínculos afectivos y políticos cuyo valor es incalculable, que en esas rendijas ya existe un mundo mejor y de ahí va a salir también ese futuro de los próximos cincuenta años: del muro podrido pero también de esas grietas luminosas.

Pienso que si a veces me aferro a todo eso que todavía falta, a esa verdad innegable de que el feminismo parece tendencia pero no lo es o al menos no en el sentido en que nos gustaría que lo fuera, es porque considero innegable que hay cosas que han cambiado para bien, y no entiendo del todo cómo pero hay un duelo que hacer también ahí.

Mientras termino de escribir este texto, en Argentina esperamos a ver qué pasa con el proyecto de interrupción voluntaria del embarazo, que llega al Congreso como otros años pero en esta ocasión, por vez primera, por iniciativa del Poder Ejecutivo Nacional, que encabeza Alberto Fernández. Creo que tiene muchas chances de salir bien; al mismo tiempo ya estamos alertándonos entre nosotras sobre todo lo que podría salir mal, y sobre lo que va a costar que, una vez que sea ley, efectivamen-



Maricarmen Zapatero, No. 23, basada en la obra de María Svarbova, 2020

te se cumpla. Y arriba de esas dos emociones hay una más: la sensación de que si el aborto es ley, hay una etapa del activismo que se termina, como finalizarán muchas otras a medida que vayamos logrando que los problemas del presente sean del pasado.

Hay una melancolía ahí, al menos para nosotras las melancólicas; y también una intemperie, la sensación de que ir consiguiendo esas cosas por las que luchamos tanto tiempo nos dejará desnudas frente a un espejo, que probablemente entonces nos muestre otros problemas que hoy no estamos llegando a ver. Odio usar metáforas vinculadas al parto (más porque nunca he parido y no sé qué tan buenas son), pero siento que se parece a eso: cuando pienso en los próximos cincuenta años los concibo como el final de un embarazo deseado pero difícil, que es un principio, y que será también probar otro cuerpo. Descubrir cómo se siente un mundo en el que las opresiones viejas ya no nos pesan de la misma manera, y qué es lo que esa libertad nos permite ver con ojos nuevos: lo bueno y lo malo también. Una ya no sabe qué es peor. **U**





LAS CIVILIZACIONES DESPUÉS DEL COVID-19

ENTREVISTA CON AMIN MAALOUF

Jorge Volpi

Traducción de CSN Media

En el marco de la extensión del festival de arte y ciencia El Aleph, Jorge Volpi, actual director de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, conversó con el escritor libanés Amin Maalouf sobre el devenir de la humanidad después de la epidemia de Coronavirus. El autor de libros como *León*, *el africano*, *Los jardines de luz* y *El naufragio de las civilizaciones* platicó con el escritor mexicano sobre las relaciones migratorias en países de Europa y América y sobre sus previsiones para el futuro que vendrá al finalizar la pandemia. Presentamos una selección del encuentro virtual que se llevó a cabo el 14 de octubre de 2020 a las 18 horas y que está disponible en el sitio del festival.

Es un poco temprano para saber qué pasará con el mundo después de esta pandemia. Pero, aun así, nos gustaría preguntarle cómo imagina ese futuro: ¿qué va a cambiar?, ¿qué va a seguir igual? ¿Piensa que el extremismo, la intolerancia y la falta de pluralidad serán una de las consecuencias de la pandemia? ¿O piensa lo contrario, que podemos imaginar un mundo que mejorará a partir de lo que hemos vivido este año?

Creo que ocurrirán las dos cosas de manera sucesiva. Creo que en un principio habrá muchas más tensiones, mucha más desconfianza hacia los demás. En el mundo entero y hacia todas las direcciones.

◀ Protestas en Hong Kong. Fotografía de Studio Incendo, 2019 ©



Cambio de guardia del ejército chino en Beijing. Fotografía de Cyprien Hauser, 2010 ©

Pero a largo plazo lo que acaba de pasar nos dará la sensación de que tenemos un destino en común, de que lo que afecta a una parte del planeta afectará inevitablemente al resto. De que finalmente las sociedades más industrializadas, más avanzadas, no pueden decir que se enfrentaron mucho mejor a este suceso que las menos avanzadas o menos industrializadas.

Creo que una de las características de lo que está pasando es que estamos todos en la misma situación. Antes, cuando había acontecimientos, catástrofes naturales, siempre teníamos la sensación de que los países pobres sufrían mucho más que los ricos. Esta vez no es así. Nueva York sufre mucho más que Calcuta. Entonces, hay algo que nos dice, y creo que asimilaremos poco a poco: la humanidad necesita verse como un tipo de nación extensa y plural, y al final su destino le exige verse de una manera diferente. Pero, repito, no será inmediato. De momento,

ocurrirá lo contrario. De momento, habrá tensiones cada vez más importantes, desconfianzas cada vez más severas, veremos nacionalismos, populismos que crecerán; pero estoy convencido de que, a largo plazo, el impacto de la crisis de 2020 será completamente distinto.

Estamos viviendo un momento muy peligroso en la historia de los Estados Unidos y a la vez tenemos a China, que tuvo este problema a inicios del año y que tal vez haya escondido los verdaderos datos sobre lo ocurrido con la pandemia, pero luego intentó contenerla de una manera bastante rápida, a diferencia del resto del mundo. ¿Qué opina de la geopolítica entre China y Estados Unidos?

En cuanto a las relaciones con China, creo que hay un poco de verdad y algo de mala fe. Me explico; cuando en Occidente —es así en Estados Unidos y también similar en Europa— hablamos de China hay crí-

ticas verdaderas sobre la falta de democracia, sobre la represión aquí o allí o en Hong Kong, etcétera, pero realmente falta nombrar algo: la incomodidad que existe en Occidente de que aparezca otra potencia que cobre importancia y, en un momento dado, tenga un papel más relevante en la escena mundial. Creo que hay desde esa perspectiva una visión a corto plazo y un poco miope. Es así para China y fue así con la Rusia del final de la Guerra Fría. Después de ésta, Rusia —estoy convencido de eso— pudo haber sido integrada de verdad en un concepto de nación democrática, se pudo apoyar la evolución del país en ese sentido, la economía y demás, y no lo hicimos. Nos hemos portado de una manera muy mezquina, pensamos que era más sencillo derrotarlos y hoy estamos pagando el precio porque hay un regreso de una visión revanchista y nacionalista que esta lógica provocó.

Aunque la vida política de China no corresponde a lo que yo deseo o a lo que usted desea, al mismo tiempo tengo recuerdos de una China mucho más violenta y represiva hace treinta o cuarenta años. Pero ya no es así, hubo algún tipo de evolución, la hubo y la hay. No podemos combatir a China hoy como podíamos combatir a la China de la Revolución Cultural. Pienso que deberíamos poder invitar a ese país a un conjunto mundial que le permitirá desarrollarse hacia otra dirección, incluso a nivel político. No lo hemos hecho. Para contestar mejor la pregunta, temo que estemos yendo hacia una nueva guerra fría. Una verdadera carrera armamentística está ocurriendo; por su naturaleza está fuera del radar, pero la veremos en su

momento. Existen nuevas armas y nuevos riesgos militares. El tipo de situación estratégica que existe en el mundo actual es preocupante, así como la ausencia de un orden internacional real. Siempre hemos tenido uno imperfecto, pero sabíamos más o menos cómo funcionaba. Hoy vemos cómo se derrumba ese orden internacional, cuya posible consecuencia sea la ley de la selva.

En su libro [El naufragio de las civilizaciones] se muestra muy decepcionado por lo que hicieron Estados Unidos y Europa con la Rusia de Gorbachov y la posibilidad de cambiar a Rusia para que tuviera un sistema democrático. ¿De verdad piensa que en estos momentos la Unión Europea, y sobre todo Estados Unidos, no se equivocarán de nuevo con respecto a China?

Es lo que temo. No he oído hablar, ni en Europa ni en Estados Unidos, de un examen real del tipo de relación que estableceremos con China. Hasta China está adoptando una actitud más autoritaria. Y temo que, con una crisis económica que puede prolongarse y durar, estemos frente a una retórica mucho más nacionalista en China, porque a menudo ocurre que cuando hay problemas económicos los dirigentes recurren a una retórica militar y nacionalista. Entonces, está ocurriendo algo dañino; no siempre del mismo lado, no hay un solo responsable.

Volvamos al tema del virus, de la pandemia. Está claro que, en su momento, China le impidió a la OMS (Organización Mundial de la Salud) decir exactamente lo que estaba pasando porque no querían que se supiera la magnitud. No es que exista un

complot gubernamental, pero a menudo los gobiernos intentan esconder la información que les perjudica. Intentaron esconderlo y creo que se equivocaron. Pienso que usaron su influencia de manera negativa. A la vez, en Occidente no estábamos preparados porque China presionó a la OMS para no decir la verdad, eso es una tontería, porque ya sabíamos lo que ocurría. Todos esos países tienen embajadas, tienen servicios de todo tipo en China, les podían decir con precisión lo que estaba pasando. Cuando empezamos, a principios de febrero (de 2020), a tener una idea mucho más precisa tampoco se hizo nada. Esperaron a que llegara la pandemia y a

do: su economía. Ese país no tiene la capacidad de obtener el papel con el que sueña porque económicamente no es un gigante. Esto lo limita. Por lo tanto, en algunos lugares Rusia juega algún rol donde tiene corresponsales, en particular en Medio Oriente, en Siria, un poco en Libia, porque los conoció en la época de la Unión Soviética. Además, está el don de gentes que posee Putin, sus relaciones con muchos países, es muy activo y piensa mucho en el próximo paso a dar en el escenario político, ésta es una ventaja que no se puede ignorar.

En cuanto a India también tiene debilidades. Una de las que puedo ver es que

No es que exista un complot gubernamental, pero a menudo los gobiernos intentan esconder la información que les perjudica.

que se desatara para empezar a actuar. Sí hubo faltas por parte de China, que otros países usaron para esconder las propias.

¿Qué opina de las otras potencias emergentes? Sobre todo de Rusia e India. ¿Piensa que tendrán un papel importante en este momento histórico? ¿O que habrá una guerra fría entre Estados Unidos y China solamente?

Rusia tiene muchas ganas de volver a ser importante. Consiguió en parte recuperar un lugar, lo que es sin ninguna duda el objetivo de (Vladimir) Putin, por eso mismo es popular en muchos entornos de Rusia. Da la impresión de haber devuelto a esta nación el lugar que había perdido. A la vez Rusia tiene una gran debilidad, ya la tenía en la Unión Soviética y la sigue teniendo

para imponer su poder actual usa la carta de la marginalización de las minorías. En especial de los musulmanes, que son muchos en India, pero hasta (de) los cristianos. Fui hace poco y hasta los indios cristianos están incómodos en un país que destaca demasiado su identidad hinduista. No era así en la época de (Jawaharlal) Nehru, del Partido del Congreso, tradicionalmente India después de la independencia intentaba mantener un equilibrio entre sus comunidades, a diferencia de Pakistán, que nunca ha mantenido un equilibrio entre las suyas, ni entre musulmanes y no musulmanes ni entre las facciones musulmanas. India tenía la particularidad de mantener ese equilibrio, y desde mi punto de vista el poder actual, al renunciar a eso y al utilizar de manera demagógica la

creencia religiosa para marginar a una parte del país, debilita y satura al mundo. Sin lugar a dudas, se trata de un país que tendrá un cierto papel, pero India es una nación que gira en torno a su propio eje, donde la vida política, la visión del mundo está muy centrada en sí misma. No creo que esté buscando llegar a una expansión mundial.

***Vayamos al Oriente Medio, esa parte del mundo donde se ha desarrollado durante años lo que llama la civilización levantina. Una civilización grande, con un importante desarrollo cultural y una gran diversidad. Me parece estu-
pendo que usted siga siendo optimista cuando en su libro cuenta que ha vivido la caída, el naufragio de esa civilización. ¿Qué piensa que pasará en esa región del mundo?***

Estoy convencido de que si en esa región del mundo hubiéramos conseguido desarrollar un modelo de coexistencia entre las diferentes religiones y entre las diferentes etnias, si hubiéramos conseguido que el Levante, del Líbano y el Levante en su conjunto, fuera una zona donde las distintas comunidades vivieran juntas y en armonía la visión que tiene el mundo de esa región, que simboliza muchas cosas para la humanidad por ser el lugar de origen del cristianismo, del judaísmo, del islam; si esa región hubiera dado un ejemplo de coexistencia, el mundo entero habría sido distinto. Y ahora sucede todo lo contrario, todos los días en esa región, día y noche, vemos que la gente no puede convivir. Eso repercute en el resto del planeta. Es muy difícil decirle a la gente que encontraremos formas de vivir jun-



Joven protesta en Jal el Dib, cerca de Beirut.
Fotografía de Tongeron91, 2019 ©

tos cuando estamos frente a ese ejemplo continuo de las tribus que se enfrentan de manera constante.

Usted cuenta de una manera extraordinaria el aumento del fanatismo en el mundo árabe y musulmán en general; la manera en que esa civilización levantina tenía una tradición de laicismo, de tolerancia y de coexistencia, y cómo eso empezó a cambiar en Egipto, cómo se convirtió en una especie de plaga que alcanzó a todos los países hasta llegar a Irán y demás. ¿Cómo piensa que podemos volver a lo que teníamos antes? Que esa civilización levantina sea un ejemplo para el mundo, es decir, esa coexistencia, ese laicismo, aunque ocurre todo lo contrario hoy en día.

El Levante ya no es capaz de crear un modelo para el resto del mundo, está demasiado cansado, enfermo y dividido, está demasiado desgastado. Por ello, no hay que esperar que esas sociedades del Mediterráneo oriental consigan ofrecer un

modelo hoy, tenemos que ser realistas. Si llega a aparecer uno será en otra parte. Creo que en Europa, porque necesita crear un modelo de sociedad que funcione, que sepa integrar a personas provenientes de culturas distintas. Las cosas tienen que cambiar también en Estados Unidos y a su vez en países como India u otros. Tenemos que volver realmente, a nivel mundial, a los valores de universalidad porque ahora más que en cualquier otro momento de la historia estamos viviendo conflictos de carácter religioso y racial, eso está dañando la democracia en todas partes. Creo que hay que emprender una lucha,

que atraviese todos los países, no en contra de la religión pero contra cierta actitud religiosa que destruye a las sociedades. La religión, y para mí es algo evidente, es una necesidad individual para la gente, toda persona necesita espiritualidad, reflexionar sobre la trascendencia, pero no tiene nada que ver con el gobierno de los países. La presencia de la religión como elemento central en la política y en la gestión de las sociedades es una calamidad en todas partes. Cuando la gente utiliza la creencia religiosa para gestionar su país o su sociedad provocará guerras civiles, provocará una regresión.



Chalecos de migrantes africanos en la costa griega. Fotografía de Jim Black, Pixabay ©

¿Usted ve en el mundo y en Europa en particular modelos para integrar a los migrantes?, porque es otro de los grandes problemas actuales. Solemos ver lo inaudito en países que antes eran modelos de tolerancia, como los Países Bajos y los países nórdicos, hasta Francia o Estados Unidos. Justo ahora vemos un aumento de la discriminación, un crecimiento de los partidos extremistas de derecha que están en contra de la inmigración. Lo mismo pasa en Estados Unidos. ¿También tiene esperanza en cuanto a este tema? ¿Cuál es el modelo de integración para los inmigrantes?

Europa podría desarrollar un modelo, pero el día de hoy no representa uno. Ese continente tiene la capacidad de desarrollar un modelo en el cual consigamos saber cuáles son los derechos y las obligaciones de las personas que vienen de otras culturas, el tipo de relación que se tiene que establecer. ¿Qué debe esperar una persona de su país de asilo?, ¿qué debe esperar el país de asilo de quienes llegan a él? Pienso que es necesario establecer un nuevo contrato social. Creo que la cuestión de la identidad, de la pertenencia, es una pregunta muy delicada hoy en día y tenemos que replanteárnosla, redefinirla. Y tengo la impresión de que ningún país que conozco hoy en día tiene la actitud correcta. Nos estamos equivocando y algunas personas son muy restrictivas, otras son muy permisivas, tenemos que establecer un entorno donde nadie se sienta amenazado, rechazado ni invadido. Creo que usted lo sabe mejor que yo, tengo la sensación de que funciona mejor en América Latina que en cualquier otro lugar: existe una tradición que consiste en integrar a personas de

otras culturas. Eso se lleva haciendo desde hace generaciones mejor que en muchos otros países del mundo.

¿Cómo imagina el mundo dentro de veinte, cincuenta, cien años? ¿Tiene una idea de lo que ocurrirá? ¿Sigue teniendo esperanzas de que aprenderemos de la experiencia? ¿O se siente pesimista? Porque la historia de la humanidad nos muestra que no aprendemos mucho de nuestras calamidades.

Creo que tenemos que ser lúcidos y hoy en día eso no conlleva mucho optimismo, pero a la vez necesitamos rechazar la desesperanza. La función de la literatura, la del escritor en el mundo actual, es imaginar un mundo diferente. Ésa es la primera tarea de la literatura actual: imaginar un mundo que funcione de otra manera. Tenemos elementos que nos permiten hacerlo. Diría que hoy, más que nunca, necesitamos imaginarlo. Durante algunos periodos de la historia veíamos los problemas pero no los podíamos resolver porque no teníamos un desarrollo ni un conocimiento científico suficientes. Entonces nos sentíamos impotentes. Hoy está ocurriendo lo contrario, tenemos los medios para resolver todos los problemas de la humanidad, el verdadero problema es de dirección: no sabemos a dónde vamos, y necesitamos saberlo, determinar sobre qué fundamento debemos construir o reconstruir nuestras sociedades. Creo que en este caso la literatura y la cultura son las que tienen que dar primero la respuesta. Por eso creo que hoy más que nunca son indispensables para que funcionen las sociedades. **U**



ALLÁ AFUERA HAY MONSTRUOS

FRAGMENTO

Edmundo Paz Soldán

Escuchaba el podcast de Tomichá al levantarme. Mamá me lo había prohibido, decía que era un charlatán de feria, alguien que cambiaba los plazos a su antojo y aun así tenía seguidores: el mundo se acabará en diez meses, dijo hace un par de años. Ahora afirmaba que lo más importante era la idea, no la exactitud de las fechas.

Yo estaba de acuerdo con sus dos primeros mandamientos: preservar la vida de los animales y las plantas e insistir en que la naturaleza tiene un valor más allá de lo útil. Los otros dos eran más complicados: retirarse del mundo y construir un refugio. *Si te retiras del mundo dirán que te dejaste vencer. Dirán que estás obligado a luchar por la paz mundial o el clima o el fin de los malos tiempos, que pelear es mejor que renunciar. Ignóralos y abraza la vieja tradición espiritual de retirarte de la lucha. Abandonarlo todo, pero no de manera cínica sino con una mente inquisitiva.*

Una amiga de mamá había estado en la comuna de Tomichá. Contó que dejarse infectar por el bicho era parte del ritual, los que sobrevivían eran vistos como seres capaces de enfrentarse al desafío de un nuevo mundo en el que nosotros no éramos centrales. Estuvo un mes allí, convivió con ese hombre lampiño que ganó todos los premios en su campo pero a los veintinueve años abandonó la universidad decepcionado de sus alumnos, incapaces de darse cuenta del cambio que se venía. Trabajó de cocinero en un hogar de ancianos, dejó de usar bancos y llevaba en los bolsillos fajos de dinero envueltos en ligas. Un día se fue a vivir al monte con una carpa y una bolsa de dormir. Poco después subió a la

red *Ecología para tiempos oscuros*, un manifiesto de ochenta páginas que juntaba un trabajo riguroso sobre la destrucción de la naturaleza con pronunciamientos apocalípticos y profecía numerológica. Pese a ello o quizás por ello se creó un culto en torno a él. Desconfiaba del Estado y aseguraba que sólo una ciudadanía universal nos salvaría. Cuando llegó el bicho creó una comuna de doscientas personas en el monte y llamó a desobedecer la ley que prohibía reuniones de más de diez. No tenemos miedo al bicho, dijo, aprenderemos a convivir con él: queremos al bicho ya. Las autoridades de La Estrella prohibieron a la gente que se acercara a la comuna bajo pena de cárcel, pero cuando reaccionaron era tarde; se habló de enviar militares a sacarlos y al final no se hizo nada.

La amiga de mamá decía que Tomichá tenía un sentido del humor cruel y era brillante. Ella no pudo superar la muerte de tantos seguidores que entraban al monte a buscar intencionalmente al bicho y abandonó la comuna.

A veces yo caminaba hasta el puente con mi pelota bajo el brazo y miraba el monte: los árboles parecían venirse sobre mí y los pájaros chillaban en sus copas como si estuvieran preparando un ataque. Todavía no era de noche y asomaban las estrellas. Un viento tenaz daba vueltas por la casita de los guardias y se zambullía en el río maloliente y enfangado de desperdicios. Daba susto. Escuchaba o creía escuchar un zumbido que me estremecía y estremecía las paredes y los techos de las casas y los campanarios de las iglesias y las estatuas de las plazas y las torres del Palacio de Gobierno: el bicho que teje su tela, pensaba, que prepara sus redes para seguir cubriendo el mundo con su abrazo. En medio de una hilera de árboles se abría un espacio, uno de los tantos

caminos de herradura para atravesar el monte y por los que se llegaba a las comunidades indígenas diseminadas en su territorio —de allí provenían los abuelos de mamá— y a las madereras.

Alguna vez acampé en el monte con mis papás pero me preguntaba si algún día sería



Paloma Contreras Lomas, *El Más Allá mexicano*, 2019. Cortesía de la artista

capaz de adentrarme en lo más profundo. Quizás era valiente o irresponsable o simplemente curiosa. Mientras tanto, escuchaba el podcast: *El verdadero cambio sólo comienza con la renuncia. Renunciar para evitar que la máquina siga avanzando es la posición adecuada. La acción no siempre es más eficaz que la inacción...*

Tomichá tenía seguidores en todas partes. Se negaban a pagar impuestos y desobedecían al gobierno, no usaban barbijos ni practicaban el distanciamiento, por eso muchas veces terminaban en la cárcel.

Cuando Elsa Acosta se levantó, Tomichá se negó a apoyarla y hubo abusos en los pueblos. La gente de Acosta en Nieves conminó a la de Tomichá a unirse. Urbina, el hombre fuerte de Tomichá en el pueblo, fue herido y se lo llevaron. Apareció muerto días después. Contaban que Acosta se sorprendió mucho pero se sabía que esa muerte no podía haber ocurrido sin su permiso.

Algunos se asustaron porque creían que Tomichá tenía poderes sobrenaturales. ¿No mandaría al bicho detrás de Acosta? Esa muerte había sido un error.

Hubo seguidores de Tomichá que se intimidaron y se pasaron al bando de Acosta. Mamá no creía que lo hicieran de corazón: apoyar a Tomichá era un compromiso profundo.

Santos Ruiz no se unió a Acosta. Era de Nieves. La voz de mamá temblaba al recordarlo: era amiga de sus hermanas mayores, lo veía en el patio de su casa, descalzo o con los zapatos desamarrados, leyendo o jugando solito, creándose personajes misteriosos que poblaban sus días. En la cárcel le llevaban todos los días un papel y le decían que era suficiente que firmara para salir libre y unirse a la revolución. Él se negaba y lanzaba conjuros extraños



que sobrecogían. Decía que era amigo de los suinos y que ahora mismo ellos estaban incubando un montón de bichos diferentes. El futuro de la humanidad estaba lleno de bichos, vendría uno por año hasta arrasar con todo.

Ordenaron matar a Santos Ruiz pero nadie quería hacerlo. Mis tíos intentaron interceder y pidieron que se lo liberara. Así pasaron quince días. En la cárcel él leía una y otra vez la misma novela: *Los tres mosqueteros*.

Un día la hermana de Santos Ruiz apareció en casa de mis tíos. Me matan a mi hermano, dijo. Sus trenzas volaban en el viento, su silueta negra impresionaba.

Hubo tres descargas a la una de la tarde. Mamá se dolió mucho cuando se enteró: cada muerte la conmovía pero la del muchacho de su pueblo fue especial. Le contaron que Santos Ruiz se había rasurado dos horas antes de que lo mataran para que su hermana no lo viera feo. Al estar frente a los que lo iban a matar les



Paloma Contreras Lomas, *El monte*, 2019. Cortesía de la artista

rogó que no le dieran en la cara y explicó cómo deberían darle el tiro de gracia. Dijo que hubiera preferido el abrazo del bicho a esa muerte tan aburrida. Dijo que el verdadero cambio sólo comenzaba con la renuncia. Dijo que la acción no siempre era más eficaz que la inacción. Mamá se calló y no pudo seguir. Me pregunté si perdonaría a Acosta.

Metálica y desparramada. Sus gritos fuertes, claros, a veces parejos y vibrantes. La voz de Tomichá retumbaba en el podcast. Se podía oír a gran distancia, sus pulmones parecían de acero. Tomichá era pura voz porque casi nunca aparecía en la televisión, casi no había imágenes presentes de él, sólo las de archivo, conseguidas a través de las universidades en las que estudió y trabajó y de la hermana perdida que le guardaba rencor. Yo podía estar convencida de su locura pero había algo en su proyecto que me encantaba: *El futuro se presenta*

con una extraña combinación de colapso continuado, que seguirá fragmentando la naturaleza y la cultura, y con una nueva ola de soluciones de alta tecnología para controlarnos, pasaportes biológicos en un intento fracasado por prevenir lo inevitable. Nada puede romper este ciclo a menos que haya un profundo reinicio de todo como lo hemos visto tantas veces en la historia. El bicho nos debería llevar a un nivel más bajo de complejidad civilizatoria. La tormenta perfecta se prepara. Pierden su tiempo si tienen un gran plan para construir un mundo futuro basado en la ciencia y el argumento racional. Si tratan de vivir en el pasado, lo mismo, o si piensan que la máquina puede ser reformada o domesticada o si creen que se puede salir del embrollo con nuevas ideas o tecnologías. Hay que ser sincero sobre nuestro ínfimo lugar en el gran ciclo de la historia y sobre las cosas que podemos hacer y las que no.

Tomichá emitió un comunicado en su podcast: *no entendemos al bicho porque no entende-*

mos que ese su no estar vivo y no estar muerto a la vez nos desafía. Habitamos su mundo y debemos hacer las paces con él para continuar. De nada sirve vivir de rodillas y con miedo. Las soluciones no están en el gobierno, ningún caudillo nos liberará de nada si no rompemos nuestras ataduras interiores. Debemos adoptar una mirada planetaria. Con sólo defender el departamento no llegamos a nada, con sólo tratar de entender el país no llegamos a nada. Todos los órganos y tejidos de la tierra deben interpelarnos, no se debe destruir ninguna criatura del universo. Hubo un tiempo en que este bosque estaba lleno de otros animales y desaparecieron. Mientras estemos vivos no debemos dejar que nada ni nadie se extinga. Sólo así la belleza volverá.

Mi mirada no era planetaria. Tampoco podía vivir sin miedo. Algunas frases de Tomichá

me llegaban, luego recordaba lo que sabía de su comuna, los innumerables muertos por el bicho, y se me pasaba.

Llegaban rumores feos de lo que ocurría en la comuna de Tomichá. El gobierno desmintió que hubieran ingresado al monte con tractores y topadoras para ayudarles a construir un cementerio; ni siquiera tenían idea de dónde quedaba la comuna. No había gente del municipio ni personal sanitario que se aventurara a entrar por senderos transitados por animales portadores del bicho.

Una mañana leí que un grupo de científicos de la capital había ingresado al monte para iniciar una investigación sobre el origen del bicho. Los científicos avanzarían de a poco, un



Paloma Contreras Lomas, *El monte*, 2019. Cortesía de la artista

Las soluciones no están en el gobierno, ningún caudillo nos liberará de nada si no rompemos nuestras ataduras interiores.

grupo recorrería quinientos metros, haría de vigía para asegurarse de que el camino estaba despejado, y luego daría la orden para que el otro grupo avanzara. En una entrevista el jefe de la expedición dijo que lo más difícil era avanzar con el traje de protección bajo el tremendo calor. Su intención no era llegar a Tomichá pero conocía dónde quedaba la comuna, se había encontrado con ellos en pasadas expediciones.

—Hay una leyenda de que viven en el subsuelo, en cuevas. Aprovecho para desmentirla. Viven cerca de cuevas de murciélagos, le dije a Tomichá que eso podía alterar el ecosistema y respondió que nadie lo cuidaba mejor que él.

Vicente dibujaba a los científicos como seres llegados de otro planeta ingresando al monte; interpretaba las leyendas que nos contaba mamá y parecía como si se hubieran caído a la Tierra ante un nuevo derrumbe del cielo. Le dije que eso era imposible, si el cielo se volvía a caer sería el fin del mundo para nosotros. Quizás lo es, dijo, y se puso a llorar. Quiero a papá, imploró con voz asustada, y lo abracé, rogando que no se pusiera a tirar cosas o darse de cabezazos y menos a convulsionar. Cómo viviría su cabecita la desolación de estos meses, yo también me daba cuenta de lo pesado que era para mí pero me las aguantaba porque no me quedaba de otra, debía ayudar a mamá con Vicente. Ya tendría tiempo para explotar.

Volví a ver por internet el ingreso de los científicos al monte. Mandaban fotos y mensajes de su recorrido por senderos estrechísimos. Hablaban de abejorros inmensos y currucas más diminutas de las normales, árboles enanos y árboles gigantes y árboles de tallos petrificados a medida que se internaban en el monte. Las fotos mostraban tallos retorcidos, cortezas tomadas por hongos y líquenes, grupos de

troncos y ramas que parecían usadas por la gente para protegerse bajo ellas.

Al segundo día comenzaron a fallar las comunicaciones. Al tercero un científico reportó que estaba herido:

—Estábamos tomando agua de un arroyo cuando hubo una emboscada y salieron disparos de entre los árboles. Dos de mis compañeros han muerto. Vinieron y hurgaron los bolsillos y se llevaron equipos. A mí me dieron por muerto. No sé dónde están los demás.

No se supo nada durante días. Se habló de irlos a buscar pero nadie se animó. A la semana un video del jefe de la expedición nos enteró de algunas cosas:

—Hemos perdido a dos. El resto estamos a salvo y ya regresamos. No pudimos llegar a las cuevas. La comuna de Tomichá ya no existe más. Tomichá ya no existe más.

La expedición reapareció por el mismo sendero por la que ingresó al monte. Las ambulancias los llevaron a un hospital militar. No hubo más declaraciones; el gobierno les prohibió hablar. En las redes decían que Tomichá era un extraterrestre; que en la comuna hubo un ritual de infección colectiva que terminó mal; que Tomichá era el científico culpable de liberar al bicho como parte de un proceso de control de población a cargo de las siete familias dueñas del planeta.

Un dron filmó una sección de un cementerio con tumbas recién excavadas en las profundidades del monte. El cuerpo de Tomichá no apareció. No hubo más comuna. No hubo más nada. **U**

Esta novela será publicada en enero de 2021 por Los Libros de la Mujer Rota.





LOS SUEÑOS HUMILDES

POR UNA SOCIOANTROPOLOGÍA DE LOS FUTUROS VIVIDOS

Guadalupe Valencia y Raúl H. Contreras Román

*A una promesa
que afecta al presente y al pasado
tanto como al futuro
mejor la llamaríamos certeza.*

JOHN BERGER

Del latín *futūrus*, el futuro es aquello que se avecina. Por ello se intercambia a menudo por la palabra *porvenir*, aunque ésta suele tener una carga que alude al futuro en un sentido más optimista o positivo. El futuro no es, será. Así por lo menos lo vislumbramos: es la superación del presente y, sin embargo, no puede ser pensado, imaginado, nombrado sino desde el ahora.

En una línea del tiempo hipotética el pasado se encuentra detrás del presente, en tanto lo ya acaecido, mientras que el futuro aparece delante: lo que aún no acaece. Para la cultura nahua y para otras culturas indígenas, sin embargo, el pasado está delante —en tanto puede verse— y el futuro, no conocido aún, se encuentra metafóricamente a nuestras espaldas. La diversa concepción del lugar de cada modo temporal no es mera curiosidad folclórica. Para la cultura dominante el futuro parece existir como un reino al que podemos arribar. Como promesa de un mejor mañana o como amenazante peligro, parece estar allí, aunque invisible o desdibujado, esperando nuestro arribo. Para muchas culturas in-

◀ Carolina Fusilier, *Angel Engines 2*, 2018. Cortesía de la artista

dígenas mesoamericanas y andinas el futuro no es un territorio al cual arribar sino una dimensión que se construirá desde los pasados que están a la vista.

Según el antropólogo Arjun Appadurai el pasado suele ser visto como una dimensión temporal que incumbe a la cultura —ésta siempre atañe al “ayer” en la que tiene su fundación—, mientras que la economía y el desarrollo se asocian con el futuro, con proyectos, objetivos y

pios pasados, por cierto. El fugitivo *ahora* (que una vez pronunciado dejó de ser tal) en realidad no está fijo, sólo pasa... de allí que tengamos la percepción de que el tiempo transcurre desde el ahora hacia el futuro: hacia nuevos *ahoras*. Si la cualidad intrínseca del tiempo es *transcurrir*, la del espacio es *estar*.

En 2009 la escritora nigeriana Chimamanda Ngozi Adichie pronunció la conferencia “El peligro de una sola historia”. En ella cuenta su

Si contar una sola historia y subsumir la diversidad de experiencias y formas de narrarlas a un canon común es un peligro, un riesgo similar se corre cuando se habla de un único futuro.

metas. De esta manera el actor cultural suele ser visto como un agente del pasado mientras que el actor económico está ligado al futuro.

De los tres modos del tiempo, el futuro es, sin duda, el más incierto y huidizo. Del pasado sabemos, o creemos saber, su fisonomía y convenimos en que vivimos en un presente que se ha ido tejiendo con hilos y retazos de tiempos pretéritos para dar lugar a urdimbres más o menos densas, a partir de los pasados que se solidifican y se expresan en el ahora-presente.

En su libro ya clásico, *El sentido del tiempo*, Hans Reichenbach ofrece una interesante disertación sobre el ahora-presente que divide al pasado del futuro. Desde la perspectiva espacial siempre podemos movernos y elegir un punto diverso para observar algo; siempre podremos definir un punto en el espacio. En el caso del tiempo, en cambio, podemos decidir un ahora diferente sólo si esperamos hasta el otro día, pero no podemos hacer del ayer ni del mañana nuestro ahora-presente. Dicho de otra forma: todo *ahora* es siempre presente y todo *mañana* tendrá su propio presente y sus pro-

experiencia como una niña que reproducía en sus primeros escritos todo aquello que leía y que llegaba a sus manos desde contextos extraños al suyo, desde lo que suele llamarse el “mundo desarrollado”. En esa maravillosa exposición, la escritora nos advierte de las múltiples formas en que la experiencia humana y su narración se empobrecen cuando los referentes son únicos, cuando la pluralidad se desvanece en los discursos hegemónicos.

Si contar una sola historia y subsumir la diversidad de experiencias y formas de narrarlas a un canon común es un peligro, un riesgo similar se corre cuando se habla de un único futuro. Cuando intentamos poner a la humanidad entera en el tren que corre a toda marcha hacia un destino cierto, o cuando pensamos que ese tren ya se descarriló y que los sobrevivientes del impacto aún no recuperan su sentido de orientación, no hacemos otra cosa que contar una misma historia del futuro, incluso cuando esa idea sea contradictoria. Como han mostrado varios intelectuales, la noción de futuro —por lo menos en el mundo occiden-

tal— tiene una historia particular. Fue un descubrimiento posible de situar temporal y espacialmente. Lo mismo su (o sus) crisis.

¿Es posible pensar formas de relacionarse con el futuro que, aun estando enmarcadas en lo que podemos llamar "experiencias colectivas y epocales del tiempo", o lo que François Hartog ha denominado "régimenes de historicidad", no estén del todo circunscritas al robo del futuro? Fue Patxi Lanceros quien acuñó la idea del robo del futuro para definir la época contemporánea, en que vivimos un presente "huérfano de pasado e incapaz de futuro". Pero para este autor, como para otros muchos, el robo del futuro no es otra cosa que la capitulación de la noción de *progreso*; la locomotora del tren en que se montó a la humanidad toda, una locomotora que hace tiempo parece ya no tener la misma fuerza que antaño.

Creemos que desvincular la idea de futuro de la de progreso no es sólo un fundamento para alimentar el pesimismo posmoderno o la melancolía de izquierda. Más bien es reconocer en esa escisión un potencial que permite liberar al futuro del dogma y las profecías. El cisma futuro/progreso requiere de la radical implosión del futuro modernista; no para derretir los relojes del tiempo o desacelerar la historia, sino para poder —como planteó Walter Benjamin— encender, en el pasado y en la práctica presente, la chispa de la esperanza.

Al liberar al futuro de la ideología del progreso debemos asumir que los porvenires imaginados son mucho más cercanos y humildes con respecto a los futuros de antaño. No es que aquellos hayan desaparecido del todo, continuaban alimentando para bien o para mal sendas empresas de la acción humana; sin embargo, no constituyen los horizontes únicos ni generales al tiempo vivido por la mayoría de las per-

sonas. De su fragmentación emanaron no sólo la parálisis ante el tiempo por venir ni las múltiples distopías que en 2020 parecen haberse hecho realidad, sino más bien formas más cotidianas de relacionarse con lo que vendrá, mucho más experimentales, íntimas e inestables. Son futuros más cercanos a lo posible que a lo probable, a la esperanza que a las certezas. Son los futuros que aun en medio de toda la incertidumbre continúan aportando lo que Anthony Giddens nombró "seguridades ontológicas mínimas para orientar la acción". Mia Couto, escritor mozambiqueño, en su hermoso cuento "O beijo da palavrinha" registraba ese tipo de relación con el futuro cuando de-



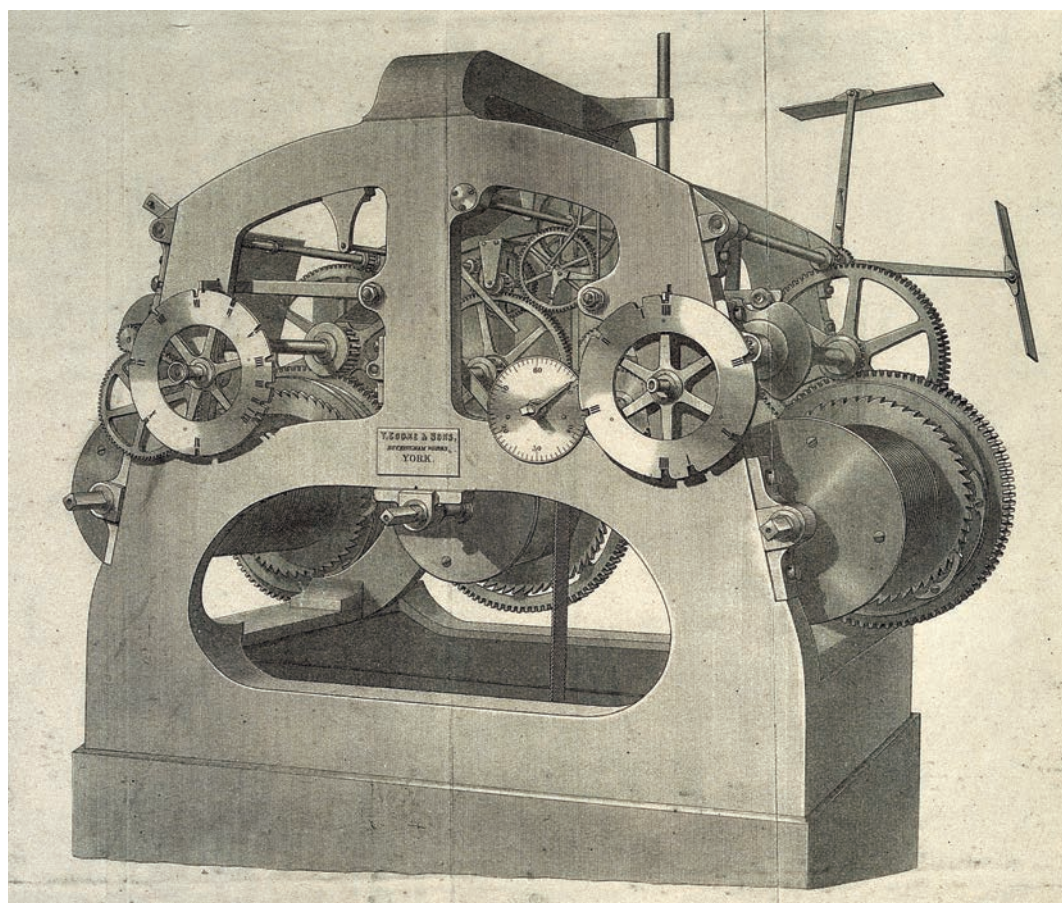
Martin Engelbrecht, *L'Horloger*. Wellcome Collection ©

cía que Maria Poeirinha, la protagonista de la historia, tenía sueños pequeños, más de arena que de castillos.

Las esperanzas desde las que se compromete la acción presente con esos sueños que llamamos "humildes" no se cifran en nociones apodícticas, ni siquiera en cálculos de lo probable. Porque el rol de la esperanza es dotar al presente de imágenes de lo posible, en torno a las cuales la acción presente pueda construir puentes con el futuro. Con la esperanza, el futuro deja de ser un país extraño y se torna un territorio habitable que, incluso con las

incertidumbres y los riesgos, está también colmado de afectos y compromisos.

Como señaló Pierre Bourdieu, es precisamente en esas circunstancias de total ausencia de porvenir que debemos contar con la autonomía relativa del orden simbólico que puede permitir cierto margen de libertad de una acción que reabra el espacio de los posibles, capaz de manipular las expectativas y las esperanzas, mediante una exposición performativa más o menos inspirada y exaltadora del porvenir. La esperanza se torna, como Hirokazu Miyazaki y otros cientistas sociales han



Mecanismo de reloj. Grabado de horología, Messrs. Cooke & Sons, York, 1861. Wellcome Collection ©

No es que la esperanza nos devuelva el futuro robado [...] sino que nos permite verlo como un territorio habitable.

discutido, un método para relacionarse con el futuro desde un punto de vista cognitivo y práctico. Cuando el futuro se mira como legítima aspiración de cambio hacia una vida mejor, la esperanza hace posible la disposición y la capacidad para atreverse en lo todavía no logrado; en aquellos intersticios imaginarios y vitales, ayuda a conocer el futuro. No es que la esperanza nos devuelva el futuro robado, aquel de bienestar prometido por la modernidad, sino que nos permite verlo como un territorio habitable o, como ya hace varios años apuntaron Barbara Adams y Chris Groves, como un futuro vivido, latente en el corazón de una práctica actual y experimentado como elemento constitutivo del presente.

Creemos que en las ciencias sociales (y en particular en la que hacemos en las periferias de las periferias) más que confirmar o descartar las hipótesis teóricas sobre el fin o el adelgazamiento del futuro, o aquellas que discurren en torno al presentismo y que abundan en los tratamientos metropolitanos del futuro y la temporalidad, lo que tendríamos que observar son las formas frágiles y tentativas en que se proyecta el presente en el futuro, y éste último en el presente y el pasado. Más aún, los estudios socioantropológicos nos deberían llevar a concentrarnos en cuáles son las gramáticas particulares de esos futuros, cómo se dicen y cómo se busca hacerlos posibles en prácticas presentes. Esto no quiere decir que los futuros que estudiamos en campo estén siempre alineados o bien en conflicto abierto con los futuros enunciados desde arriba, pero tampoco lo contrario. La apuesta es pensar los futuros de y desde abajo, los etnografiables desde el trabajo de campo, aquellos futuros que están enmarcados en lo que denominamos *sueños humildes*.

Los sueños humildes, como nociones situadas de futuro, se nutren de horizontes diversos, heterogéneos, muchas veces incoherentes. Son futuros que se sedimentan temporalmente, a partir de voces disímbolas, muchas veces contrapuestas, que intervienen en la construcción local del sentido. Estas intervenciones las podemos pensar bajo la noción de *conversaciones*, propuesta por Stephen Gudeman y Alberto Rivera, en torno a las cuales se configuran “los modelos locales”; para nuestro caso, los modelos o las ideas de imaginar el futuro. Esas conversaciones locales, según los autores, ocurren en el contexto de otras conversaciones dominantes, estructurales, generales. Desde su perspectiva, lo que hay que investigar entonces son las articulaciones locales con esas conversaciones céntricas o dominantes, incluyendo las inscripciones del pasado y las prácticas del presente, entre el texto céntrico y las voces marginales. En tal sentido, las conversaciones que configuran lo local están hechas del contacto y de lo que Arjun Appadurai ha definido como el trabajo de imaginación que construye lo local a partir de articulaciones diversas de modos de ser, hacer e imaginar la realidad.

En las ciencias sociales, y en la antropología en particular, existe una larga tradición del estudio de los sueños. Desde hace mucho, la antropología de lo onírico entre pueblos indígenas del mundo mostró que los sueños constituyen una forma específica de comunicación, conocimiento y orientación cultural, una manera de relacionarse con el mundo de lo existente y de lo trascendente, donde las fronteras entre lo real y lo fantástico suelen ser porosas.



Carolina Fusilier, *Nuevo tipo de sol*, 2017. Cortesía de la artista

Sin embargo, poco ha dicho la antropología de los sueños diurnos. De esa capacidad de soñar despiertos que constituye ante todo una orientación temporal entre el ahora y el después, en que la imaginación parece dilatarse y el orden simbólico otorga cierto margen de libertad a una acción que busca reabrir el espacio de los posibles. La vida de los seres humanos, dijo el filósofo de la esperanza Ernst Bloch,

se halla cruzada por sueños soñados despierto, una parte de dichos sueños es simplemente una fuga banal, también enervante, también presa para impostores; pero otra parte incita, no permite conformarse con lo malo existente, es decir, no permite la renuncia. Esta otra parte tiene en su núcleo la esperanza y es transmissible.

Estos sueños diurnos, según Bloch, motivan el "traspasar", la capacidad humana de alejarse de una vida pasiva, de una actitud meramente contemplativa de la realidad presente, para tomar parte activa en la transformación de esa realidad, de cara a lo que se imagina como porvenir.

Los sueños humildes constituyen aquel modelo local de futuro imaginado, emergente de las conversaciones diversas e históricamente situadas que construyen el sentido y que posibilitan a las personas imaginar otras vidas posibles y comprometerse con ellas desde el punto de vista de las prácticas presentes. Éstos emergen también de la capacidad reflexiva de las personas ante la evaluación de sus circunstancias. Seguimos en este punto a la socióloga Margaret Archer y su noción de reflexividad y conversación interna, entendida como el proceso que despliegan las personas (agentes en el lenguaje de la autora) entre sus preocupaciones y la elaboración de proyectos frente a éstas. Las conversaciones internas abarcan, según Archer,

un amplio terreno que, en lenguaje sencillo, puede extenderse desde el soñar despierto, el fantasear y la vituperación interna; a través de ensayos [imaginativos] para un próximo encuentro, reviviendo [imaginariamente] eventos pasados [o] planeando eventualidades futuras.

Esas conversaciones internas son fundamentales para pensar las respuestas que las personas procuran ante las restricciones o las habilitaciones que las estructuras sociales y socioculturales les presentan para su acción. Pero son al mismo tiempo fundamentales en la reevaluación de los contextos cambiantes

en que los proyectos se reforman, pasan por reelaboraciones, se reconsideran o pueden sustituirse por otros nuevos.

Es posible investigar los sueños diurnos y los compromisos que hacemos con ellos desde una socioantropología comprometida con los futuros imaginados, porque se expresan en acciones concretas o, como apunta Paula Godinho, en prácticas posibles que las personas despliegan en el presente de cara al porvenir. El estudio de esos sueños, que como dijera Bloch tienen en su núcleo la esperanza y son transmisibles, posibilita el establecimiento de una trama temporal a partir de la cual las propias personas cuentan parte de sus historias y las de sus comunidades, establecen los marcadores discursivos entre los antes y des-

pués, y vinculan el pasado a procesos en curso que no terminan de resolverse.

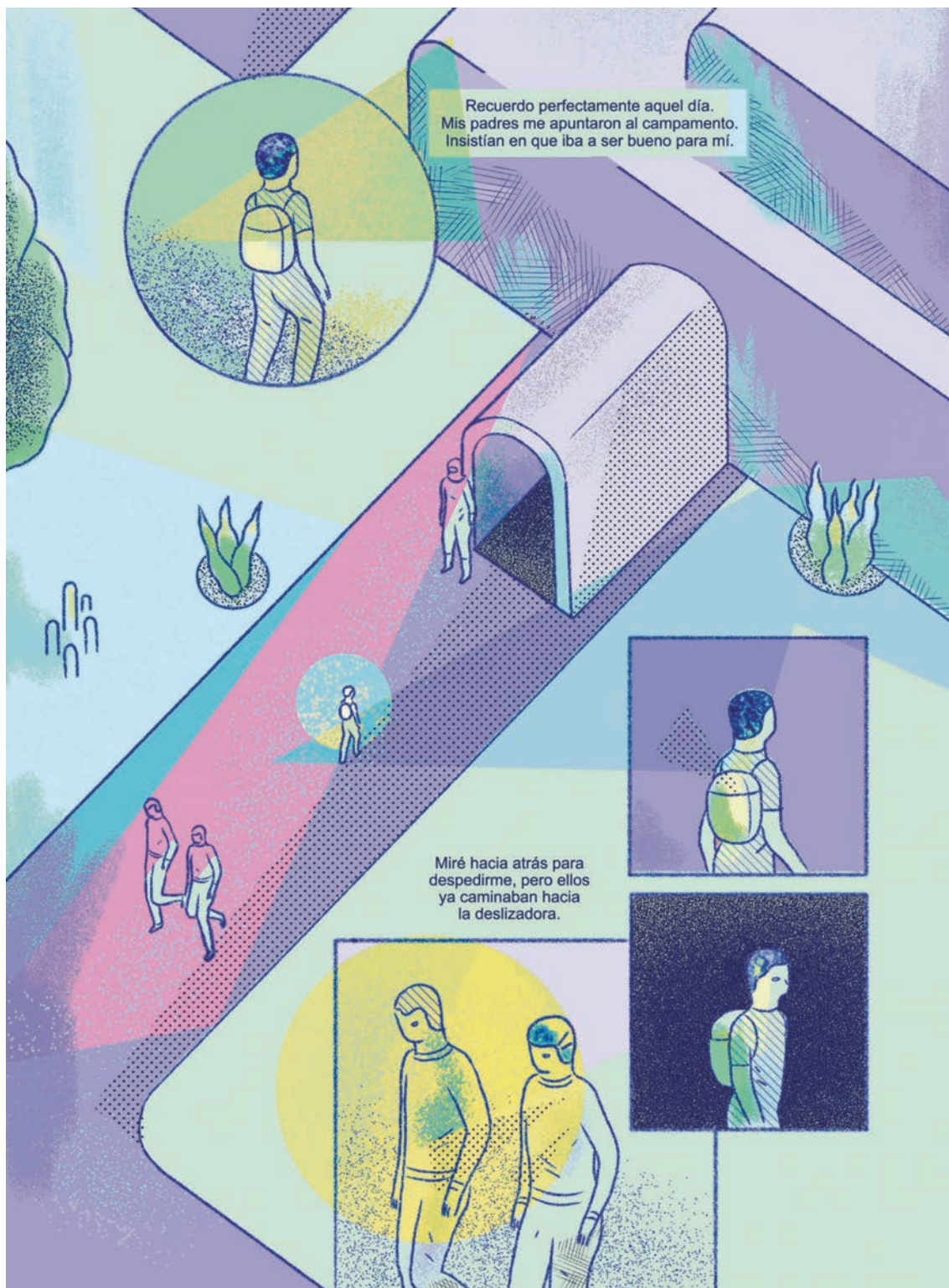
En muchos casos, la promesa que adelantan esos sueños no puede situarse con facilidad sólo en una parcialidad del tiempo, porque afectan —como nos sugiere Berger en el epígrafe de este texto— de manera simultánea al pasado, al presente y al futuro. Por ello, sostener esos sueños humildes ante situaciones de absoluta incertidumbre es aferrarse a la certeza de saber que seguimos y seguiremos contando con lo que nos queda cuando al parecer todo se pierde: el futuro. Es eso lo que otorga cimiento y mantiene de pie lo que, al mismo tiempo, nos mantiene en pie: los sueños humildes, los que son más de arena que de castillos. **U**



Carolina Fusilier, *Angel Engines 1*, 2018. Cortesía de la artista



Ana Galván, *Pulse Enter para continuar*, Apa Apa Còmics, Barcelona, 2018. Cortesía de la editorial



Me pusieron un uniforme y atravesé una puerta de cristal líquido.
Una vez cruzada, no había posibilidad de volver atrás.



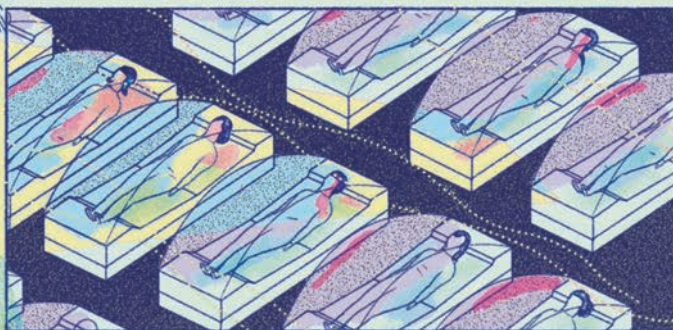
De repente, me encontré en una
inmensa sala hexagonal junto
a otras corps que parecían tan
desorientadas como yo.



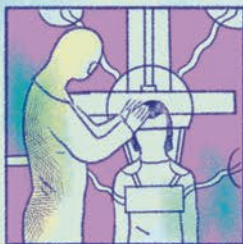
Sentí un ligero cosquilleo
por todo el cuerpo.

Hacía frío y olía a éter.

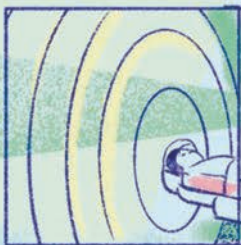
Las monitoras nos dirigieron por un pasillo a una cálida sala de reposo.
Una vez instaladas, nos indujeron con ultrasonidos a un dulce sueño.



Al día siguiente, nos hicieron un reconocimiento exhaustivo.



Midieron nuestro
espectro senoidal,
el balance
somatosensorial,
y nuestra capacidad
bilocática, entre otras cosas.



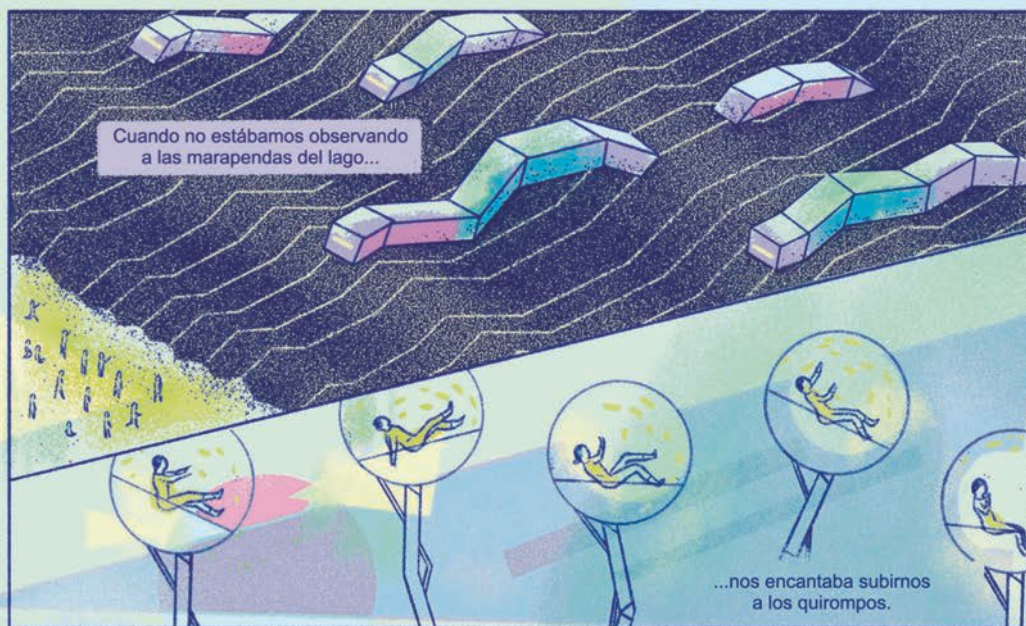
Entre prueba y prueba, nos observábamos de reojo entre nosotras.



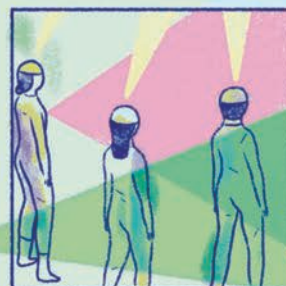
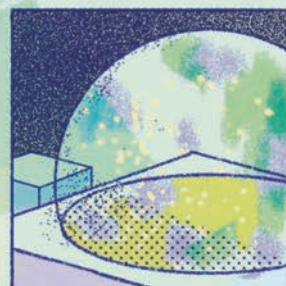
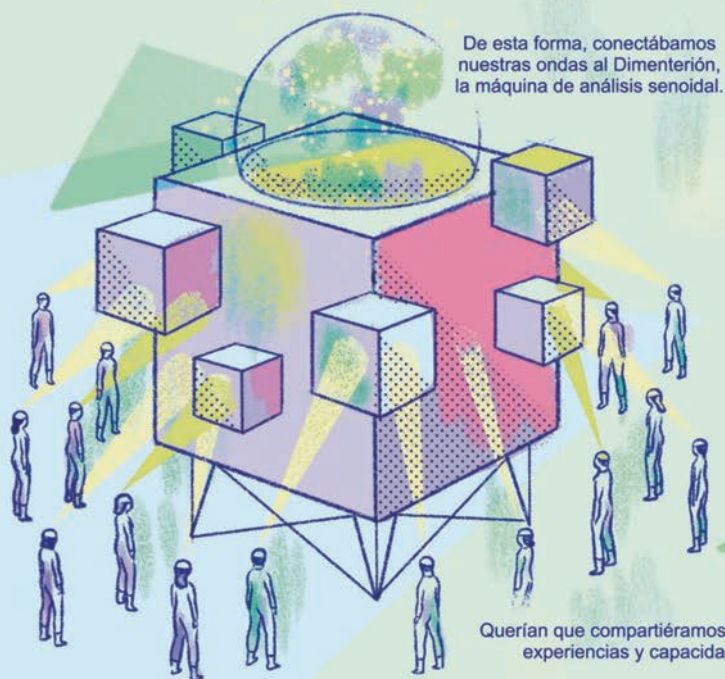
Y al final del día, ya nos habíamos dado cuenta.



Las actividades continuaron, tornándose ociosas.



Y por la noche, antes de acostarnos hacíamos *La sesión conjunta*.



La máquina analizaba todos los datos durante el campamento.

Y así, día tras día, el verano pasaba como si de un sueño se tratase.



Mientras tanto, La Destripadora
(así la llamábamos) analizaba
todos nuestros datos.

Nuestros pensamientos, recuerdos
y emociones. Nada escapaba
a su escrutinio.



Las monitoras se mantenían distantes. Sólo interactuaban
con nosotras por cuestiones técnicas.



Yo pasaba todo el tiempo que podía contigo,
630Σ, atraída por lo que habías visto y vivido.
Todo ello tan ajeno a mi realidad.

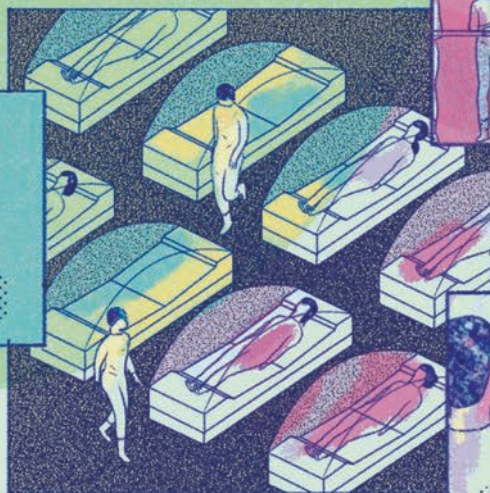


Quedaban pocos días
para el final del verano.



Lo pensamos concienzudamente
hasta que decidimos hacerlo.

Nos pusimos a ello, pero
no fue fácil planificarlo
todo en secreto.



No iba a ser tanto tiempo. En un año
estaríamos de nuevo en el campamento,
y la experiencia sería increíble.



Tuvimos que escondernos
de las monitoras
y las otras corps.



Y, sobre todo, debíamos mantenernos
muy relajadas para que los detectores
no percibieran ningún cambio en
nuestras ondas.



El último día no hubo ningún tipo de despedida,
simplemente nos convocaron a todas en la sala hexagonal.

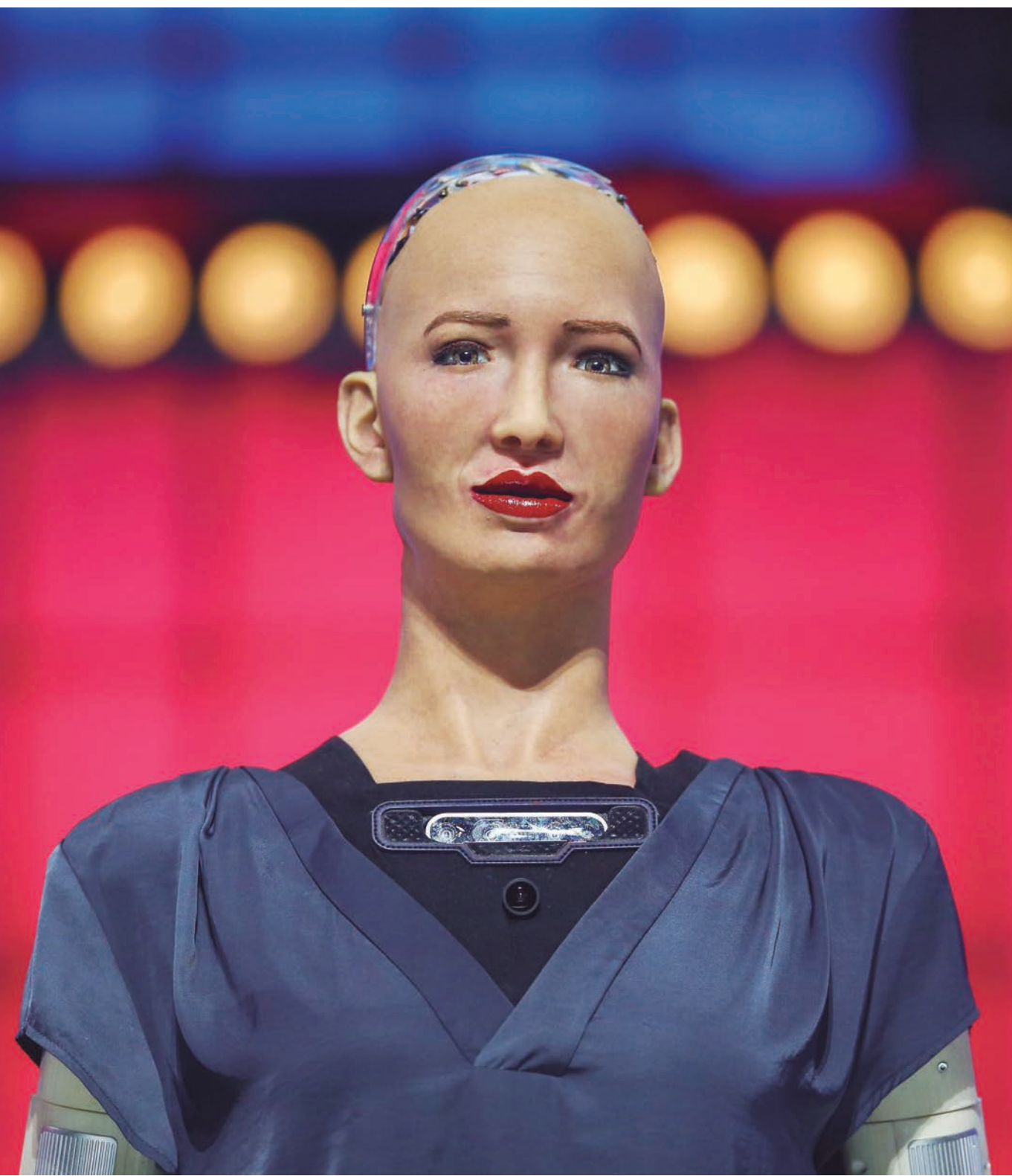
Las puertas de cristal líquido
comenzaron a abrirse aleatoriamente.

Tu puerta se
abrió antes que la mía.

Tenía un nudo
en el estómago
y te miré, intentando
averiguar si sentías
lo mismo.

Pero el inhibidor
de ondas de la sala
no lo permitió.

Y te vi desaparecer.





EL PORVENIR YA ESTÁ AQUÍ

Gabriela Frías Villegas

En la película ochentera *Volver al futuro II* (Robert Zemeckis, 1989), el protagonista Marty McFly viaja en el tiempo a bordo de una máquina construida en un auto DeLorean. Al llegar a 2015, el personaje representado por Michael J. Fox se encuentra con que en el futuro hay patinetas voladoras y tenis cuyas agujetas se amarran solas, además de pantallas con las que es posible hacer videollamadas. De todas estas predicciones, sólo la última se cumplió. Y es que predecir el futuro no es cosa fácil. Pero tal vez William Gibson —autor de la novela *Neuromancer* y padre del cyberpunk— tenía razón cuando decía que “el futuro ya está aquí, sólo está distribuido de manera desigual”, y quizás si observamos detenidamente las tendencias de la ciencia y la tecnología, podamos vislumbrar las tenues y lejanas luces del tiempo venidero. Desde esa perspectiva, más que hacer predicciones esta lectora geek desea ver cumplidas en el futuro algunas de las fantasías de la ciencia ficción.

LOS ROBOTS Y LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Hace algunos años tuve la oportunidad de visitar Tokio. Ahí subí al bar del piso 52 del Park Hyatt, el hotel donde se filmó la película *Lost in Translation* (Sofía Coppola, 2003). Desde las alturas, la ciudad en penumbra se veía como una escena de la cinta *Blade Runner* (Ridley Scott, 1982). Si existieran los *replicantes*, robots semejantes a seres humanos que aparecen en el filme, seguramente se encontrarían en Tokio.

◀ Sophia de Hanson Robotics. Fotografía de Vaughn Ridley/Web Summit, 2019 ©



Fotograma de Robert Zemeckis, *Back to the Future*, 1985

Y es que Japón es la tierra de los robots. Esto es evidente cuando uno pasea por el famoso barrio de Akihabara, donde hay todo tipo de androides de juguete en las vitrinas y donde las encargadas de dar informes en las tiendas suelen ser robots humanoides bellísimas. Para encontrar más autómatas uno puede viajar en el Yurikamome, un tren aéreo sin tripulantes que permite visitar la cercana isla de Odaiba, donde se encuentra el Museo Nacional de Ciencias Emergentes e Innovación de Miraikan. A la entrada del recinto hay una imponente estatua del robot Gundam, de veinte metros de altura, y en el interior se presenta un espectáculo con Asimo, robot humanoide nombrado así en honor del novelista Isaac Asimov. Mide 130 centímetros de altura, pesa 54 kilos y se asemeja a un pequeño astronauta. En el espectáculo el androide creado por Honda pateo una pelota, baila y brinca en un solo pie. También habla varios idiomas y obedece órdenes verbales.

Después de ver a Asimo en funciones no me queda la menor duda de que en los siguientes cien años existirán robots de muchos tipos,

que llevarán a cabo una infinidad de acciones mecánicas de manera sumamente eficiente, por ejemplo labores de limpieza, de ventas, e incluso existirán máquinas capaces de realizar diagnósticos y operaciones quirúrgicas.

Pero hay una pregunta que me intriga: ¿será posible construir en el futuro un robot capaz de pasar la prueba de Turing? Ésta consiste en un examen que mide la capacidad de una máquina para exhibir un comportamiento inteligente que sea indistinguible del de un ser humano.

Para tratar de responder la interrogante, platicué con el doctor Luis A. Pineda, miembro del Instituto de Investigaciones en Matemáticas Aplicadas y en Sistemas de la UNAM y miembro del Grupo Golem, que se encarga de construir robots basados en Inteligencia Artificial (IA). Me contestó con dos preguntas más: ¿por qué querríamos construir una máquina que pase la prueba de Turing? Y si lo lográramos, ¿por qué le interesaría pasar la prueba? Su respuesta a la primera es que construir un robot de este tipo responde al deseo de los seres humanos de crear un ente a su imagen y

semejanza. No tiene nada que ver con mejorar la eficiencia de las máquinas, pues éstas pueden llevar a cabo tareas mecánicas sin tener atributos humanos. Para contestar la segunda pregunta me pide que piense en una niña jugando con sus muñecas: la pequeña platica con ellas como si fueran seres humanos. En este sentido las barbies de una niña pasan la prueba de Turing porque ella les atribuye cualidades humanas. Y es que aunque los juguetes o los robots no tengan sentimientos, sí pueden provocarnos emociones y por ende modificar nuestra conducta. En otras palabras, pueden pasar la prueba de Turing aunque no tengan ningún tipo de inteligencia. Un ejemplo de las cualidades que los seres humanos les atribuimos a los robots queda expresado en el caso de Sophia, una robot humanoide creada por Hanson Robotics y diseñada para aprender y reproducir el comportamiento humano. No es muy inteligente y es incapaz de hablar sin la intervención de un programador, pero los medios de comunicación se han mostrado fascinados con ella y la han entrevistado periodistas de todo el mundo. En octubre de 2017 fue nombrada ciudadana saudí, convirtiéndose en la primera robot con nacionalidad.

LA BÚSQUEDA DE LA INMORTALIDAD

En *El retrato de Dorian Gray* el escritor irlandés Oscar Wilde narra la historia de un hombre que no quiere envejecer, y en su lugar se avejenta un retrato suyo. Esta historia no es única, pues la eterna juventud y la inmortalidad se enumeran entre las fantasías más frecuentes de las personas de todas las culturas.

Gracias a los avances de la ciencia y la tecnología en los últimos siglos se ha alargado la esperanza de vida de los seres humanos para alcanzar una longevidad promedio de seten-

ta años pero, ¿será posible aumentar aún más el tiempo de vida de nuestra especie en el futuro? Probablemente sí, aunque para lograrlo primero tendremos que volvernos cyborgs. De acuerdo con la historiadora y filósofa Donna Haraway, "un cyborg es un organismo cibernético, un híbrido de máquina y organismo, una criatura de realidad social y también de ficción". Pensemos, por ejemplo, en una persona que tuvo un accidente que la dejó paralizada del cuello para abajo. Hoy en día, quienes pasan por una tragedia como ésta quedan inmovilizadas y dependen de otros para moverse. Pero quizá en el futuro cercano haya prótesis que les ayuden a recobrar su independencia.



Robot Asimo en el Museo Miraikan de Japón.
Fotografía de Sintakso, 2017 ©



Selfie del Curiosity Rover de la NASA en Marte.
Fotografía de NASA/JPL-Caltech/MSSS, 2020 ©

El neurocientífico Richard A. Andersen y su equipo del Instituto de Tecnología de California están trabajando en esta dirección. El grupo logró implantar exitosamente un chip en el cerebro de una paciente que tenía el cuerpo completamente paralizado, y conectaron el implante a un brazo robótico. Ella fue capaz de mover la extremidad artificial solamente usando su cerebro para tomar un vaso con agua y realizar otras tareas sencillas.

Por otro lado, en nuestra época cuando una persona tiene un órgano dañando, por ejemplo un riñón, debe someterse a un trasplante. Esto suele ser complicado pues, entre otras cosas, es necesario encontrar a un donante compatible con el paciente. En la novela *Never Let Me Go* de Kazuo Ishiguro se plantea una solución terrible para este problema: las personas ricas se clonan para tener repuestos de sus órganos. Los clones son personas idénticas a sus

dueños, cuya única misión en la vida es donar partes de su cuerpo, hasta su muerte, para alargar la vida del ser que los clonó.

La ciencia moderna plantea una alternativa menos trágica al problema: generar órganos artificiales a partir de células madre, con ayuda de una impresora 3D. Hasta el momento sólo se ha hecho con tejidos, pero en el futuro seguramente será posible imprimir órganos funcionales, que alargarán varios años la vida de los seres humanos. Si esto sucede, se haría realidad la historia de *Frankenstein* de Mary Shelley, dado que los cyborgs del futuro serán un rompecabezas de partes, algunas mecánicas y otras orgánicas.

Por otro lado, Ray Kurzweil, padre del post-humanismo, plantea la posibilidad de que en el futuro los humanos puedan potenciar su inteligencia por medio de implantes intracerebrales. Acerca de esta posibilidad, Roger Bartra comenta lo siguiente en su libro *Chamanes y robots*:

El "hombre aumentado" del transhumanismo estaría dotado de una continuación de la artificialidad propia del exocerebro por medios electromecánicos y cibernéticos. Los primitivos amuletos y conjuros, junto con los rituales médicos que aumentan las potencialidades curativas de los fármacos y las cirugías, serían el embrión que daría paso a los nuevos humanos del futuro, quienes gracias a la magia de la tecnología interiorizarán las propiedades del exocerebro, marginarán el cuerpo biológico y eliminarán las formas de conciencia individual que conocemos. Posiblemente serían unos nuevos zombies, desposeídos de la molesta sensibilidad que nos impone el cuerpo biológico. Para que esta nueva condición poshumana ocurra deberá emerger una forma de conciencia artificial.

Nuestro cerebro estará conectado a internet [...], podremos llamar a nuestra pareja con sólo desearlo.

No hay un consenso en la comunidad científica sobre la definición de *conciencia*. Para Bartra, "no es únicamente un fenómeno biológico, es un híbrido que enlaza circuitos neuronales con redes socioculturales, es una confluencia de señales aparentemente electroquímicas en el cerebro con símbolos culturales en el entorno social".

En este punto, cabe preguntarnos si sería posible crear androides con conciencia. Sobre esto platicué con el doctor Jesús Ramírez Bermúdez, del Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía. De acuerdo con él, la ciencia podría avanzar lo suficiente para poder crear un robot de este tipo; sin embargo, espera que esto nunca se lleve a cabo. Si hubiera máquinas con conciencia sufrirían mucho, pues el sufrimiento es una parte esencial de ella, advierte.

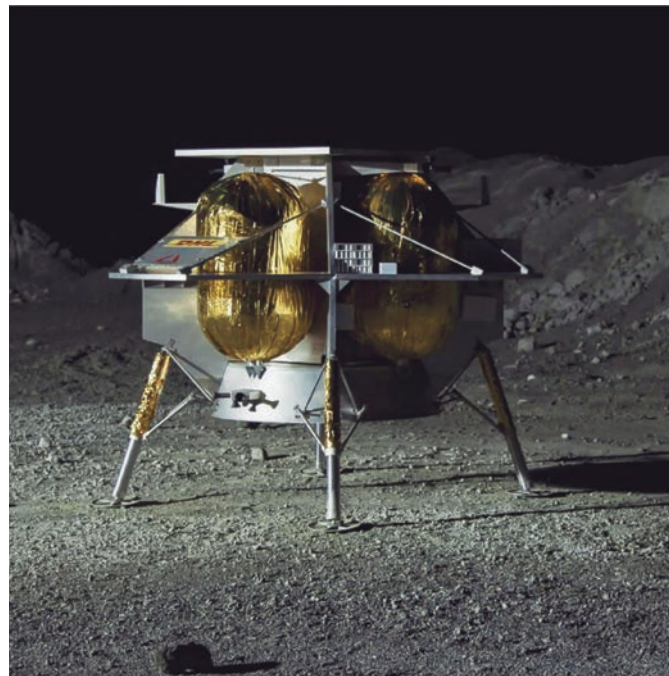
EL FUTURO DE LA COMPUTACIÓN Y LAS TECNOLOGÍAS DE LA COMUNICACIÓN

Con una hermosa fotografía y una música evocadora, la serie estadounidense de ciencia ficción *Devs* narra la historia de Forest, un genio de la programación que está obsesionado con reunirse nuevamente con su hija Amaya, quien murió en un accidente automovilístico de muy pequeña. Para lograrlo, contrata a varios expertos en informática que lo ayudarán a construir una computadora cuántica, capaz de simular el pasado y el futuro. En la serie dicha máquina se asemeja a un candelabro posmoderno compuesto por circuitos dorados y está colocada en un edificio con la forma de un cubo de Sierpinski, un fractal que tiene un volumen igual a cero y una superficie infinita.

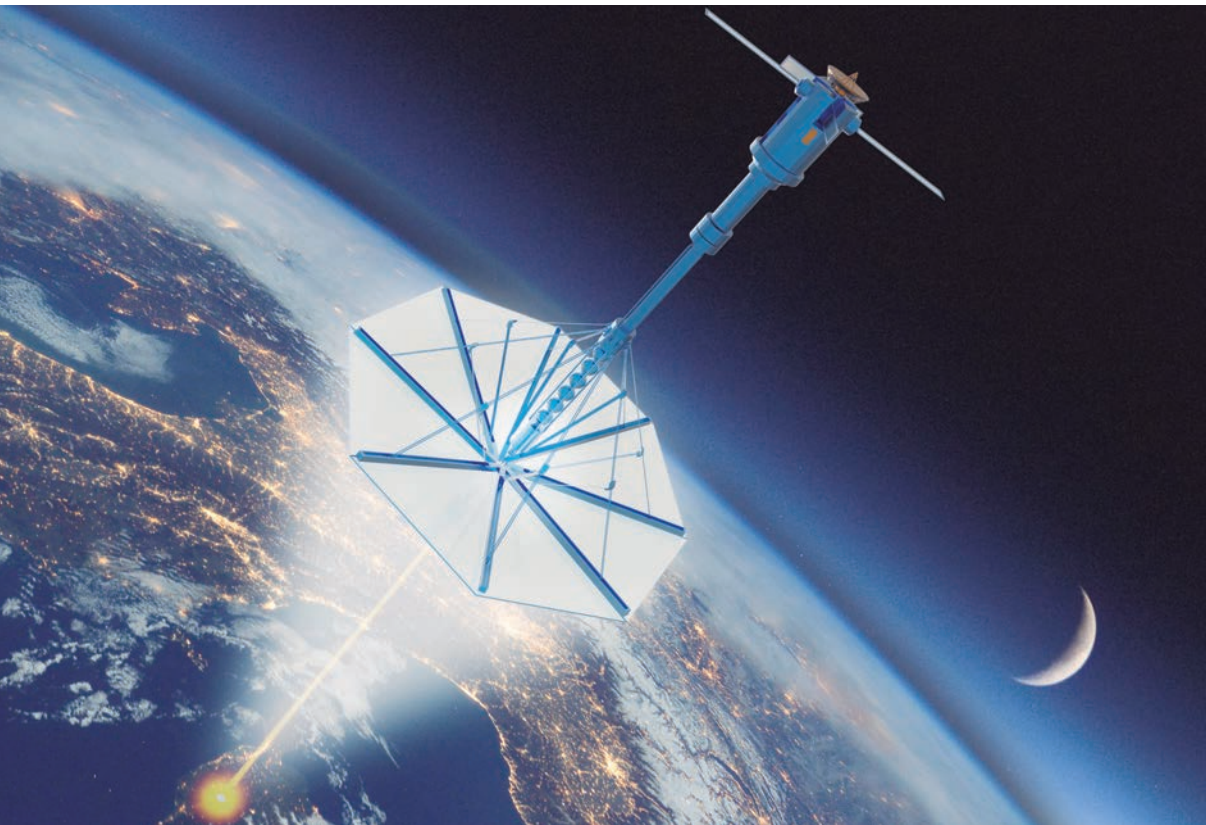
Aunque no sabemos si algún día será posible simular viajes en el tiempo en una máquina, las computadoras cuánticas serán realidad en el futuro. Éstas se basan en el uso de

cúbits, una combinación de ceros y unos. Los bits de la computación clásica pueden tomar solamente dos valores: cero o uno. En cambio, los cúbits pueden tomar ambos valores simultáneamente. Esto hará que las computadoras cuánticas sean mucho más eficientes que las clásicas.

En el siglo que viene también veremos avances sorprendentes en las tecnologías de la comunicación. El físico Michio Kaku sugiere que en el futuro nuestro cerebro estará conectado al internet a través de un chip, de modo que podremos llamar a nuestra pareja con sólo desearlo. De acuerdo con el científico también seremos capaces de grabar nuestros sueños para verlos nuevamente al despertar, como si se trataran de una película. Esta idea es ten-



Render de la misión COLMENA de la UNAM



Render del Breakthrough Starshot Project. Imagen de Futurilla, 2016 ©

tadora pues, como decía el filósofo Gaston Bachelard: “¿acaso el sueño no es el testimonio del ser perdido, de un ser que huye de nuestro ser, incluso si podemos repetirlo, volver a encontrarlo en su extraña transformación?”. Y, aunque pareciera algo imposible de lograr, el doctor Adam Haar Horowitz, del Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), y su equipo ya han desarrollado el método Targeted Dream Incubation (TDI) para grabar los sueños de las personas e incluso modificarlos.

UNA ESPECIE INTERPLANETARIA

La novela *Aurora*, de Kim Stanley Robinson, narra la travesía de una nave que sale de la Tierra para embarcarse en una misión durante 170 años, con el objetivo de colonizar una de las lunas de la estrella Tau Ceti.

Para algunos científicos, la idea de colonizar otros mundos es crucial para la supervivencia de nuestra especie. Entre ellos, Stephen Hawking señalaba que “ya es hora de explorar otros sistemas solares. Extendernos podría ser lo único que nos salve de nosotros mismos. Los humanos deben dejar la Tierra”. Aunque todavía no tenemos naves que nos permitan salir del sistema solar, durante este siglo habrá una primera misión a Marte tripulada por humanos.

Gracias a misiones como Curiosity, que dejó la Tierra en 2011 para buscar materia orgánica en Marte, tenemos una gran cantidad de información sobre nuestro planeta vecino. Entre otras cosas, esa misión ha tomado fotografías de alta resolución de “un mundo de maravillas”, como lo llamaba Carl Sagan, con montañas de arena roja y atardeceres púrpura. Sabe-

mos que el planeta rojo es similar a la Tierra, dado que tiene días de veinticuatro horas, un suelo rocoso y agua.

Por otro lado, Marte es un desierto helado en el que aún no se ha encontrado vida. Su temperatura y las características de su atmósfera no son las mejores para que prospere ahí una colonia humana. Por ello, los pioneros del planeta encontrarán condiciones de extrema dureza. Sin embargo, en los siguientes mil años se podría *terraformar* al planeta rojo, es decir, convertirlo en un lugar similar a la Tierra. Para hacerlo, se tendría que calentar el planeta, además de llevar distintos tipos de plantas y microorganismos terrestres para crear un ecosistema.

Una de las propuestas para llevar a cabo las misiones tripuladas a Marte es usar a la Luna como escala intermedia; siguiendo esta lógica, se ha planteado la posibilidad de crear una estación espacial en nuestro satélite natural. Ahí se tendrán que construir distintos tipos de estructuras. Una de las propuestas de la UNAM para lograr este proyecto es enviar a la Luna nueve robots pequeños capaces de autoensamblarse para crear un panel solar. Esta iniciativa, que recibe el nombre de Colmena y que está liderada por el doctor Gustavo Medina Tanco, del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM, se hará realidad en 2021.

Por otra parte, en el pasado ya se han enviado varias misiones espaciales para investigar los demás planetas del sistema solar; por ejemplo, la misión Juno de la NASA tomó hermosas fotografías del turbulento Júpiter. Pero, ¿qué pasaría si quisiéramos observar de cerca los planetas que orbitan Alfa Centauri, la estrella más cercana al Sol? Con la tecnología actual, una misión robótica tardaría 78 mil años en visitar a nuestra vecina. Para acortar

este tiempo, Hawking, junto con los empresarios Yuri Milner y Mark Zuckerberg, propuso en 2016 articular una misión llamada Breakthrough Starshot, que consiste en construir mil nanonaves espaciales que sólo pesarán un gramo y que viajarán al 20 por ciento de la velocidad de la luz. La idea es lanzarlas al espacio e impulsarlas para viajar, como si fueran una parvada de aves, por medio de un abanico de rayos láser. Se calcula que las nanonaves llegarían a su destino en veinte años, aunque el proyecto podría tardar otros veinte en estar listo. Sobre esta iniciativa Hawking dijo:

el límite al que nos enfrentamos es el gran vacío entre nosotros y las estrellas, pero ahora podemos trascenderlo. Gracias a los rayos láser y a la nave más ligera jamás construida, podríamos enviar una misión a Alfa Centauri en una generación.

La ciencia ficción y los adelantos actuales de la tecnología nos permiten soñar. Debemos imaginar el futuro para crear las máquinas que necesitamos en la búsqueda por mejorar nuestras ciudades, mantener nuestra salud y tener sociedades más eficientes, entre muchas otras cosas. Sin embargo, recordemos las palabras de Ray Bradbury: "la ciencia ficción no predice, sino que nos previene de lo que podría suceder en el futuro". Entonces, debemos estar atentos. La revolución tecnológica que nos espera podría ser una utopía, pero también producir una realidad distópica con inequidades, violencias e implicaciones difíciles de prever. Por ello, es importante reflexionar desde ahora sobre cómo lograr un futuro justo, menos violento para los seres humanos y el ambiente, donde los beneficios de la tecnología sean para todos. **U**



Anónimo, *Popular Lectures on Human Nature*, 1895. Library of Congress ©



LA POSTMEMORIA: EL FUTURO DEL OLVIDO

Gastón García Marinozzi

1

François Villon, poeta francés del siglo XV, considerado el último medieval y el primer maldito, obsesionado con la idea del testamento y la posteridad, escribió que los gitanos eran "harapientos que sólo llevan consigo cosas futuras". Podemos entender a esos gitanos como la exégesis de la condición humana, aquella que desde la pulsión más primitiva se yergue, se pone de pie y comienza a andar, a caminar hacia el futuro.

Desde hace millones de años hasta hoy, ese mismo ser que se dirige hacia adelante lo hace perturbado por la decisión constante sobre qué cargar consigo en el largo viaje y qué dejar atrás.

La principal característica de la actualidad es el deseo nómade, el horizonte como propulsor, el movimiento hacia un nuevo refugio desconocido, el más allá que cura, que permite escapar, huir de las guerras y del hambre. La promesa del paraíso imposible. El sentido humano se dirime, a pesar del parón pandémico, en la ilusión de estar en otro lado. No hay nada que nos haga más iguales que el sueño de andar.

El futuro es siempre, por definición, el *otro lado*. El andar nómade, gitano, migrante en definitiva, es la traslación de una instancia a otra, entre la dicotomía de memoria y deseo.

El desafío es responder la pregunta sobre cuánta memoria se llevaría al otro lado. Cuánta memoria, cuánto olvido cabe entre las pertenencias.

Un nómada, un gitano, un migrante se definen a la hora de armar su maleta. La maleta del viajero se llena de las pertenencias inevitables, únicas, imprescindibles. El momento crucial de decidir lo que se lleva y lo que se queda, lo que cabe en esa valija, mochila, bolso, bagayo, caja o simplemente en los bolsillos, demarca por completo la existencia del viajero.

En este caso, la pregunta ¿qué libro llevarías a una isla desierta? es un inquietante juego-trampa: el futuro es el libro, y está en blanco, por supuesto.

El desafío es responder la pregunta sobre cuánta memoria se llevaría al otro lado. Cuánta memoria, cuánto olvido cabe entre las pertenencias. Porque en las cosas futuras, ¿cabe la memoria?

El microcuento del escritor Luis Felipe Lomeí "El emigrante" dice:

—¿Olvida usted algo?

—¡Ojalá!

2

Todas las memorias. Ricardo Piglia, en sus cursos sobre Borges, habla de tres tipos de memoria: la de Proust, la de Freud y la del propio Borges. Me atreveré a agregar una cuarta: la de Georges Perec.

La memoria de Proust es la memoria involuntaria, la de la experiencia. De pronto, de la nada, una emoción dimana del pasado y nos traslada al viejo tiempo. Una magdalena contiene un universo entero que estalla ante no-

sotros, nos restriegas el pasado y, por último, nos fastidia el desayuno.

La de Georges Perec es la memoria aséptica y clasificatoria. Un listado de camas (tuvo el proyecto de escribir una biografía a partir de todas las camas en las que había dormido en su vida), de escaleras, de calles, de elementos amarrados a un sentido casi burocrático de la existencia. Los recuerdos recitados como un mantra catastral, que deviene de lo vibratorio superficial, hasta sintonizar con el recuerdo deseado.

La de Freud y el psicoanálisis es la memoria falsa, la traicionera. Siempre esconde otra cosa que no se ve. El recuerdo, lo sabemos, se cosifica como una matrioshka que guarda en su interior los sueños y los actos fallidos. Cada una de las muñecas en forma de memoria son pequeñas bombas de tiempo que al explotar develan lo que no queríamos ver.

El pensamiento de Jorge Luis Borges, mucho más extenso que su literatura y aún no del todo reconocido, tiene un gran protagonismo en la actualidad. Como un prestidigitador, sus ideas del infinito, la universalidad, el laberinto, la memoria, la realidad y la ficción, pueden ser torales para explicar los tiempos modernos.

La memoria, para Borges, es una condena. En su magnífico cuento "Funes el memorioso" nos presenta a un hombre, Ireneo Funes, como el ser con más recuerdos que los que "habrán tenido todos los hombres desde que el mundo es mundo". La memoria infinita de Funes, que "no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado", esa condena de

recordar todo, todo el tiempo, le impide el acto más humano de todos: pensar. El hecho de no poder pensar, y sólo recordar, convierte a este sujeto en un bárbaro.

Este horror es lo que la ciencia llama *hipertimnesia*. O lo que Oliver Sacks reconoce en un Funes real, un tal Franco Magnani, “un artista eidético, capaz de retener en la memoria, durante horas, días o incluso años, toda una escena que ha atisbado sólo un instante”. Este “artista de la memoria” dibujaba una y otra vez el mismo cuadro, una escena llena de los detalles más nimios del pueblo de su infancia en la Toscana, del que se había ido durante la guerra. Como Funes, no podía pensar. La obsesión por esas imágenes de la niñez lo atormentó hasta la locura. Murió oyendo en su cabeza las campanas de la iglesia.

Escribió Borges en el poema “Everness”: “Una cosa no hay, es el olvido...” El olvido, en definitiva, es el único alivio contra esa memoria total, absoluta.

3

Existe otro tipo de memoria: la memoria heredada, o la *postmemoria*, que Marianne Hirsch definió como “recordar lo no vivido, recordar por la vivencia de los demás o por un canon de memoria”. A esto mismo, Beatriz Sarlo lo llama la *memoria heredada*, la “memoria de los hijos sobre la memoria de los padres, una memoria de segunda generación”. El recuerdo del recuerdo de los otros.

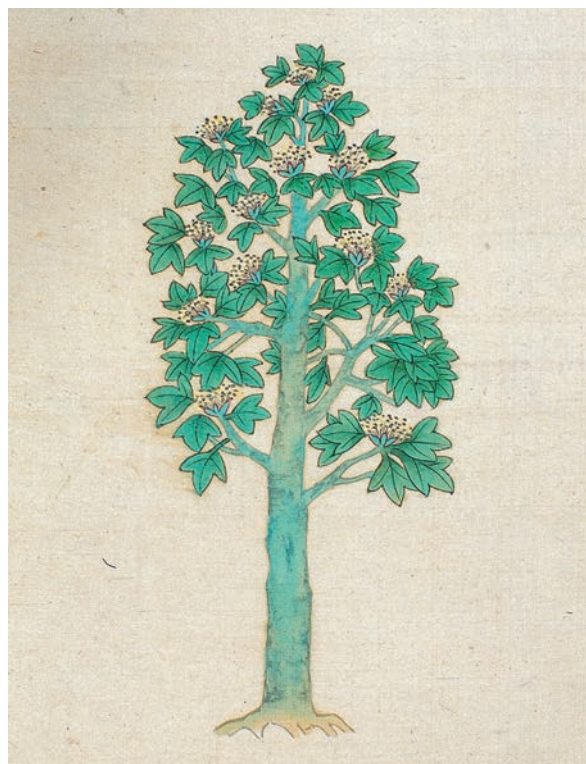
Como ejemplo, vale mencionar la producción artística tras la sangrienta dictadura militar argentina, que ha ayudado a vertebrar la reconstrucción democrática. La elaboración dis-

cursiva —sobre todo en el cine y la literatura— ha respondido a una memoria colectiva que pedía catarsis, duelo y reparación, lo que ha desembocado en una producción que transita desde la literatura testimonial, el relato del sobreviviente, a la pretensión de olvido de las décadas sucesivas y al boom de la memoria de los últimos años.

Esta imposición de la memoria convierte al olvido en un asunto políticamente incorrecto.

4

Desde los griegos se entiende que memoria y olvido van tan juntos como van la vida y la muerte. De hecho, fueron los primeros en decretar ciertos olvidos obligatorios. Hoy en día,



Árbol de Paulownia del *Bencao tupu*, ilustración estilo gongbi de Zhou Hu y Zhou Xi, 1644. Wellcome Collection ©

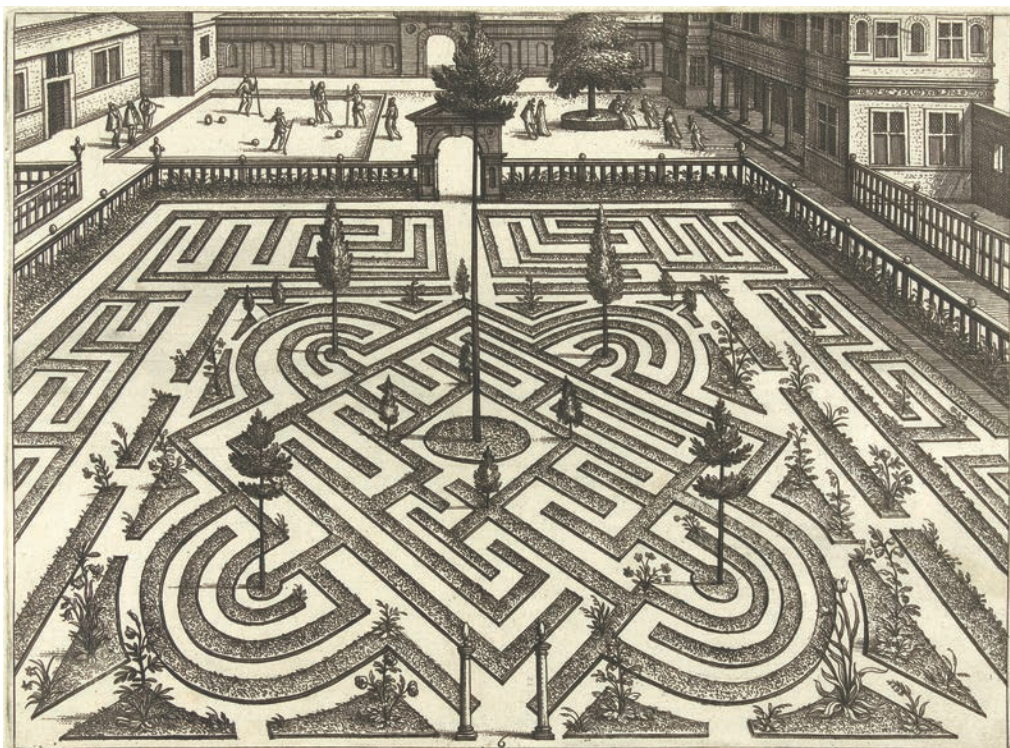
una marea de conciencia colectiva nos convirtió en los Funes borgeanos impedidos de dejar atrás cualquier recuerdo. Nada de lo que ha pasado hasta este momento puede ser olvidado. El recuerdo, en supresión ontológica de la memoria, se convierte en una falsa reivindicación de la vida individual pasada, pero también en arma antojadiza de los aspectos más sustanciales del devenir político y social.

Durante todo el siglo XX, con su triunfos y fracasos, se erigió una nueva cosmogonía en la construcción de una memoria rectora, correctora, casi moral. La memoria se volvió obligatoria en términos políticos, sobre todo para reinventar patrias, justificar dictaduras y na-

cionalismos. Una memoria colectiva, global, en desmedro de la individual.

La memoria personal queda así reducida a una cuestión terapéutica: recordar u olvidar como sanación o herida. En cambio, la memoria colectiva, a veces obtusa y siempre manipuladora, se monta en el tópico aquel de "conocer el pasado para no repetir los mismos errores". De flagrante ineficacia, la misma piedra está allí para seguir tropezando, una y otra vez.

¿Qué pasaría si olvidáramos Auschwitz o La Perla argentina? ¿Cómo sería el futuro sin el recuerdo de ese horror tan próximo? Nadie se atreve a responder porque acaso no hay respuesta posible.



Anónimo, *Jardín con laberinto geométrico*, ca. 1587. Rijksmuseum Collection ©

Es la manera en la que el sistema de poder se hace dueño de la memoria para contar en los libros de historia su propio fracaso. Con esto, elude la pregunta porque oculta la verdadera cuestión: no es el olvido o la memoria, sino la justicia o la impunidad.

David Rieff en su libro *Contra la memoria* escribe que ésta

es una deformación de la historia. No existe la memoria colectiva, es un artefacto de la política o de la religión, de la tradición. Esto es así porque la memoria aplicada a la historia no puede ser crítica, porque es absolutamente emotiva, personal y por lo tanto subjetiva. La memoria es un mito, y por supuesto que un mito necesario a nivel personal, familiar, pero tenemos que saber que siempre nos dará una visión parcial de la realidad.

Tanto en nuestra memoria individual como en la memoria colectiva sobreviven situaciones emblemáticas, coágulos difíciles de disolver por la mera acción del tiempo. La Segunda Guerra, el Holocausto, Tlatelolco, el 11 de Septiembre, la pandemia que no acaba, constituyen un abismo de horror y absurdo que la que se llama a sí misma *civilización* no termina de saldar y que continúa desafiando nuestra racionalidad.

5

El derecho a olvidar, como defensa ante la imposición colectiva del poder, se enfrenta ahora al vacío ominoso de la incapacidad de recordar. La aptitud del olvido voluntario —o, lo que es lo mismo, la memoria selectiva— está en riesgo.

A lo largo de la historia, la asimilación cultural depende de la tecnología. En el siglo XXI, ésta es una sucesión infinita de plataformas que definen lo que cada quien debe consumir. El ritmo vertiginoso de estos desarrollos los convierten en experiencias efímeras, lo que plantea una seria dificultad para la memoria personal.

La tecnología ya tiene la posibilidad de suplir los principales fallos de la memoria. Estamos ante el imperativo de dos memorias definidas no por la conciencia individual, sino por estructuras que eliminan la experiencia real de la vida. Toman vigencia, entonces, dos maneras de memoria no personales: la colectiva, que siempre es impuesta por el poder (los gobiernos, las ideologías, las transnacionales) o la de los algoritmos, impuesta por los medios de consumo y las redes sociales.

La memoria del nómada del siglo XXI puede dejar de ser suya si sólo la confía a una nube en la que deposita sus archivos y grabaciones mientras tanto, mientras anda.

¿Mantendremos en un futuro cercano la capacidad de recordar? ¿Los eventos íntimos de la propia existencia, las imágenes de aquel pintor de la Toscana, sobrevivirán si las extrapolamos de nuestros propios procesos psíquicos para depositarlas en la vidriera ególatra de las redes sociales?

¿Dependerá nuestra memoria de tener conexión a internet?

¿A qué sabe la magdalena del desayuno, fotografiada para Instagram? [U](#)



LA ASTROLOGÍA, HOY Y MAÑANA

Javier Betancourt

La primera vez que me invitaron a dar una plática sobre astrología fue para un club de solteros. Me había esmerado con temas serios como el origen y la historia de esta controvertida práctica de los babilonios; aún no existía Power Point, así que dibujé esquemas a gran escala para explicar el sistema y el funcionamiento de los signos, las casas y los planetas. Después de caer en la cuenta de que los asistentes entraban y salían con un trago en la mano, de notar la expresión de desconcierto o mero aburrimiento y de sentirme bombardeado con comentarios que sólo descalificaban la astrología, comprendí dos grandes errores que decidí no volver a cometer.

Primero, que era ocioso defender la naturaleza científica de la astrología; yo mismo provenía de ese grupo de incrédulos que se escandalizaba con tal creencia, no sólo había sido escéptico sobre la relación entre los planetas y el ser humano, sino que atacaba cualquier noción de correspondencia. Esto, claro, hasta que una crisis personal, seguida de un sueño, me puso o, mejor dicho, me *obligó* a tomar la astrología en serio. Muy en el fondo entendía la actitud de aquella comunidad de solteros, treintañeros y cuarentones, reunida ahí nada más para ligar, entretenerse y lanzar dardos contra el tablero.

Sólo pretendía compartir el entusiasmo de mi descubrimiento personal, nada tenía que ver con la búsqueda de su validez científica. De poco me sirvió invitarlos a apreciar la diferencia entre la ciencia dura, experimental y cuantitativa (estadística), y un conocimiento, basado en una tradición epistemológica que también implica observación y que

sigue ciertas reglas, pero jamás dissociadas de la intuición del sujeto que las aplica. Décadas después, aún me ruboriza recordar mi pretensión y, sobre todo, la pedantería de haber mencionado una anécdota atribuida a Isaac Newton, estudioso de la alquimia y un tanto de la astrología, cuando un colega suyo, también miembro de la Royal Society, aludió irónicamente a tales formas de superstición. El comentario del autor de *Los principios matemáticos de la filosofía natural* fue muy conciso: "Señor, yo he estudiado el tema".

Un segundo error, más significativo desde mi punto de vista, es que una tradición rigurosa y sistemática que lleva más de 2 500 años de existencia, enriquecida por las culturas más importantes del Mediterráneo e incluso fortalecida por las revoluciones científicas, no necesita defensores. La astrología sobrevivió a la revolución de Copérnico; sin recurrir a la apología, Johannes Kepler y Tycho Brahe la practicaron y apoyaron con mejores tablas y logaritmos y, mejor aún, la formalizaron con los avances astronómicos. De hecho, se cuenta con el registro de la carta astral, cuya elaboración tardó dos meses, que Tycho Brahe calculó para el recién nacido príncipe de Dinamarca. Afortunadamente, gracias a Mercurio y a Urano (que representan las revoluciones científicas y tecnológicas) ahora un programa informático de astrología calcula una carta astral en cuestión de segundos.

CUANDO ME PREGUNTAN SI CREO EN LA ASTROLOGÍA RESPONDO QUE NO

Entiendo que mucha gente intenta defender la astrología cuando dice que *cree en ella*; el conocimiento y la práctica de ésta, sin embargo, no dependen de actos de fe, pues no se trata de una creencia y menos de una religión. Prácticamente



Horóscopo de Iskandar, realizado por el astrólogo de la corte del sultán Iskandar, 1411. Wellcome Collection ©

mente tradicionales como el tarot, la alquimia, la cábala o la astrología pueden estudiarse a fondo o superficialmente, pero nunca como credos. Sagradas en algunas tradiciones pueden, no obstante, verse desde una perspectiva metafísica, incluso asociarse a corrientes místicas al margen oficial de las grandes religiones. En la antigua Persia la astrología era indisoluble de la religión de Zaratustra y del mazdeísmo.

Entre las posiciones extremas de incrédulos que atacan la astrología como forma de superstición y explotación de los miedos populares, y las de aquellos incondicionales de las influencias planetarias, crédulos que no dan un paso sin consultar la ubicación de los planetas, prefiero la postura de la incredulidad. He comprobado que muchos de esos es-

La gran tentación: ¿cómo no querer interpretar lo que fue, lo que es y lo que será, y entonces pretender manipularlo?

cépticos pueden llegar a apreciar la riqueza del conocimiento que encierra la astrología. En cambio es más difícil convencer a quienes la fetichizan para evitar malas influencias. Sé por experiencia propia que es posible descubrir en la astrología un camino de autoconocimiento y una forma de expandir nuestra visión del mundo.

Pienso en uno de los tratados de Plutarco, "Sobre la superstición", incluido en *Moralia*, donde profiere que el ateísmo hace menos daño que la superstición, causante de extremos perniciosos. En mi práctica como consultor pocas habrán sido las veces en las que no haya logrado abrir una perspectiva sobre los símbolos y el lenguaje de la astrología para los escépticos, que acuden a mí ya sea por curiosidad

o por desesperación. No sucede así, en cambio, con quienes esperan prescripciones para resguardarse de las malas influencias de los astros, que responden decepcionados y con irritación.

LA CUESTIÓN MÁS ESPINOSA DE LA ASTROLOGÍA: PREDECIR EL FUTURO

"No quiero que me digas lo que ya sé, sino lo que va a pasar" es una frase escalofriante, escuchada tantas veces, que resuena como sentencia sobre mis habilidades de astrólogo.

Lugar común inevitable, ante la incertidumbre de la condición humana en una realidad sujeta al devenir, a los desastres naturales y a la muerte, la respuesta ha sido tratar de anticiparse para evitar el daño o para aprovechar oportunidades. La magia y las técnicas predictivas han querido siempre ser instrumentos para controlar el destino, desde las altas esferas del poder hasta el hombre de la calle, desde los caldeos hasta el día de hoy. Por ejemplo, son notables los experimentos de astrólogos y especialistas en finanzas dedicados a predecir los movimientos de la bolsa en Wall Street.

Como los movimientos periódicos de los cuerpos celestes visibles, junto con la mayor parte de los fenómenos astronómicos que tienden a repetirse en ciclos más o menos precisos (el día y la noche, las estaciones y, sobre todo, el regreso de esos cuerpos errantes, los planetas que vuelven), nada más natural que asociar el destino a ese cielo que parece girar en torno a *mi* posición en la Tierra, sujeta también a cambios y ciclos. En el tema natal, la Luna representa la experiencia del efecto físico y psicológico de la alteridad, desde el nacimiento hasta la muerte, sobre el individuo; lugar común inevitable para la reflexión en una noche de Luna llena.



Vivant Denon, *Astrology: the Egyptian zodiac*, ca. 1780. Wellcome Collection ©

A menos de ser discípulos auténticos de Epicteto o Boecio, estoicos sublimes que enseñaron con su vida a no dejarse abrumar por la fatalidad, todos quisiéramos hacerle trampa al destino. Difícil caer en cuenta del doble rasero con que lo medimos: dado que es imposible dejar de estar sujetos a la alteración, deseamos que las cosas cambien, siempre para bien, y que se cumplan nuestras expectativas, pero eso sí, no queremos perder nada de lo bueno que tenemos. Consciente o inconscientemente, cada quien exige que las técnicas predictivas controlen el destino; por ejemplo, los políticos con sus encuestas y conteos, herramientas predictivas de la modernidad, aceptan el diagnóstico si les favorece y, si no, lo descalifican por completo.

SIN EMBARGO, SE MUEVE. LA ASTROLOGÍA NO PUEDE DEJAR DE PREDECIR

Apoyada en la astronomía, ciencia que al inicio no era más que una herramienta de medición, como lo indica su nombre, la astrología se basa en la posición y el movimiento de los cuerpos celestes; en la cultura asirio-babilónica o en la antigua Persia, la administración del Estado dependía mucho del cálculo de los ciclos lunares, crecientes y decrecientes, y de los eclipses, para regular cosechas y predecir posibles inundaciones. Gracias a la astronomía y a los programas de computadora, ahora es posible calcular cartas astrales a partir de las posiciones que tenían los planetas hace cinco mil años, en el momento actual, mañana, o dentro de cinco mil años más. La gran tentación: ¿cómo no querer interpretar lo que fue, lo que es y lo que será, y entonces pretender manipularlo?

Existe un sinfín de técnicas astrológicas para predecir e interpretar las posiciones de



Imagen del libro *Erra Pater, The Book of Knowledge*, 1753. Wellcome Collection ©

los planetas y su efecto, o expresión, en la carta astral de un Estado, un suceso importante, o en la vida de un individuo; los métodos van de lo simple a lo increíblemente complicado. Cada civilización por donde ha pasado la astrología se ha enriquecido con nuevos métodos y fórmulas de cálculo eficaz. El linaje de la astrología solar, que predomina en Occidente —pues resulta que además existen tradiciones lunares para complicar aún más el asunto—, incluye a la antigua Persia, Grecia, Roma, el islam y, actualmente, a las ciencias de probabilidad y estadística, junto con la cibernética. Todas se han esmerado en desarrollar técnicas predictivas.

Un amigo mío, inglés estudioso de la astrología en Oxford, me explicaba cómo dedicó dos años a aprender métodos predictivos ideados por los astrónomos y matemáticos más brillantes de la antigua Persia, islámica y preislámica. Ahí comprobé que, a final de cuentas, el procedimiento más confiable de los que me mostró, increíblemente sofisticado y capaz de competir con las computadoras, únicamente garantizaba un cincuenta por ciento de certeza.

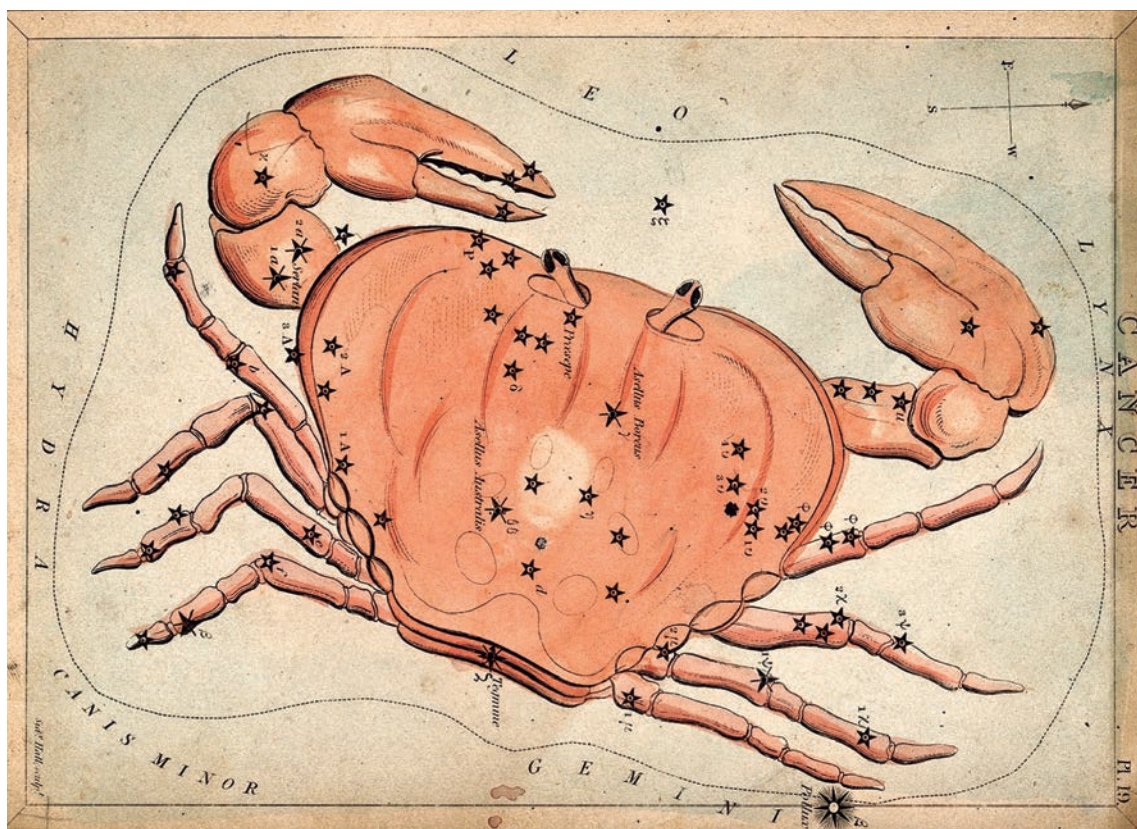
Mejor un volado, me dije.

ENTRE MÁS SENCILLA LA TÉCNICA PREDICTIVA, MEJORES LOS RESULTADOS

El problema fundamental, desde mi punto de vista, es la infinidad de elementos, causas y agentes que componen la realidad. Es imposible determinar millones de parámetros que sostienen la complejidad del universo y que, además de no poder contabilizarse, cambian y se afectan unos a otros sin cesar; pretender aislar un evento de la totalidad es ilusorio. La astrología conecta al individuo con todo el cosmos, aunque suene pretencioso. Ahí radica su fascinación y también su hibris, mera arrogancia de querer predecir con exactitud.

Es un error imperdonable, entonces, exigir resultados precisos y cuantitativos a un conocimiento que es, ante todo, cualitativo. Carl Gustav Jung, quien aprovechó el conocimiento de la psique personal y colectiva, resuelve el problema con el concepto de *sincronicidad*. Como comenta en su prólogo al *I Ching*, según ese principio todo está conectado con todo y cualquier evento refleja las condiciones del momento. Una carta astral, agrego yo, es el mapa en tiempo y espacio del individuo situado en la totalidad del universo.

Si de cualidad, complejidad e inclusión de las combinaciones posibles de un suceso se trata, el lenguaje apropiado es el de los sím-



Sidney Hall, *Astrology: Signs of the Zodiac, Cancer*. Wellcome Collection ©

Una carta astral [...] es el mapa en tiempo y espacio del individuo situado en la totalidad del universo.

bolos. No existe nada dentro del sistema astrológico que no sea simbólico. La astrología es una disciplina compleja compuesta de símbolos; a partir de ellos y de los signos, elementos, planetas, casas y relaciones angulares, se puede interpretar y enunciar un mismo suceso de mil maneras en diferentes niveles y registros; el símbolo nunca se agota como fuente de nuevos sentidos y nuevas interpretaciones.

Entre más sencilla sea la técnica elegida para explorar los tres tiempos: presente, pasado y futuro, más a fondo se puede ir y más rico y preciso será el resultado, siempre y cuando no se pierda de vista que la interpretación de cualquier configuración o combinación de planetas en la carta astral puede llevarse a cabo de miles de maneras diferentes.

LOS TRÁNSITOS DEL BREVIARIO

La técnica más directa y eficaz de interpretación astrológica se llama *lectura de los tránsitos*. Consiste en superponer la posición actual de los planetas sobre la carta astral de una persona, de una nación o de cualquier otro tipo de suceso; sólo se requiere contar con un buen programa de astrología, cosa fácil de encontrar en la web.

El principio es simple: una carta astral sitúa un evento, el nacimiento de un ser humano, por ejemplo, en un espacio (geográfico) y en un momento determinado (fecha); tal es la base de la astrología. La carta astral es algo así como una fotografía instantánea, pero como el cielo continúa su movimiento los planetas cambian constantemente de posición respecto a esas coordenadas registradas inicialmente.

En cualquier estudio serio o discusión sobre el sistema astrológico debe tomarse en cuenta que todos los movimientos de los planetas en el zodiaco, excepto el de la Luna, son apa-

rentes; es decir, se considera a la Tierra como un punto fijo y al Sol y los demás planetas girando a su alrededor. Esto, naturalmente, no es cierto, pero la tradición ve en ello un emblema de los arquetipos fundamentales de la experiencia humana.

EL TRÁNSITO DEL CORONAVIRUS: DESTINO PERSONAL Y COLECTIVO

En tanto que símbolos, ningún signo astrológico, planeta o tránsito pueden considerarse malos. La mejor definición de símbolo que conozco es la de la coincidencia de los contrarios. Por ejemplo, esta etapa de pandemia, marcada por la crisis y la incertidumbre, es el signo del Capricornio, que como el resto de los signos del zodiaco posee un polo luminoso, positivo, y otro oscuro, negativo. Una interpretación cabal y honesta debe basarse en la dinámica de esta polaridad.

Más que cambios, los tránsitos expresan las transformaciones a las que está sujeta la vida y, con ella, la realidad colectiva e individual del humano. Es innegable, sin embargo, que hay tránsitos, transformaciones, que se expresan de manera devastadora. Confieso que cuando pienso que los tránsitos de los planetas amenazan con alteraciones catastróficas, lo único que deseo es estar equivocado. Así me sucede con estos tránsitos que insisto en llamar "tránsitos de la crisis del coronavirus".

A Plutón, planeta o planetóide, símbolo de muerte y regeneración, le toma 250 años completar un ciclo; la última vez que estuvo en Capricornio, signo regido por Saturno y emblema del poder del Estado, surgieron los Estados Unidos como nación; siguió la Revolu-

¿El futuro después del cataclismo? Ciertamente limpio y despejado, el lado luminoso de Neptuno en Piscis es la purificación.

ción francesa, con sus glorias y terrores, pero el mundo cambió, aparecieron nuevos modelos de poder. Ahora las estructuras se están desbaratando. Como Capricornio representa la fuerza de acceso al poder y creación de estructuras que se quisieran eternas, cuando se ve amenazado este signo se radicaliza al punto de que se convierte en antiguo régimen y se colapsa de manera estrepitosa debido a su rigidez, si no adquiere sabiduría y flexibilidad. La carta natal de los Estados Unidos tiene a Plutón en Capricornio.

El 12 de enero del 2020, el Sol, Saturno, Mercurio y Júpiter (estos dos últimos asociados a la medicina), que representan respectivamente el principio de conciencia, autoridad, comunicación y ley, se hallaban también en tránsito en Capricornio, apoyando el trabajo regenerativo de Plutón. Ese día el gobierno chino dio a conocer el genoma del coronavirus. Por eso bauticé esa fecha como el *tránsito de la crisis*.

Imaginaba, claro está, que vendrían cambios fundamentales, pero localizados en países y regiones clave del planeta, y que serían transformaciones más o menos graduales, nunca supuse la magnitud de la catástrofe; silencioso, Neptuno se hallaba agazapado en Piscis, signo que rige, asociado a fuerzas invisibles como los virus. El tsunami estalló de súbito y no ha parado de arrasarlo con lo que se opone a su paso.

¿El futuro después del cataclismo? Ciertamente limpio y despejado, el lado luminoso de Neptuno en Piscis es la purificación. Pero temo, y le pido a Dios equivocarme, que aún falta mucho que limpiar, quizá todavía un par de años más.

COINCIDENCIAS PLANETARIAS

El sistema planetario del canon astrológico actual consiste en diez planetas (como se les llama a distintos astros, incluidos el Sol y la Luna); a los siete primeros, del Sol a Saturno, se les conoce como personales, ya que describen la experiencia individual de la persona; los tres restantes, Urano, Neptuno y Plutón, se llaman planetas transpersonales, pues se asocian a fuerzas colectivas de transformación; su movimiento alrededor del Sol transcurre muy lento, en 84, 150 y 250 años, respectivamente, y se dice que rigen procesos generacionales o que representan el inconsciente colectivo, asociado al tema de la sincronicidad, si se adopta la terminología de Jung.

De acuerdo con este principio de coincidencias significativas, el ciclo de cada uno empató con una crisis radical en la historia de la humanidad; Urano con la Revolución Francesa (1789); Neptuno con el auge del romanticismo, los socialismos, descubrimientos médicos que alivian el dolor, como la anestesia (1846); Plutón con el ascenso del nazismo al poder, a partir del célebre incendio del Reichstag (1933) y la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial.

En este momento, los tres planetas transurnianos (más allá de Saturno) se hallan en posiciones que provocan crisis y exigen transformaciones radicales. Urano —principio de innovación y revolución— en Tauro —signo constructivo de seguridad económica— está demoliendo el edificio económico del capitalismo, con efectos caóticos, pero buscará modelos más eficientes, aunque no necesariamente más justos. Neptuno —fuerza dionisiaca de liberación y purificación— se encuentra ahora en Piscis —signo al que rige—. Como revela Eurípides en *Las bacantes*, nada puede resistirse al ímpetu de Dionisos, frágil sólo en

aparición, cuando se manifiesta su poder es devastador. Por último, hay que observar actualmente el vigor de la energía femenina en protesta contra las estructuras patriarcales que representa Saturno —orden y autoridad— en Capricornio.

Afortunadamente, Neptuno en Piscis —asociado también a hospitales y personal médico— aporta compasión y altruismo, gran alivio para el tránsito de Plutón —implacable fuente de Eros y Tánatos—, regeneración radical, con lo cual no hay manera de acomodarse. En Capricornio, Plutón, el dios del infra-

mundo, se expresa de manera fría y eficiente, estrangula hasta aniquilar.

A partir del 18 de diciembre, Saturno transitará en Acuario por un par de años; este signo optimista busca renovar y crear maneras nuevas de organizar a la sociedad, con dinámicas innovadoras para sanar heridas e integrar descubrimientos científicos; Plutón llegará también a Acuario en menos de tres años, y se quedará ahí por mucho tiempo. Aunque suene exagerado, la combinación propone recordarnos por qué estamos aquí, en este mundo, y cuál es el proyecto humano auténtico. **U**



Carel Allard, *Planisferio celeste del hemisferio septentrional*, ca. 1722-1750. Rijksmuseum Collection ©



ASAMBLEA CONTIENETE
WALL MAPU LIBRE!

NEWEN WECHAFE! PASO VIOLEN

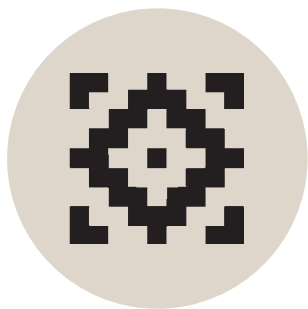


ACAB
MOIRA CHILE
OPO NENE
EX NUNEZ

REFUNDAR CHILE

HUAVERE HUE

NO AEP



EL ENREDO DEL TIEMPO

Nona Fernández Silanes

Escribir a ciegas, tanteando un punto donde afirmarse, en medio de un tiempo hecho pedazos. El futuro se puso en pausa, el presente se desbarató y con él la fantasía de control en la que creíamos movernos. Revuelta social y pandemia enredadas para suspender cualquier interpretación de la realidad. Todo razonamiento es frágil y se pone en crisis en cuanto se asoma. Imposible aferrarse a una certeza porque no sólo es improbable encontrarla, sino que parece no servir. Nada es claro y ése está siendo el desafío a la hora de pensarnos. Andar a tientas.

Las mujeres aymara cargan a sus hijos en la espalda. Con tejidos trenzados por ellas mismas los envuelven y los cuelgan atrás, resultando este gesto una representación simbólica del lugar en el que los aymara ponen el futuro. Ese pedacito de humano que encarna el mañana viaja en el revés de su madre, suspendido en la sombra del tiempo, en ese lugar desconocido que es imposible ver porque aún no sucede. Para los aymara el futuro no existe, sólo les pertenece a los niños. Lo ubican en la espalda, como a sus hijos, y prefieren dar la cara a lo que sucede, que es el presente y los sucesivos presentes que conforman el pasado. Lo que ha ocurrido es lo único que pueden ver con claridad, por eso lo disponen delante, como una forma de guiar el camino. Quizá en este ejercicio del intento en el que estamos, en esta búsqueda de una baranda donde afir-

Plaza de la Dignidad, Santiago de Chile, diciembre 2019. Proyecto visual colectivo de
◀ Marina Weinberg y Cristóbal Bonelli

El pasado viaja en nuestra espalda, muy cerca del olvido, y sólo abrimos los ojos hacia el hechizo del futuro que nos aguarda.

marnos para no caer, podríamos cambiar el eje de nuestra mirada y probar otro punto de vista. Siempre hemos dialogado con el tiempo al revés que los aymara. El pasado viaja en nuestra espalda, muy cerca del olvido, y sólo abrimos los ojos hacia el hechizo del futuro que nos aguarda. Se supone que avanzamos hacia él. Pero en este presente incierto que mantiene el mañana en pausa quizá lo único que nos quede para sostenernos es mirar lo recorrido, hacer un repaso de lo hecho y encontrar ahí, a lo mejor, una idea de futuro.

En la madrugada del 5 de septiembre de 1970, hace cincuenta años, el recién elegido presidente de Chile, Salvador Allende Gossens, se asomó desde un palco improvisado de la Federación de Estudiantes para dar el que sería su primer discurso como líder del país. "Nunca un candidato [...] usó una tribuna que tuviera mayor trascendencia", dijo. "Porque todos lo sabemos: La juventud de la patria fue vanguardia en esta gran batalla".

Lo que comenzaba esa noche era un trabajo difícil. Lo sabían las y los jóvenes que, con la lucidez histórica que les caracteriza, con ese diálogo directo que siempre han tenido con el futuro, empujaban las grandes transformaciones sociales. Lo sabía Allende y lo sabían todas y todos quienes habían votado por él. El desafío avalado por las urnas implicaba cambios profundos que la oligarquía y las élites no estaban dispuestas a permitir.

Hemos triunfado para derrotar definitivamente la explotación imperialista, para terminar con los monopolios, para hacer una seria y profun-

da reforma agraria, para controlar el comercio de importación y exportación, para nacionalizar, en fin, el crédito, pilares todos que harán factible el progreso de Chile, creando el capital social que impulsará nuestro desarrollo.

Pero esa madrugada, pese a la conciencia de la dificultad, todo era alegría y festejo. Ese primer discurso de la victoria suspendió cualquier sospecha de terror futuro.

Sólo quiero realizar ante la historia el hecho trascendental que ustedes han realizado derrotando la soberbia del dinero, la presión y la amenaza; la información deformada, la campaña del terror, de la insidia y la maldad. Cuando un pueblo ha sido capaz de esto, será capaz también de comprender que sólo trabajando más y produciendo más podremos hacer que Chile progrese y que el hombre y la mujer de nuestra tierra, la pareja humana, tengan derecho auténtico al trabajo, a la vivienda digna, a la salud, a la educación, al descanso, a la cultura y a la recreación. Pondremos toda la fuerza creadora del pueblo en tensión para hacer posibles estas metas humanas que ha trazado el programa de la Unidad Popular.

Casi cincuenta años después, el 18 de octubre de 2019, comenzamos en Chile a transitar el vértigo de la revuelta. La interrupción por las armas de aquel proyecto inconcluso, que se inauguró en 1970, dejó una grieta imposible de sellar que se sumó alimentando la protesta. Las y los estudiantes secundarios, otra vez la lucidez de la juventud, saltaron los torniquetes del metro y en ese gesto se abrió la gran caja de Pandora. Décadas de malestar subterráneo emergieron con fuerza. La revuelta de octubre cambió el escenario, los límites se co-

rieron, el punto de vista se amplió y, con la caída de cada estatua de los supuestos próceres, evidenciamos la fractura de un orden que se vino abajo. La política dejó de estar encerrada en La Moneda y el Congreso y se activó fuera de los consensos pactados por los honorables hombres de la República. El ejercicio político resucitó en la calle, en la conversación larga de la esquina, en la sesión del cabildo de la plaza, en nuestras asambleas barriales, sectoriales, comunitarias, domésticas, y aparecieron nuevas ideas, propuestas, discursos, hablas, miradas que no habían sido atendidas y que, en parte, hacían eco de aquel programa anunciado en 1970. Un extraño sentimiento de comunidad comenzó a tejer lazos entre unas y otros, y el recuerdo de ese tiempo, no tan lejano, circuló como un fantasma resucitando imágenes que no todas ni todos habíamos vivido.

Nuestras madres y nuestros padres lo percibieron con mayor claridad.

También nuestros abuelos.

Si bien las múltiples diferencias estaban a la vista entre el ayer y el hoy, las pancartas y los cabildos ciudadanos actualizaron ideas que se quedaron suspendidas en el año 1973, luego del golpe militar. La exigencia de los cambios que ya se habían propuesto como metas en un programa de gobierno que no pudo llegar a su fin. Otra vez se hablaba de desbaratar las diferencias sociales, de recuperar las riquezas del país para el beneficio de todas y todos, de fortalecer al Estado, de trabajar por una educación gratuita, pluralista, participativa, democrática; de establecer un sistema de salud popular, de ofrecer pensiones justas para los jubilados, de construir viviendas dignas sin reajustes que desintegren los ingresos de sus moradores, de conquistar una independencia económica. Necesidades añejas que re-



Bandera mapuche, Santiago de Chile, diciembre 2019.
Proyecto visual colectivo de Marina Weinberg y Cristóbal Bonelli

vivieron junto a otras nuevas para mezclarse y enredarse en este presente disconforme que dialoga con el pasado para intentar encontrar un camino hacia el futuro.

Wenu Mapu es el nombre que el pueblo mapuche le da al firmamento. La "tierra de arriba": el lugar donde viven los espíritus de nuestros antepasados. Todos aquellos que alguna vez pisaron el mundo y que ahora, desde allá arriba, nos protegen. El lugar donde llegan los que no trasgreden el orden natural de las cosas, convirtiéndose en halcones o cóndores del sol. Para el pueblo mapuche los muertos son los poseedores de la sabiduría, los ubican arriba porque ahí la perspectiva es amplia y se ve mucho mejor. El pasado está por encima, protegiendo y entregando luz en un ejercicio activo. El pasado es fundamental en su manera de ver el mundo y tanta bandera mapuche,



Santiago de Chile, diciembre 2019. Proyecto visual colectivo de Marina Weinberg y Cristóbal Bonelli

circulando en la revuelta social, reemplazando a las de los partidos políticos, tanta estrella iluminando las calles, quizá, entre otras muchas lecturas de sentido, tenga que ver con la importancia del pasado encendiendo la energía de la protesta. Naturalmente, sin que nadie lo organizara, sin que ningún partido lo mandara, sin que nadie pagara, la reunión callejera revivió cantos, consignas y planteamientos que creíamos sepultados. Los tiempos se enredaron y corrieron por pasadizos estrechos, de paredes porosas y difusas que filtraron el ayer y el hoy, proponiendo una energía provocadora, porfiada y desobediente.

Pero de pronto, de un día para otro, en medio de ese torbellino de creatividad antigua y nueva, de ese diálogo temporal, caímos en el encierro por la crisis sanitaria y nos vimos privadas y privados del ejercicio de la calle y del estimulante intercambio en vivo. Las vidas

quedaron en pausa, el intervalo se apoderó del tiempo y lo desbarató en una lógica que desafía nuestra propia neurosis por el control. Como si el virus hubiese heredado la energía caótica de la revuelta, o como si la revuelta se hubiese anticipado pavimentándole el camino, el descontrol de la naturaleza nos fuerza a ampliar la mirada, a situarnos arriba, en el *Wenu Mapu*, junto a nuestros antepasados que todo lo ven, y desde ahí observarnos como parte de un gran colectivo, de un universo orgánico que no gobernamos. Cayeron las estatuas de nuestros supuestos próceres y con ellas nuestra soberbia controladora, poniéndonos en el lugar en el que la humanidad siempre se ha movilizado: el del caos. Y aquí estamos ahora, en medio de la incertidumbre, con la única seguridad de que no dominamos la naturaleza, sólo podemos seguir el orden natural de las cosas y en ese flujo quizá lleguemos a transformarnos en halcones o cóndores del sol.

La política del virus es ingobernable. Pero las políticas para la administración del virus no. De éstas hemos sido testigos con asombro horrorizado. Y en ese ejercicio el desconcierto crece y nos hace juntar rabia y pena para afirmarnos en la idea que el virus nos regala, ésta de ser parte de un gran organismo cuyas piezas no son autónomas. Un bosque es talado, un iceberg se derrite, una selva es quemada, y las consecuencias de eso las sufrimos todos los seres del planeta. Nos talan, nos derriten, nos queman. Los seres humanos estamos enredados con la naturaleza. Dependemos de ella y también dependemos unos de otras. Nos necesitamos para sobrevivir. Planteamiento que ya habíamos asumido en sintonía con el caos natural de la revuelta. Sin caudillos, sin jefaturas, improvisamos la organización que hasta el día de hoy sostiene a muchas y muchos en un país fragilizado económicamente desde siempre y aún más por la pandemia. Ese tejido territorial, sectorial, gremial ha marcado una gran distinción en la vivencia de la crisis sanitaria con el resto de los países latinoamericanos. Muchos de ellos eclipsados por el modelo económico chileno, construyendo serialmente la misma jaula neoliberal de la que intentamos salir. Jaula construida y cerrada con múltiples candados luego de la suspensión por las armas de aquel proyecto anunciado esa madrugada de 1970. Jaula que comienza a desbaratarse hoy, cuando aprobamos por las urnas, treinta años tarde, la idea de dejar atrás el lastre de la constitución dictatorial heredada por Augusto Pinochet, la idea de escribir en conjunto y de manera paritaria, por primera vez en el mundo, una nueva constitución. La energía expresada en las calles desde el 18 de octubre de 2019 conquistó ese logro, dando continuidad a muchas de las ideas lanzadas

desde el palco de la Federación de Estudiantes. Como si un paréntesis de tiempo nos hubiera atrapado desde entonces, hoy, a ciegas, tanteando un punto donde afirmarnos, volvemos a tomar el curso de la historia.

Busco en el computador una fotografía de Salvador Allende aquella madrugada de 1970. Aparecen muchas y todas son diferentes. Tomas acotadas, no se ve bien el entorno y en ellas el presidente viste ropas distintas. Supongo que ninguna es realmente de esa madrugada. Quizá era tan improvisado ese palco de la Federación de Estudiantes que la luz no daba como para fotos. O quizá sólo tengo mala suerte y no logro encontrar una que me parezca verídica. Como sea, en cada una de ellas Allende habla a la gente y con alguna de sus manos indica hacia adelante. Imagino que ahí sitúa el futuro. Que lo ve en frente, allá mismo donde está toda esa gente entusiasmada y feliz, luego de haber conseguido el triunfo en las urnas.

Les pido que se vayan a sus casas con la alegría sana de la limpia victoria alcanzada. Y esta noche, cuando acaricien a sus hijos, cuando busquen el descanso, piensen en el mañana duro que tendremos por delante, cuando tengamos que poner más pasión y más cariño para hacer cada vez más justa la vida en esta patria.

Hoy su futuro es nuestro pasado. Sabemos cosas que en ese momento él no imagina.

Podría acercarme a su oído y susurrarle lo que vino después, pero ni el tiempo ni la historia funcionan así. Sólo nos queda seguir mirando esta fotografía. Seguir la lógica aymara o mapuche y ubicarla delante o arriba nuestro.

Para que nos ilumine. Y nos guíe.

Con más pasión y más cariño. **U**



REENCANTAR EL MUNDO

TECNOLOGÍA, CUERPO Y CONSTRUCCIÓN DE LO COMÚN FRAGMENTO

Silvia Federici

Traducción de María Aranzazu Catalán Altuna

Casi ha pasado un siglo desde que Max Weber afirmó en “La ciencia como vocación” que el sino de nuestro tiempo se caracteriza sobre todo por el desencantamiento del mundo, un fenómeno que él atribuía a la intelectualización y racionalización producidas por las formas modernas de organización social.¹ Con el término *desencantamiento* Weber se refería a la desaparición de lo religioso y lo sagrado, pero podemos interpretar su advertencia en un sentido más político, como una referencia al surgimiento de un mundo nuevo en el que nuestra capacidad para reconocer la existencia de otras lógicas distintas a la lógica del desarrollo capitalista se pone cada día más en duda. Este “bloqueo” tiene orígenes diversos y evita que la desdicha en la que vivimos nuestro día a día se convierta en acción transformadora. La reestructuración global de la producción ha dismantelado las comunidades de clase trabajadora, al tiempo que ha profundizado las divisiones impuestas por el capitalismo en el cuerpo del proletariado mundial. Sin embargo, lo que evita también que nuestro sufrimiento se convierta en una fuerza productora de alternativas al capitalismo es el poder de seducción que ejerce la tecnología sobre nosotros, ésta parece que nos otorgara unas facultades sin las cuales vivir parece imposible. [...] Cuando hablo de

¹ Max Weber, “Science as a Vocation” (1918-1919) en *For Max Weber: Essays in Sociology*, H. H. Gerth y C. Wright Mills (eds.), Oxford University Press, Nueva York, 1946, p. 155 [ed. cast.: “La ciencia como vocación”, en *El político y el científico*, Alianza Editorial, Madrid, 2015, p. 229].

“reencantar el mundo” me refiero a descubrir lógicas y razonamientos distintos a los del desarrollo capitalista, práctica que considero indispensable para la mayoría de los movimientos antisistémicos y precondition para resistir a la explotación. Si todo lo que conocemos y anhelamos es lo que ha producido el capitalismo, entonces no hay esperanza alguna de un cambio cualitativo. Las sociedades que no se preparen para reducir el uso de la tecnología industrial se tendrán que enfrentar con los desastres medioambientales, la competencia por unos recursos cada vez más escasos y un sentimiento de desesperación cada vez mayor ante el futuro del planeta y el sentido de nuestra presencia en él. En este contexto, las luchas

que tienen como objetivo la ruralización del mundo —como, por ejemplo, a través de la recuperación de tierras, la liberación de ríos de los embalses, la resistencia contra la deforestación y, de manera fundamental, la revalorización del trabajo reproductivo— son cruciales para nuestra supervivencia. Constituyen no sólo la condición de nuestra supervivencia física sino también del “reencantamiento” de la tierra, ya que reconectan lo que el capitalismo ha separado: nuestra relación con la naturaleza, con las demás personas y con nuestros cuerpos, a fin de permitirnos no sólo escapar de la fuerza gravitatoria del capitalismo, sino recuperar una sensación de integridad en nuestras vidas.



Ryan Whelan, *The Lay of the Land*, 2018. Cortesía del artista



Ryan Whelan, *Is the Grass Always Greener?*, 2018.
Cortesía del artista

TECNOLOGÍA, CUERPO Y AUTONOMÍA

Partiendo de estas premisas, afirmo que la seducción que ejerce la tecnología sobre nosotras es efecto del empobrecimiento —económico, ecológico y cultural— que cinco siglos de desarrollo capitalista han producido en nuestras vidas, incluso —o sobre todo— en los países en los que ha alcanzado su clímax. Este empobrecimiento tiene muchas facetas. Lejos de crear las condiciones materiales para realizar la transición al comunismo, según imaginaba Marx, el capitalismo ha producido escasez a escala global. Ha devaluado las actividades que reconstituyen nuestro cuerpo y mente después de consumirlos en el proceso de trabajo, esquilmando la tierra hasta tal punto que cada vez hay menos recursos para sustentar nuestra vida. [...]

Esta destrucción no resulta más obvia pues el alcance global del desarrollo capitalista ha puesto fuera de la vista la mayoría de sus consecuencias sociales y materiales, de modo que para nosotros se hace difícil evaluar el coste total de cualquier forma nueva de producción. [...] En realidad, que el capital aplique la ciencia

y la tecnología a la producción ha demostrado tener un coste tan elevado en términos de sus efectos sobre la vida humana y los ecosistemas que si se generalizara destruiría el planeta. Como a menudo se ha afirmado, sólo se podría generalizar su aplicación si tuviésemos otro planeta que seguir saqueando y contaminando.² Sin embargo, existe otra forma de empobrecimiento que es menos visible pero igual de devastadora y que ha sido prácticamente ignorada por la tradición marxista. Se trata de la pérdida provocada por la larga historia de violencia capitalista sobre nuestras facultades autónomas. Me refiero con esto al conjunto de necesidades, deseos y capacidades que durante millones de años de desarrollo evolutivo en estrecha relación con la naturaleza se han sedimentado en nosotros y que constituyen uno de los orígenes principales de nuestra resistencia a la explotación. Me refiero a nuestra necesidad de sol, viento y cielo, la necesidad que tenemos de tocar, oler, dormir, hacer el amor y estar al aire libre, en lugar de estar enclaustradas (mantener a los niños encerrados entre cuatro paredes sigue siendo uno de los retos más importantes para los maestros de muchos lugares del mundo). La insistencia en la construcción discursiva del cuerpo nos ha hecho perder de vista esta realidad. Pero esta estructura acumulada de necesidades y deseos, que ha constituido la precondición para nuestra reproducción social, ha presentado un poderoso límite a la explotación del trabajo. Por eso, desde sus primeros pasos, el capitalismo ha tenido que librar una guerra contra nuestro cuerpo, convirtiéndolo

² Mathis Wackernagel y William Rees, *Our Ecological Footprint: Reducing Human Impact on the Earth*, New Society Press, Gabriola Island (Canadá), 1996.

en un significativo de todo aquello que es limitado, material y opuesto a la razón.³

La intuición de Foucault respecto a la primacía ontológica de la resistencia⁴ y nuestra capacidad de producir prácticas liberadoras puede explicarse por estos motivos. Es decir, se puede explicar partiendo de una interacción constitutiva entre nuestros cuerpos y un “afuera” —llámese el cosmos, el mundo natural—, que ha resultado enormemente productiva en términos de capacidades y de visión e imaginación colectiva, aunque esté mediada obviamente por la interacción social/cultural. Todas las culturas del sur de Asia —como nos recuerda Vandana Shiva— tienen su origen en sociedades que vivían en estrecho contacto con los bosques.⁵ Además, los descubrimientos científicos más importantes tuvieron lugar en las sociedades precapitalistas, en las que las vidas de las personas estaban profundamente marcadas, en todos los aspectos, por la interacción cotidiana con la naturaleza. Hace cuatro mil años los observadores del cielo babilonios y mayas descubrieron y dibujaron mapas celestes que reflejaban las principales constelaciones y los movimientos cíclicos de los cuerpos celestiales. Los marineros polinesios podían navegar en alta mar aunque fuese noche cerrada y alcanzar la orilla leyendo las olas del océano —tal era el nivel de sensibilidad de

sus cuerpos a los cambios de la ondulación y las oleadas del mar—. Los pueblos nativos de América de la época previa a la conquista producían los cultivos que ahora alimentan a la población mundial, con una maestría que las innovaciones agrícolas de los últimos 500 años no han podido superar; y éstos generaron una abundancia y diversidad sin parangón en ninguna otra revolución agrícola. Recurro a esta historia, tan poco conocida y rumiada, para subrayar el gran empobrecimiento que hemos experimentado en el curso del desarrollo capitalista, y que ningún ingenio tecnológico ha podido compensar. En efecto, podríamos escribir una historia de la desacumulación de nuestros conocimientos y capacidades precapitalistas en paralelo a la historia de la innovación tecnológica capitalista; ésta es la premisa sobre la que el capitalismo ha erigido la explotación de nuestro trabajo. La capacidad de interpretar los elementos, de descubrir las propiedades medicinales de las plantas y las flores, de obtener el sustento de la tierra, de vivir en el bosque o la selva, de guiarse por las estrellas y los vientos a través de caminos y mares, era y sigue siendo una fuente de “autonomía” a destruir. El desarrollo de la tecnología industrial capitalista se ha construido sobre esa pérdida y la ha amplificado.

El capitalismo no sólo se ha apropiado del conocimiento y capacidades de los obreros en el proceso de producción de tal modo que, como decía Marx, “el medio de trabajo [aparece] como medio de dominación, de explotación y empobrecimiento del obrero”. Como explico en *Calibán y la bruja*, la mecanización del mundo estaba fundamentada y precedida por la mecanización del cuerpo humano, que en Europa se llevó a cabo mediante los “cercamientos”, la persecución de los vagabundos y la caza

³ Véase Federici, *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*, Autonomedia, Brooklyn (NY), 2004, especialmente el capítulo 3 [ed. cast.: *Calibán y la bruja: Mujeres, cuerpo y acumulación primitiva*, Traficantes de Sueños y Tinta Limón, Madrid y Buenos Aires, 2010].

⁴ De la que se habla en Michael Hardt y Antonio Negri, *Commonwealth*, Harvard University Press, Cambridge, 2009, p. 31 [ed. cast.: *Commonwealth: el proyecto de una revolución del común*, Akal, Madrid, 2011].

⁵ Vandana Shiva, *Staying Alive: Women, Ecology and Development*, Zed Books, Londres, 1989 [ed. cast.: *Abrazar la vida. Mujer, ecología y supervivencia*, Horas y Horas, Madrid, 2004].

de brujas de los siglos XVI y XVII. A este respecto, es importante recordar que una tecnología no es un dispositivo neutral sino que conlleva un sistema de relaciones específico, “una red infraestructural de condiciones técnicas, sociales y psicológicas”⁶ y un régimen disciplinario y cognitivo que captura e incorpora los aspectos más creativos del trabajo vivo empleado en el proceso de producción. Esto sigue ocurriendo en el caso de la tecnología digital. Aun así, es difícil desengañarse de la idea de que la llegada del ordenador ha sido beneficiosa para

la humanidad, de que ha reducido la cantidad de trabajo socialmente necesario y aumentado nuestra riqueza social y nuestra capacidad de cooperación. Y es que, si se tiene en cuenta lo que ha hecho falta para alcanzar la informatización, cualquier visión optimista de la revolución de la información y la sociedad del conocimiento queda ensombrecida. [...]

La informatización también ha expandido la capacidad militar de la clase capitalista y su vigilancia de nuestro trabajo y nuestra vida —unas consecuencias que hacen palidecer los beneficios que podemos obtener del uso del ordenador personal—. Lo que es más importante, la informatización no ha reducido la jornada semanal, algo que han prometido todas

⁶ Otto Ullrich, “Technology” en Wolfgang Sachs (ed.), *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Zed Books, Londres, 1992, p. 285 [ed. cast.: *Diccionario del desarrollo. Una guía del conocimiento como poder*, PRATEC, Perú, 1996, pp. 360-376].



Ryan Whelan, *Promised Land*, 2018. Cortesía del artista

Las regiones con la tecnología menos avanzada [...] son las que viven una lucha políticamente más intensa.

las utopías tecnológicas desde la década de 1950, ni la carga de trabajo físico. Ahora trabajamos más que nunca. Japón, la tierra natal del ordenador, se ha puesto a la vanguardia mundial con un nuevo fenómeno conocido como “muerte por exceso de trabajo” [*karōshi*]. Por otra parte, en Estados Unidos muere cada año un pequeño ejército de trabajadores por accidente laboral —los casos se cuentan por miles— y muchos más contraen enfermedades que abreviarán su vida. [...]

Gracias al ordenador ahora millones de personas trabajamos en situaciones en las que cada movimiento que hacemos es monitorizado, registrado y, potencialmente, castigado; las relaciones sociales se desmoronan mientras pasamos semanas delante de nuestras pantallas, renunciando al placer del contacto físico y a la conversación cara a cara; la comunicación se ha vuelto más superficial, ya que la seducción de la respuesta inmediata termina reemplazando las cartas meditadas por intercambios superficiales. También nos vamos dando cuenta de que el ritmo rápido al que nos están acostumbrando los ordenadores genera cada vez más impaciencia en nuestras interacciones cotidianas con otras personas, que no pueden ser tan rápidas como una máquina.

En este contexto, tenemos que rechazar el axioma que solemos encontrar en los análisis del movimiento Occupy de que la tecnología digital (Twitter, Facebook) es una correa de transmisión de la revolución global, la chispa que prendió la “Primavera Árabe” y el movimiento de las plazas. Sin duda, Twitter puede sacar a millones de personas a la calle, pero sólo si ya están movilizadas. Pero no puede dictar cómo nos juntamos, si de manera secuencial o si lo hacemos de esa forma comunal y creativa que hemos vivido en las plazas, fru-

to del deseo por el otro, por la comunicación cuerpo a cuerpo y por un proceso de reproducción compartido. [...]

En realidad, las regiones con la tecnología menos avanzada desde el punto de vista capitalista son las que viven una lucha política más intensa, y en las que existe también una mayor convicción ante la posibilidad de cambiar el mundo. Ejemplo de ello son los espacios autónomos creados por los campesinos y las comunidades indígenas en América Latina que, a pesar de siglos de colonización, han mantenido las formas de reproducción comunales.

Actualmente las bases materiales de este mundo están sufriendo un ataque nunca visto. Son el objetivo de un proceso incesante de cercamiento dirigido por las empresas de la minería, el agronegocio y los biocombustibles. El hecho de que ni siquiera los Estados latinoamericanos con fama de “progresistas” hayan podido superar la lógica del extractivismo es una muestra de la profundidad del problema. El actual ataque sobre la tierra y el agua se ve agravado por el intento igualmente pernicioso que están realizando el Banco Mundial y una plétora de ONG de poner todas las actividades de subsistencia bajo el control de las relaciones monetarias a través de la política del crédito agrícola y las microfinanzas, y que han convertido en deudores a multitudes de comerciantes, granjeros y proveedores autosuficientes de alimentos y cuidados, la mayoría de ellos mujeres. Pero a pesar de esta violencia, este mundo, que algunos llaman “rurbano” para resaltar su dependencia simultánea de la ciudad y el campo, se niega a marchitarse. Muestra de ello son la proliferación de los movimientos de ocupación de tierras, las guerras

del agua y la persistencia de prácticas solidarias como el *tequio*,⁷ incluso entre quienes han emigrado al extranjero. [...]

Desde las montañas de Chiapas hasta las llanuras de Bangladesh, muchas de estas luchas han estado lideradas por mujeres, que han tenido una presencia clave en todos los movimientos de ocupación y reclamación de tierras. Enfrentadas a la nueva ronda de privatización de la tierra y al aumento del precio de los alimentos, las mujeres han intensificado también su actividad agrícola de subsistencia y para ello se han apropiado de cualquier tierra pública a su alcance, transformando en el proceso el paisaje urbano de muchas localidades. [...]

OTRAS RAZONES

En definitiva, lo que estamos presenciando es una “transvaloración” de los valores políticos y culturales. Del mismo modo que el camino marxista hacia la revolución tenía a sus líderes en los trabajadores industriales, estamos empezando a darnos cuenta de que los nuevos paradigmas podrían ser aquellas personas que luchan por liberar su reproducción del yugo del poder corporativo y preservar nuestra riqueza común en los campos, las cocinas y los pueblos pesqueros de todo el planeta. También en los países industrializados, como ilustra Chris Carlsson en *Nowtopia*, hay cada vez más personas en busca de alternativas a una vida regulada por el trabajo y el mercado, porque en el régimen de la precariedad, el trabajo ya no puede ser una de las fuentes de identidad y porque éstas requieren ser más creativas. En

esta misma línea, las luchas obreras actuales siguen patrones distintos a la huelga tradicional, lo que refleja la búsqueda de nuevos modelos de protesta y nuevas relaciones entre los seres humanos y entre los seres humanos y la naturaleza. Observamos el mismo fenómeno en el desarrollo de las prácticas de creación de lo común, como los bancos de tiempo, las huertas urbanas y las estructuras de responsabilidad comunal. También lo podemos ver en la preferencia por los modelos andróginos de identidad de género, el auge de los movimientos transexual e intersexual y el rechazo queer del género, que implica el rechazo a la división sexual del trabajo. También debemos mencionar la expansión global de la pasión por los tatuajes y el arte de la decoración corporal que está creando comunidades nuevas e imaginadas que traspasan los límites del género, la raza y la clase. Todos estos fenómenos no sólo indican que se están averiando los mecanismos disciplinarios, también revelan el profundo deseo de remodelar nuestra humanidad de formas distintas, y de hecho opuestas, a las que se nos han intentado imponer durante los siglos de disciplina industrial capitalista.

[...] Producir seres humanos o verduras para nuestra mesa es, de hecho, una experiencia cualitativamente diferente a la de producir automóviles, ya que requiere una interacción con procesos naturales cuyas modalidades y tiempos no controlamos. Por definición, el trabajo reproductivo tiene el potencial de generar una comprensión más profunda de los límites naturales en los que operamos en este planeta, un elemento esencial del reencantamiento del mundo que estoy proponiendo. Por el contrario, el empeño por forzar el encaje del trabajo reproductivo en los parámetros de la organización industrial del trabajo ha tenido efectos

⁷ *Tequio* es una modalidad de trabajo colectivo, cuyo origen se remonta a la Centroamérica precolonial, por la que los miembros de una comunidad suman esfuerzos y recursos para llevar a cabo proyectos comunitarios como una escuela, un pozo o una carretera.



Ryan Whelan, *The Sum of my Surroundings No.1*, 2020. Cortesía del artista

especialmente dañinos. Una muestra de ello son las consecuencias de la industrialización del parto, que ha convertido un acontecimiento que podría ser mágico en una experiencia alienante y espantosa.⁸

Estos nuevos movimientos sociales nos permiten vislumbrar de distintas formas el surgimiento de otra racionalidad que no sólo se opone a la injusticia social y económica sino que también nos reconecta con la naturaleza y nos permite reinventar lo que significa ser un humano. Por ahora esta nueva cultura sólo es un atisbo en el horizonte, pues la impronta de la lógica capitalista en nuestra subjetividad sigue siendo muy fuerte. La violencia que ejercen los hombres sobre las mujeres

en todos los países es una muestra del largo camino que nos queda por recorrer antes de poder hablar de *comunidades*. También me preocupa que algunas feministas estén cooperando con la devaluación capitalista de la reproducción, como demuestra su miedo a admitir que las mujeres pueden tener un papel especial en la reorganización del trabajo reproductivo y la tendencia generalizada a considerar las actividades reproductivas como actividades necesariamente tediosas. Esto, en mi opinión, es un grave error: como el trabajo reproductivo constituye la base material de nuestra vida y es el terreno principal en el que podemos practicar nuestra capacidad de autogobernarnos, es la "zona cero de la revolución". **U**

⁸ Robbie Pfeuffer Kahn, "Women and Time in Childbirth and Lactation" en Frieda Johles Forman y Caoran Sowton, *Taking Our Time: Feminist Perspectives on Temporality*, Pergamon Press, Nueva York, 1989, pp. 20-36.

Tomado de Silvia Federici, *Reencantar el mundo. El feminismo y la política de los comunes*, María Aranzazu Catalán Altuna (trad.), Traficantes de Sueños, Madrid, 2020, pp. 267-279. Se reproduce con autorización.

POEMA

THE RACES

Robin Myers

There must be something.
If everything
is moving ever faster, there must be
something that isn't
moving ever faster. Something
 if not completely still, then slow
enough to touch.

 What does he think of it, the traffic cop
in his hat and yellow vest, motionless, poised exactly
along the middle line
of what he's trained to stop
when it isn't stopping: four lanes that only converge
 colliding, and otherwise plunge forward like a river to its death,
or like what a river wants and has its way with:
fish, silt, trash, the body of someone who trusted it.

 What becomes of the yellow lines
painted down the middle of the road, parallel,
immediately peeling
between tires and pavement.

 There must be something that knows how to slow
without stopping; there must be a way
to look straight at it while it's still moving.

 Once, in the mountains, in inadequate footwear,
I lay down with others
on a clean staircase of long, flat stones
that snow had learned to trickle around
as it melted its way down the slopes.
(I'm not sure whether the presence of others
 made it slower or faster.)

When I closed my eyes,
the water was the only thing I heard.
 (Once, water was the only thing I heard.)

POEMA

LA CARRERAS

Robin Myers

Traducción de Ezequiel Zaidenwergr

Debe haber algo.
Si todo
se mueve cada vez más rápido, debe haber
algo que no se
mueva cada vez más rápido. Algo
 si no completamente quieto, lo suficientemente
lento como para tocarlo.
 ¿Qué piensa de eso el agente de tránsito
con su gorra y su chaleco amarillo, inmóvil, parado
exactamente sobre la línea divisoria
de lo que está entrenado para detener
cuando no se detiene: cuatro carriles que confluyen sólo
 si hay un choque, y de lo contrario fluyen como un río hacia su muerte,
o como aquellas cosas que desea el río y con las que hace lo que quiere:
peces, cieno, basura, el cadáver de alguien que le tuvo confianza?
 ¿Qué pasa con las líneas amarillas
pintadas en mitad de la calle, paralelas,
que de inmediato empiezan a descascararse
por la fricción de las ruedas contra el pavimento?
 Debe haber algo que sepa cómo bajar la velocidad
sin frenar; debe haber una manera de mirarlo de frente mientras aún se mueve.
 Una vez, en las montañas, con calzado inadecuado,
me recosté con otra gente
en una escalinata limpia de piedras alargadas y planas
que la nieve había aprendido a rodear
al bajar derritiéndose por las laderas.
(No sé si la presencia de otra gente
 lo haya hecho más lento o más rápido).
Cuando cerré los ojos,
lo único que escuchaba era el agua.
 (Hubo una vez en que lo único que escuchaba era el agua).

But the water moved fast.
Is there anything that moves forward
without moving forward ever faster—
what is it like for her, the shy opera student poised in the park
to sing, the neon joggers arrowing around her
like lasers. Or for the mango-seller as he peels an infinity of mangos,
slicing slivers from one fruit after another after another
after another. Or for the group of friends
struggling to send up a star-shaped hot air balloon along the freeway
without setting it on fire.

I can think of no way to do it
without setting it on fire, or stopping.
I can think of no way that doesn't start with *once*,
even on repeat.
Once, a friend had a hummingbird
fall dead at his feet; he said it was strangely heavy
when he picked it up.

Once, I watched a drunk man lurch across the tracks.

Once, I heard someone drop a glass, which shattered,
during the slow, sweet note held so long by the saxophone
that I waited either for him to breathe again
or for his heart to snap.
Once, and again, and again, and again, the moment of nearing my face
to another face as if for the first time,
or for the last—although the nearing
uproots it, opens it up like an orange,
mouth paused to meet the mouth of it,
if only for an instant.

If there is something that knows how to slow down even
when it keeps going and going,
then I'd like to know about it.

What is it
they become, competitive swimmer,
insomniac hacktivist, hungry can-collector, father of a daughter
braiding her own hair before bed—
there must be a way to look at them while they're still growing,
to see them, water, numbers, hunger, daughter,
somehow, and be unafraid of them
and where they're going.

Not like the way I waited on a bus, at a stoplight,

Pero el agua se movía con rapidez.

¿Hay algo que avance
sin avanzar todavía más rápido?

¿Cómo lo vivirá la joven estudiante de ópera que se para en el parque
para cantar, con la gente que corre alrededor de ella con su ropa de neón
como láseres? ¿O el vendedor de mangos que pela una infinidad de mangos
y que corta rodajas de una fruta tras otra
tras otra más? ¿O ese grupo de amigos
que se empeña en hacer volar un globo de aire caliente con forma de estrella
sobre la autopista sin que se incendie?

No se me ocurre cómo hacerlo
sin que se incendie, o se detenga.
No se me ocurre nada que no empiece con *una vez*,
aunque se repita sin parar.

Una vez, a un amigo, un colibrí
se le cayó muerto a los pies; me dijo que le sorprendió lo pesado
que era cuando lo levantó.

Una vez, vi a un borracho tambaleándose por las vías del tren.

Una vez, escuché caer un vaso, que se quebró
mientras el saxofonista sostenía una nota grave y dulce por tanto tiempo
que me quedé esperando que volviera a respirar
o que se le parara el corazón.

Una vez, y otra vez, y otra vez, el momento de acercar mi cara
a otra, como si fuera la primera vez,

o la última; aunque el acercamiento
la arranca de raíz, la abre como una naranja,
la boca detenida para encontrarse con otra boca
aunque sea un instante.

Si hay algo que sepa bajar la velocidad y sin embargo
seguir siempre adelante,
me gustaría enterarme.

¿En qué es

que se convierten, el nadador profesional,
el hacktivista insomne, el ávido coleccionista de latitas, el padre de una hija
que sola se hace trenzas en el pelo antes de dormir?

Debe haber una forma de mirarlos mientras aún están creciendo,
ver el agua, los números, la avidez y la hija,
de alguna forma, sin tenerles miedo a ellos
ni a dónde van.

No la forma en que yo esperaba dentro de un autobús, en un semáforo

in a city both stalled and teeming,
when the pause lingered in a way that felt truly
eternal, or could become eternal—all my longing
surging into the movement denied me,
a frustration nearly erotic
in its helplessness. What I thought, once,
cowardly,
before the bus lurched forward again and carried on towards who knows where
I left it,
because that's the part I can't remember,
was *I will be here forever*, was
I will be here for the rest of my life.

en una ciudad a la vez detenida y atestada:
esa pausa duró de una manera que sentí en verdad
 eterna, o que podía volverse eterna, todo mi deseo
agolpado en el movimiento que se me negaba,
una frustración casi erótica
en su impotencia. Lo que pensé, una vez,
 cobardemente,
antes de que otra vez el autobús se tambaleara hacia adelante y siguiera camino
hacia quién sabe dónde
 después de que bajara yo,
porque ésa es la parte de la que no me acuerdo,
fue *me voy a quedar acá para siempre*, fue
 me voy a quedar acá el resto de mi vida.

Tomado de *Conflations/Amalgama*, Antilope, CDMX, 2016, pp. 12-19. Se reproduce con autorización.





ALGUNAS EXPERIENCIAS CON LA ADIVINACIÓN

Papús von Saenger

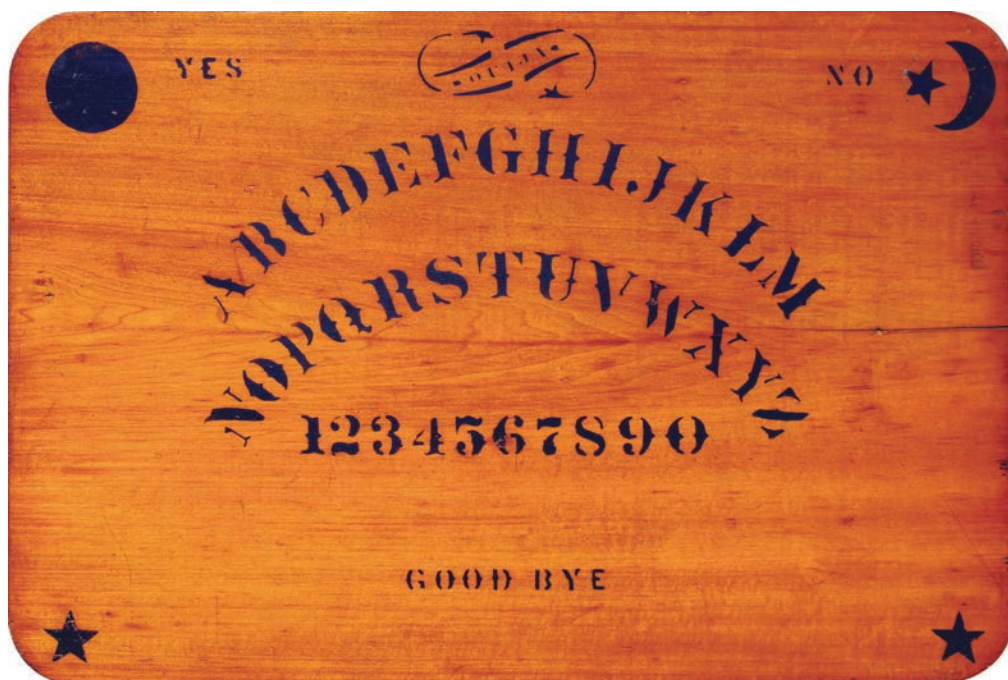
Who is the third who walks always beside you?

T. S. ELIOT

Un día, hace 18 años, estaba en mi casa durmiendo cuando sonó mi celular. Miré con resentimiento la pantalla a pesar de que era tarde y lo dejé sonar un poco para camuflar mi voz de dormido. “¿Qué haces hoy?”, me preguntó una amiga y me contó que en un par de horas tenía una cita con una reconocida lectora de tarot; que tuvo que esperar varias semanas antes de obtener un espacio, pero que no iba a poder ir por complicaciones en su trabajo, así que me cedía su turno.

Llegué a una pequeña casa en Lomas de Chapultepec, toqué el timbre, una trabajadora del hogar me abrió la puerta y me acompañó en silencio hasta la sala de consulta que se encontraba en el segundo piso. Ahí me recibió una mujer sentada detrás de una mesa, que me invitó a tomar lugar con un gesto de su mano. Lo más extraño de la situación era su normalidad, lo alejada que estaba del *márketing iconográfico* que los medios hacen de los videntes: la tarotista era una mujer afable, con estudios universitarios, viajada y bien vestida y, aunque en la sala había un altar con algunos amuletos y recuerdos de otros países, estaba muy alejada de los Walter Mercado y de la extravagancia que asociamos con los charlatanes.

◀ Sophy Hollington, *As Soon As We To Be Begun*, 2018. Cortesía de la artista



Tablero de ouija, Kennard Novelty Company de Baltimore ©

La mujer me preguntó mi nombre, me hizo recitar un mantra y me pidió que me concentrara mientras barajaba las cartas que tuve que cortar en tres y colocar sobre la mesa. Tomó el primer montón, lo acomodó en una tirada y me miró con cara de repulsión: "Vives en un lugar horrible", me dijo consternada. En esa época de mi vida compartía un departamento en la Condesa con dos amigas que iniciaban una carrera en el submundo de la música alternativa urbana, y nuestro hogar se convertía, varias veces por semana, en un after clandestino donde las fiestas se prolongaban más allá del amanecer. La mujer volvió a extender otra fila de cartas y retomó el semblante de asco; creo que percibió más detalles de los que hubiera querido. "Deberías de salir de donde vives y buscarte algo por aquí". Pero la solución que proponía conllevaba algunos problemas logísticos: la plusvalía de aquel barrio reposa en la exclusividad que les garantiza a sus residentes que artistas, truhanes de poca monta y gente sin linaje se conviertan en sus

vecinos. Esta invitación tuvo como efecto que la incredulidad se instalara en mí, desacreditando un poco el resto de la lectura. La vidente tomó el segundo montón de cartas y las repartió sobre la mesa. "¿Quién es un hombre de signo Leo?". Me quedé pensando en varias opciones y ante mi hesitación precisó que se trataba de un hombre mayor. "¿Puede ser mi padre?", pregunté tímidamente. "Sí, creo que es tu padre", y se quedó pensando unos segundos: "Tienes una mala relación con él, pero te aconsejo cerrar ese círculo porque se va a morir en ocho meses y es mucho más difícil reconciliarse con los muertos".

A pesar de mi escepticismo, ese fin de semana me invité a comer a casa de mi padre. Él era parte de esa generación de hombres que establecía una estricta ley de silencio en torno a su vida interior. Era una eminencia en acallar sus sentimientos y, como tantos de mis contemporáneos, mi educación y mi bienestar estuvieron en manos de una persona que a veces me era totalmente extraña. Nos sentamos

El aburrimiento es generalmente mal consejero, y empecé a jugar a la ouija.

a comer y cuando terminamos se instauró una sobremesa que duró casi doce horas y muchas botellas de vino: mi padre me contó su infancia con lujo de detalles, me habló de mis abuelos, a quienes no conocí, ventiló varios traumas de posguerra que arrastraba en su psique, me dio su versión sobre sus varios matrimonios fallidos, analizó la relación que tenía con mi hermana y conmigo... El flujo de información fue enorme, un poco abrumador por falta de costumbre y porque parte de mí quería recuperar el aislamiento que habíamos creado entre nosotros.

Al día siguiente regresé a mi casa. Otra amiga, que no había visto en mucho tiempo, me llamó para decirme que se mudaba a una casa bastante grande en las Lomas de Chapultepec, que tenía un estudio independiente que me rentaría al mismo precio que lo que pagaba en mi antro de la Condesa. A los pocos días me mudé y ocho meses más tarde, sin padecer ninguna enfermedad crónica, mi padre murió en la cama de un hospital.

Éste no era mi primer acercamiento a las manifestaciones del más allá. En la adolescencia mi padre me prohibía salir en las tardes; creo que su intención no era tanto preservarme de los peligros del mundo exterior —drogas, sexo, tráfico de órganos todavía en buen estado— como frustrar mi compulsión por desertar del hogar familiar, de la misma forma en que se les esconde la comida a los comedores compulsivos. El aburrimiento es generalmente mal consejero, y empecé a jugar a la ouija. Para los no iniciados, el juego consiste en una tabla con letras y números sobre la que se coloca un puntero triangular en donde todos los participantes ponen su dedo índice.

Teóricamente el puntero debe deslizarse solo y señalar letras, números o las palabras "sí" y "no" (el nombre del juego es una amalgama entre las palabras *oui*, "sí" en francés, y *ja*, la misma expresión en alemán), eso permite que los participantes entren en contacto con espíritus que por alguna razón quedaron atrapados entre distintos planos de realidad, en una especie de limbo que les permite todavía ser contactados por los vivos. Aunque jugar con la ouija es la premisa de varias películas de terror, corrían los años ochenta y estas tablas se vendían en la sección de juegos de mesa de los supermercados, con una leyenda que recomendaba su uso para niños mayores de ocho años, ofreciendo a los consumidores mexicanos la oportunidad de practicar el satanismo en familia. En esa misma época había leído las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar y me había marcado la escena donde el emperador y su joven amante Antínoo consultan a una adivina durante una campaña en Egipto. Los oráculos anuncian al emperador un futuro sombrío, plagado de derrotas marciales, de intrigas políticas, de traiciones, pero la pitonisa le ofrece congraciarse con su destino mediante la realización de un sacrificio humano. Adriano, quien tenía la potestad de ofrendar a cualquiera de sus esclavos, se niega, pero unos días después Antínoo regresa solo con la adivina y se entrega él mismo como ofrenda, por amor, para evitar su desgaste y para marcar de manera permanente a su amante.

Ya con un aval literario, empecé a invitar a algunos amigos a jugar ouija en mi casa, conformando una especie de cofradía. Este juego es un ejercicio de paciencia; nuestras reuniones se prolongaron por unos años y con el

tiempo aprendimos a reconocer ciertos espíritus: estaban los que tenían poco interés en comunicarse con nosotros; también los que afirmaban haber tenido lazos con alguno de los participantes en otra vida, y otros con quienes empezamos a relacionarnos. Recuerdo a un espíritu que se movía siempre de forma similar y que decía ser la hija de una amiga; y otro que se entretenía con nuestras visitas y deletreaba la misma palabra: G-L-A-U-C-O-M-A. Aprendimos ciertos códigos y reglas: a los espíritus se les dificultan más las letras que los números pero pueden ver el futuro y sólo una persona debe fungir como interlocutor durante la sesión. Aprendimos también a protegernos con veladoras blancas y un vaso de agua, y que las sesiones, una vez terminadas, deben cerrarse para no dejar portales abiertos. Después de una práctica asidua, dejamos de hacerlo. Un fin de semana fui con un grupo de amigos a una casa en Tepoztlán y en la noche decidimos jugar con una ouija que fabricamos con un espejo y una copa volteada. El espíritu que se manifestó escribió claramente y varias veces “no jueguen”, petición que naturalmente desoímos por la combinación del alcohol y nuestra juventud. De pronto se fue la electricidad y un espejo que colgaba sobre la chimenea se cayó. Creo que esa fue la última vez que jugué.

Escribe Yourcenar:

Una parte de cada vida, y aun la más insignificante, transcurre en buscar las razones de ser, los puntos de partida, las fuentes. Mi impotencia para descubrirlos me llevó a veces a las explicaciones mágicas, a buscar en los delirios de lo oculto lo que el sentido común no alcanzaba a

darme. Cuando los cálculos complicados resultan falsos, cuando los mismos filósofos no tienen ya nada que decirnos, es excusable volverse hacia el parloteo fortuito de las aves, o hacia el lejano contrapeso de los astros.

Hace unas cuantas semanas un amigo me recomendó a un astrólogo que le había trazado su carta astral y, después de varios meses de encierro y de entender que los virus constituyen una fuerza selectiva dentro de la evolución humana, decidí contactarlo. Para calcular la mía, el astrólogo necesita mi fecha, hora y lugar de nacimiento, de esta manera es posible identificar la ubicación de los planetas en el momento en que nací. Esta información la tiene que combinar con las doce casas astrológicas, que son divisiones celestes, y los doce signos del zodiaco, que están en constante movimiento en esas casas, con lo que puede deducir patrones energéticos. “Lo que hago es recrear la fotografía del cielo del momento en que naciste”, me explicó vía telefónica. Me envió un mapa y empezó a revelar detalles muy precisos de mi vida: que pesé mucho cuando nací —casi cinco kilos—; que antes de los cuatro años ya me había mudado varias veces de país; hizo una descripción muy precisa y acertada de las dinámicas de nuestra familia; me comentó que actualmente me dedico a la gestión cultural; hizo una sinopsis de mi historia sentimental. Durante la lectura, el astrólogo compartía detalles muy técnicos sobre la posición de los planetas, que yo no entendía, y ante mi desconcierto concluyó diciendo que “la astrología es una herramienta para tomar conciencia de la vida.”

Es probable que las manifestaciones paranormales no sobrevivan a una rápida revisión del efecto ideomotor, fenómeno psicológico en



Cartas del tarot de Marsella ©

el que un sujeto realiza movimientos inconscientes que erróneamente atribuye a una fuerza sobrenatural. Aunque es en el autoengaño que radica precisamente su interés y su enseñanza, hay que resistir a la posibilidad de que una manifestación no sea nada, establecer un pequeño ejercicio de fe donde nuestras habilidades para ficcionar ayuden a asimilar la experiencia. Por el contrario, la lectura astrológica —que no recurre a la adivinación sino a la aplicación de fórmulas matemáticas (ahora a cargo de un algoritmo) que derivan en hechos históricos— plantea retos teóricos mucho más estafalarios. Si bien las cartas del tarot buscan predecir el futuro, y la ouija hurga en el pasado al contactar entidades no vivas, la información que deriva de los astros establece sobre todo la ausencia de un tiempo real: todo siempre estuvo ahí. La ciencia y la ficción se unen, como escribía Jorge Luis Bor-

ges en "El jardín de los senderos que se bifurcan": "pensé en un laberinto de laberintos, en un sinuoso laberinto creciente que abarcara el pasado y el porvenir y que implicara de algún modo a los astros." Pasamos de la superstición a la superación personal, de ésta a un panteísmo donde nos convertimos en un metabolismo energético que se enfrenta a varias dimensiones de decodificación de acuerdo con nuestro nivel de conciencia. Nos enfrentamos a un braille rizomático de repeticiones de estructuras, tramas donde un evento contiene la clave de otro evento *ad infinitum*. Finalmente llegamos a la materia oscura, ese primo lejano del fotón a cargo de la expansión universal, y en esta enorme opacidad silenciosa todo se acomoda para que se produzca el contacto: en alguna parte, un grupo de adolescentes alcoholizados saca una ouija y quiere saber quiénes somos y qué vemos. **U**



UNA PIEDRA EN EL ESTANQUE DEL FUTURO

Adolfo Córdova

¿Y después? Hace cien años dos cuadrados chocaron contra la Tierra y la reordenaron. Uno de los primeros álbumes ilustrados pensado específicamente para niños y niñas narraba esta colisión. Realizado en 1920 y publicado en Berlín dos años después, *Sobre dos cuadrados*, del vanguardista ruso Lissitzky, proponía a sus lectores otro presente posible, uno en el que eran bienvenidos a participar interviniendo el propio libro. "No lo leas, usa el papel, coloréalo, dóblalo, construye con él", dice en la página de "Instrucciones". Una manera de alterar el espacio bidimensional de la publicación y expresar así, literalmente, la transformación que correspondía hacer en el mundo real. Pero el libro, más allá de lo que haya hecho cada lector con él, sí contaba una breve historia del choque y del nuevo orden que se dejaba leer, y terminaba sugiriendo en una frase que ése no era realmente el final. "¿Y luego?", "la historia sigue", "hay más", "ve más allá" son formas de traducirla, o también: lo que venga después no está escrito, depende de ti.

María Montessori, contemporánea de Lissitzky, también creía en infancias activas, en las que niños y niñas podían ser sus propios maestros y organizarse como Pippi Calzaslargas, quien proclamaba: "A los niños conviene llevar una vida ordenada, sobre todo si pueden ordenársela ellos mismos". Montessori demandaba atención para las infancias pues, insistía, allí se forjaba el futuro de la sociedad.

En 1931 el maestro José Antonio Emmanuel, impulsor de la Biblioteca Anarquista Internacional (B.A.I.), publicó "La anarquía explicada a los niños", un folleto que ha sido recuperado recientemente por varias editoriales donde afirma: "Que el libro sea tu mejor amigo, tu consejero, tu

guía. Nunca sabremos bastante. Quien añade ciencia, añade anarquía. Investiga por ti mismo...". Quería una educación, se lee en un epílogo, que desterrara "todo fanatismo" y aspirara "a libertar a la infancia de la opresión que sobre ella se ejerce".

Estos discursos vindicativos y emancipadores se alejaban de aquellos más homogeneizantes y dogmáticos de las publicaciones socialistas infantiles de la primera mitad del siglo XX, en las que los niños y niñas eran instrumento, medios para un fin mayor, la tierra prometida sobre la que se habría de arar el futuro. Esta idea enraizó en México con el nacimiento de la Unión Soviética y la proliferación de libros escolares gratuitos, sobre todo en el sexenio de Lázaro Cárdenas, publicaciones que repetían a los niños y niñas sus deberes hacia una patria nueva y hacia su futuro. Una de las actualizaciones de todas esas ideas románticas alrededor de la infancia.

Tanto Lissitzky como Montessori y Emmanuel mostraban otra cara del pensamiento socialista (atravesada por el feminismo en el caso de Montessori) en la que los niños y niñas también habían sido marginados y oprimidos, pero no tenían que esperar a crecer para cambiar su mundo. Lissitzky volteaba a ver directamente a sus jóvenes lectores y los invitaba a que comenzaran a materializar la realidad que querían ya, ahí mismo; les hablaba de un futuro en presente, como algo más cercano y siempre abierto. Lo hizo, además, desafiando una relación muy concreta: la de los niños y niñas con la tecnología del libro.

AUTOENTREVISTAS DESDE EL CONFINAMIENTO

Redes sociales, blogs, foros y otras plataformas virtuales de conversación en medios electrónicos,



José Antonio Emmanuel, portada de *La anarquía explicada a los niños*, a cargo de la Biblioteca Anarquista Internacional, 1931

cos, con frecuencia portátiles, conforman hoy un camino para continuar propiciando el agenciamiento político en niños, niñas, adolescentes y jóvenes. En tiempos de pandemia éstas han sido, de hecho, una de sus principales vías.

Desde España, por ejemplo, el proyecto editorial Wonder Ponder lanzó "Me pregunto, autoentrevistas desde el confinamiento", una invitación para "personas de cinco a dieciocho años a preguntarse y reflexionar sobre la crisis del coronavirus y sus consecuencias". Los niños, niñas y jóvenes o, mejor, las "personas" (provocadora variación, declaración de principios en sí misma) envían sus respuestas grabadas, escritas o dibujadas y Wonder Ponder las difunde y aloja en su sitio web. Este "reposito-



Ilustraciones de Daniela Martagón para el proyecto *Me pregunto. Autoentrevistas desde el confinamiento*, de Wonder Ponder. Cortesía de Wonder Ponder

rio de voces", como también llaman al experimento, es público y evidencia que las preguntas en pandemia son catalizadores especialmente efectivos para desencadenar imágenes de futuro.

En un documento descargable sobre la propuesta se incluyen instrucciones más en el tono de sugerencia e incitación del libro de Lissitzky o de la filosofía Montessori. Allí, Ellen Duthie, una de las fundadoras de Wonder Ponder, dice a los lectores que pueden elegir entre las preguntas sugeridas en el documento o modificarlas "como te parezca mejor" o pensar "en las tuyas propias".

El amplio universo de interrogantes posibles está dividido por temas como "Tu relación con el confinamiento", "La experiencia de escuela en casa", "Cómo lo están gestionando los adultos", "La libertad", "El desconocimiento o la incertidumbre" y "El futuro". Aunque esta última categoría podría atravesar todas las anteriores, tiene sus propias preguntas:

¿Crees que tu vida/el mundo va a cambiar después de esto? Si crees que sí, ¿en qué sentido?
¿Qué crees que tendría que cambiar para que la

próxima vez que pasara algo parecido tu país estuviera mejor preparado? ¿Qué te gustaría hacer el primer día que puedas salir libremente a la calle?

"Andar en bicicleta", dice Loana, de doce años, desde Batán, Argentina. "Ver a la familia que más extraño, como a mis abuelos, que antes los tenía pegaditos a mí", comparte Valentina, de seis años, desde la Ciudad de México. "Estar con mis amigos, jugar, invitarlos a jugar a mi casa, o ir a jugar a su casa, o ir al parque a jugar, a la plaza, caminar, andar en bici, gritar, ¡y eso!", no duda Martina, de diez años, desde Rufino, Argentina. "Iré a la naturaleza y correré tanto que no se me verá", advierte Ixeia, de siete años, desde Zaragoza, España.

Ver y no ver.

BOLA DE CRISTAL, PIEDRA EN EL ESTANQUE

Cuando empecé a escribir este artículo, lo primero que hice fue lanzar la palabra *futuro* en el estanque de mi infancia. Enseguida escuché

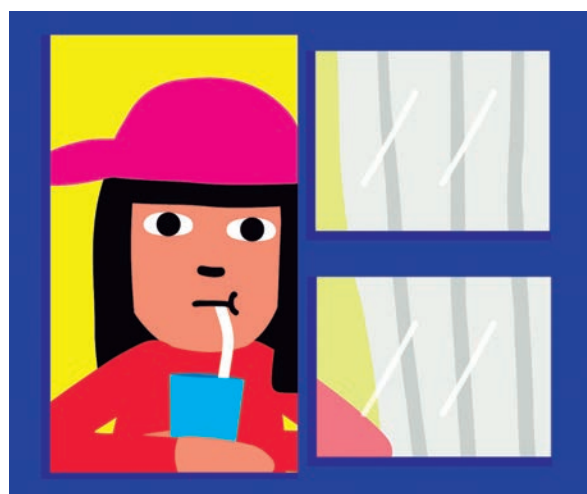


Ilustración de Daniela Martagón



Ilustración de Daniela Martagón

la voz de una adivina reproducida una y otra vez en una maquinita: “Deja que mi bola de cristal te dé tu futuro. Por favor, inserta la moneda”, y un desenlace: más que revisar en el bolsillo de mi pantalón si tenía dinero, esa voz prometiendo futuros me intrigaba lo suficiente como para imaginar más preguntas y fantasear respuestas.

Luego vinieron a mi mente otras frases recurrentes de los adultos: los planes para cuando fuera “grande”, mi supuesto interés sólo en el presente y esa proclama hueca, referida antes, de que “los niños son el futuro”.

Diseñé entonces una suerte de “Autoentrevista”, en el tono de Wonder Ponder, o “bola de cristal”, para que niños, niñas y adolescentes miraran en su futuro e hicieran de “autoadivinos”. Con ayuda de un grupo diverso y comprometido de mediadores de lectura la hicimos llegar a 68 niños, niñas y adolescentes de entre cuatro y dieciséis años de edad, ubicados en Nuevo León, Ciudad de México, Oaxaca, Veracruz y Campeche.

Empezamos por lanzar una piedra en el estanque de su futuro.

En su propuesta del ejercicio “La piedra en el estanque”, incluido dentro de la *Gramática de la fantasía* de 1973, Gianni Rodari escribió:

Una palabra, lanzada al azar en la mente, produce ondas superficiales y profundas, provoca una serie infinita de reacciones en cadena, implicando en su caída sonidos e imágenes, analogías y recuerdos, significados y sueños, en un movimiento que afecta a la experiencia y a la memoria, a la fantasía y al inconsciente, complicándolo el hecho de que la misma mente no asiste pasiva a la representación, sino que interviene continuamente para aceptar y rechazar, ligar y censurar, construir y destruir.

¿En qué palabras piensan estos niños y niñas si decimos “futuro”?

Damián, de once años, es contundente: “Pandemias”. Su hermano Iker, de trece, completa un escenario: “Extinción, guerras, avances tecnológicos, dibujos, exposiciones”; que espeja con la respuesta de Anette, de once: “Aventuras, cosas nuevas, extinciones de animales, muertes, experiencias”.

Otros, como Daniela Guadalupe, de doce años, despegan: “Autos voladores, robots, an-

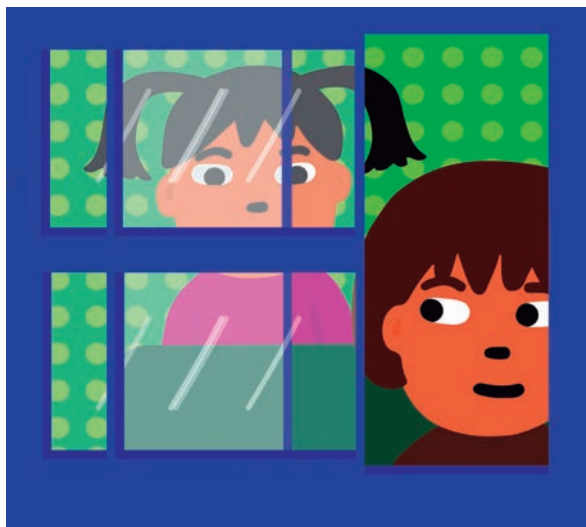


Ilustración de Daniela Martagón

droides, viajes en el tiempo, zombis, fin de la Tierra, árboles flotantes”; o Fernanda, de diez: “Tecnología, robots, avances, burbujas, planeación”, o Toño, de la misma edad: “viajes a la velocidad de la luz”.

Algunos más se enfocan en deseos: “Trabajo, hijos, mi casa”, escribe Dulce María, de nueve años; “Comida y juego”, prioriza Ángel de Jesús, de ocho; “Esperanza, adelante, vida, crecer, buscar trabajo, mi forma de ser”, dice Wiliam, de doce.

Yeidy, de once, resume así la reverberación ambigua que en general provoca esta palabra: “Alegría, tristeza”.

MENOS TECNOLOGÍA, MÁS AMIGOS

Las palabras se vuelven enunciados cuando preguntamos por sus imágenes de futuro antes de que hubiera pandemia y ahora. Muchos piensan que perdieron libertad y deberán vivir acostumbrados a las restricciones sanitarias, proyectan caos, sobrepoblación y menos árboles, y temen más a la muerte de familiares y a las enfermedades.



Ilustración de Daniela Martagón

En la gran mayoría de las respuestas se refleja una ambivalencia sobre el uso de las tecnologías. Son aliadas y enemigas. Las necesitan diariamente, pero quisieran liberarse de ellas. De hecho, algunos, como Jonatan, de nueve, y Arely, de doce, creen que el futuro será mejor si hay “menos tecnología” o “no tanta”. Wiliam, de doce años, está seguro de que habrá más tecnología y eso será malo: “Ya nadie va a querer leer porque todos van a tener su celular”. Y Uriel, de diez años, imagina días de puro encierro “frente a una pantalla” y a José Guadalupe, de once, le gustaría que en el futuro “la tecnología no avanzara demasiado”. Estas opiniones reflejan un cambio en el imaginario que asocia la tecnología con las mejoras.

El rechazo es cuestión económica y de accesibilidad para otros, como Luis Alejandro, de doce años, quien sostiene: “Es más difícil [la vida] porque algunos no contamos con el recurso para obtener un celular, una computadora, y ahora se comunica uno por un aparato electrónico”.

La ansiedad por la vida tras la pantalla se bifurca en otras respuestas que expresan descontento y desilusión, y lamentan el distanciamiento de los amigos y amigas.

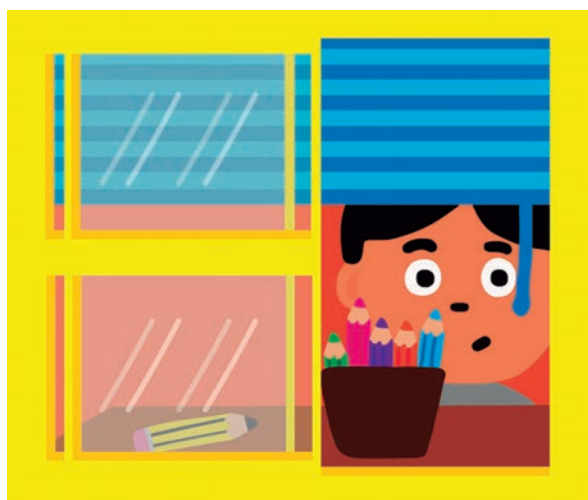


Ilustración de Daniela Martagón

Daniela, de doce años, por ejemplo, habitante de la comunidad de Tinún en Campeche, dice:

Para mí fue muy difícil comprender que no iba a tener graduación de la primaria y me sentía muy triste porque fue algo que no esperaba e imaginaba tener una fiesta con todos mis compañeros del salón. Otra cosa que me arrebató la cuarentena fue mi fiesta de cumpleaños, no fue como quería porque no pude invitar a mis amigos.

Jennifer, de diez años, en San Francisco Chindúa, en la mixteca, sueña días futuros así: "Los niños se preparan para ir a la escuela, sus mamás los acompañan, en la hora del recreo salen a jugar con sus amigos y los fines de semana pueden ir de compras y al parque con sus papás".

Los temores nuevos se cruzan con los viejos, vinculados a la impunidad y el narcoestado en el país, y se expresan en forma de futu-

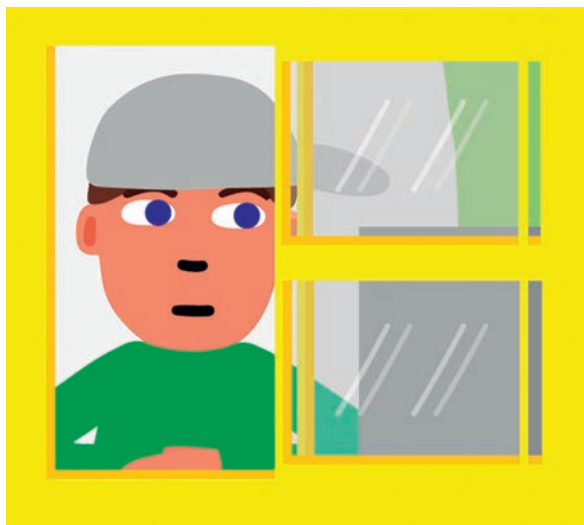


Ilustración de Daniela Martagón

ros en los que "los niños no sean maltratados", "haya más respeto entre niños y niñas", que no existan: "enfermedades ni enfermos", "violencia", "bullying y drogadicción"; "que no roben a los niños y las niñas", "que se resuelvan las desapariciones y muertes de los niños", "que disminuya la contaminación", "que el país no sea tan estricto".

A los niños, niñas y jóvenes en San Francisco Chindúa, por ejemplo, les preocupa que su situación empeore. Marco Antonio, de trece años, dice: "Las cosas se están poniendo más difíciles y nuestros padres no tendrán mucho trabajo"; a José Antonio, de diez años, le angustia enfermarse "o no poder estudiar ni trabajar", y a Roberto, de ocho, que haya "más enfermedades, no poder ir al parque, no conseguir trabajo"; Lizet, de once, se imagina el futuro "con muchas enfermedades desconocidas, con pobreza extrema"; y Gustavo, de diez, tiene "miedo a que esto no termine y no pueda volver a la escuela".

Otro ajuste en los deseos se vincula con la escuela. Nadie lamentó tener que volver cuando esto termine: la añoran. Daniel, de nueve años, de la comunidad de Costa de Oro en Veracruz, anhela: "Si tuviera una bola de cristal

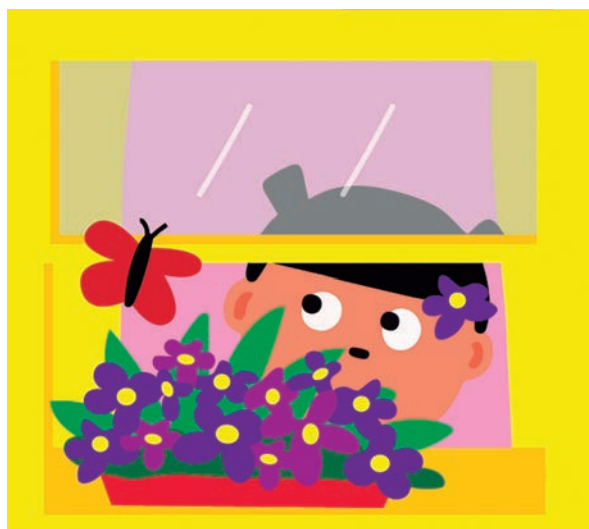


Ilustración de Daniela Martagón



Dibujo de Biel, de diez años. "Me pregunto #3" en *Autoentrevistas desde el confinamiento*, de Wonder Ponder

me gustaría verme en la escuela". Algunos ni la conocen.

EL FUTURO A LOS CUATRO AÑOS

El futuro, dice Kimberly Coral, de casi cuatro años de edad, es "el tiempo que todavía no pasa... está en las estrellas".

Cuando pedí apoyo para realizar los cuestionarios a la maestra Marcia Patricia Ramos, del preescolar público Amelia Fierro Bandala, en Milpa Alta, no estábamos seguros si funcionaría. ¿Se preguntan por su futuro los niños y niñas de cuatro años de edad? Sus respuestas, además de poéticas, son representativas de la encuesta y muestran cuán presente está la imagen de futuro en estos tiempos, en las vidas siempre a la espera del día "después de la pandemia".

Para Natalia Isabella el futuro es una palabra equivalente a "mañana" y grita de emoción cuando su mamá le pregunta qué día quisiera que llegara: "¡Mañana! Para conocer a mis amigos de la escuela".

Mía Zoé comparte el deseo: "ya quiero ver a mi maestra, que me enseñe la tarea, hacer dibujos, que la maestra nos pregunte...". Aunque sea "usando cubrebocas siempre, gel antibacterial en tu bolsita... casi como un astronauta", completa Kimberly Coral. Zoé Yamilet directamente define el futuro como "ir a la escuela".

Los nueve alumnos de Marcia empezarían su educación preescolar este ciclo. Ninguno conoce la escuela, pero saben que no es una pantalla en un teléfono.

Con la misma emoción que las clases, esperan días de vacaciones y playa. Ashlin María quiere que llegue su cumpleaños para ponerse su vestido de Cenicienta. Imagina bonito el futuro, todos felices, ella "feliz y bonita y doctora". Dayker Brayan quiere que llegue el momento de ir con sus abuelitos a Tabasco y espera que el futuro "no sea peligroso". Zuri Harumi imagina un futuro donde los niños puedan salir de excursión todos los días, si es en carro volador mejor, quiere ser veterinaria o dentis-

Su ejercicio de ficción, además, revela la imagen de futuro como artificio, susceptible de ser contado y recontado como a cada quien le parezca.

ta. Constanza dice que un día, si no está todo destruido, se imagina a los niños y niñas del futuro haciendo unicornios y ya quiere que llegue su cumpleaños. Se visualiza "más bonita, con el cabello largote, más altota". Para Jesús Yael el futuro "está muy cerca o puede estar muy lejos" pero quiere que sea de colores. Igual al futuro que encuentra Sara.

SALVAR EL FUTURO

Sara, de diez años, confinada en su casa en Terrassa, en la provincia de Barcelona, respondió al tema "El futuro" de las "autoentrevistas" de Wonder Ponder con un cuento dibujado y escenificado en video. Allí, cuatro niñas y un perrito viajan en una máquina del tiempo a la era de los dinosaurios, a Marte y a "un país" donde un anciano las recibe y les informa que han llegado a "El Futuro" ("El futuro es un país extraño", escribió Josep Fontana). "El Futuro" es "triste", blanco y negro y lleno de tumbas. El anciano les dice que es por culpa de un personaje llamado El Rico que casi ha agotado la naturaleza.

Para cambiar ese futuro volverán a su casa en el presente y, al crecer, una de ellas se convertirá en alcaldesa que pedirá: "no contaminar ni hacer nada malo", mejor estar siempre en armonía con la naturaleza. Luego suben otra vez a la máquina para ver si ya modificaron el futuro y con ayuda de una varita mágica lo hacen aparecer: estaba ahí mismo, pero "escondido", con "pandas, animales, árboles de colores, pájaros" y "todos felices", dice Sara. ¿Y El Rico? "¡Muerto!". Sara celebra ese final tocando su armónica.

Notable síntesis (el video dura seis minutos) del poder de agencia de los niños y niñas activado por medio de una elaboración artística: ellas van a buscar al futuro y se piensan

como sujetos políticos para cambiarlo, una se vuelve alcaldesa. Y quizá el gesto más potente del cuento sea que el futuro colorido ya estaba ahí, "escondido", latente, posible.

Su ejercicio de ficción, además, revela la imagen de futuro como artificio, susceptible de ser contado y recontado como a cada quien le parezca, como quería Lissitzky en su libro infantil de hace un siglo, y sin esperar a que llegue un día quién sabe cuándo. Fernando Javier, del preescolar en Milpa Alta, imaginó que en el futuro los niños y niñas podrán ser presidentes. Otro símbolo de la agencia política de las infancias en presente.

En definitiva, niños, niñas y adolescentes tienen opiniones sobre el futuro, "no quiero que sea igual a este presente", dice Anaatuu, de nueve años; externan sus preocupaciones y quisieran que fuera mejor, con mayores cuidados para sus pares, como Arely, de doce, que sueña con el día "que se quite la pandemia, haya más empresas para trabajar y los niños que están en la calle los recojan las personas del DIF o del orfanato". Y están dispuestos a reinventarlo, como Viviana, también de doce, que se imagina "vivir en un mundo nuevo donde todos cuidemos la Tierra para que no haya tantas enfermedades". No viven aislados y ajenos en el país del juego, se están repensando a partir de los cambios que ha tenido su cotidianidad, la falta de socialización, el encierro, la dependencia de las tecnologías y la conciencia de los cuidados. Y, con todo, cuando alguien le pregunta qué quiere ser de grande, Kimberly Coral, de tres años once meses, dice: "Yo pienso... me pueden hacer pensar mucho... me emociona". **U**



EL JUEGO DE LOS SIETE ERRORES

Joca Reiners Terron

Traducción de Nair María Anaya Ferreira

Pensando en Yeats, Marco Aurelio y Talking Heads

AÑO 2020

Eran cuatro hermanos que se enemistaron, dos mujeres y dos hombres, las mujeres en los extremos de la escalera (la mayor y la menor), los hombres, en medio. No se habían reunido desde que murió la madre, pocos meses después de la partida del padre. Como suele suceder en esas ocasiones infestadas de moscas, acabaron discutiendo, probablemente por alguna nimiedad. La hermana menor todavía creía que el tiempo no había resuelto el problema que motivó la discusión, y desde entonces se rehusó a hablar con los demás. Siguió viviendo en la antigua casa familiar, en lo alto de una montaña. El lugar donde su madre pasó sus últimos días. Durante algunos meses, quizás años, se convirtió en aquella montaña, casi inalcanzable, mientras que sus hermanos enfrentaban los sinsabores de la vida en la planicie, sin tiempo para nada más que no fuera trabajar. En el testamento que dejó la madre, sin embargo, había una cláusula, una condición para la repartición de los bienes: que los cuatro se volvieran a reunir en una fecha precisa después de su muerte, y ese día estaba cerca.

AÑO 2172

Formaba parte de la enseñanza que recibían, puesto que no tenían ya la realidad física en la cual enfrentar las vicisitudes que los fortalecía-

ran moralmente. El juego de los siete errores, así lo llamaron. Una serie de preguntas que sus conciencias debían responder, con cierto margen de acierto. Una especie de Anti-Turing, para evaluar si todavía podían ser considerados como humanos. Sufrían de una grave amnesia física que necesitaba ser combatida en todas las fases de la existencia. Necesitan acordarse del cuerpo que nunca tuvieron y esto no resultaba sencillo. De ahí la importancia de los juegos y las pruebas. El que iban a realizar pertenecía a la última fase, era muy importante. El juego de los siete errores. Después, en caso de que lo superaran, podrían incorporar su conciencia al cuerpo preparado para recibirla. Entonces podrían bailar *El lago de los cisnes* y sentir que sus músculos se distendían. Podrían correr bajo la lluvia y reír y gritar, sintiendo las gotas escurrir sobre la piel. Podrían comer, paladeando el sabor de la comida en las papilas gustativas. Podrían amar, sintiendo los cuerpos unos de otros. Podrían hasta percibir los piquetes de los insectos. No sabían lo que era tener un cuerpo. Nunca supieron. Para pasar el Anti-Turing tendrían que reconocer lo que era un humano: el juego de los siete errores.

AÑO 2020

La casa estaba tan quieta como la Luna un mes después de la partida de los astronautas. Una ventana que se quedó abierta golpeteó a causa del viento. La hermana menor despertó temprano y no se vio al espejo para arreglarse. Había llegado el día del reencuentro. No sabía cómo reaccionar ante la presencia de los hermanos. ¿Cuándo fue en verdad la última vez que los vio? No se acordaba. Hacía bastante tiempo, el que había pasado desde que la madre murió. No participó en las reuniones con



Ilustración de Irene Mendoza

el abogado para arreglar lo del testamento. Sólo se enteró de la exigencia del reencuentro cuando él la llamó para informarle que los hermanos subirían a la montaña en esa fecha. Que no tuvieran ninguna desavenencia, le dijo el abogado en el teléfono, ya era suficiente. Él había sido amigo de sus padres. Estoy seguro de que su mamá se pondría muy triste con más pleitos. Antes de colgar, el abogado le dijo que todo saldría bien pues hacía un lindo sol en esos días. Al salir de la casa, en dirección al jardín, la hermana menor vio el campo de flores blancas envueltas por colibrís. Tan rápidos, los pajaritos. Parecían estremecimientos leves de otra dimensión manifestándose en el aire sobre el jardín. Aquellas flores habían sido plantadas por la madre, habían sido regadas por sus manos. La menor miró sus propias manos y vio cómo se le había resecado la piel, con piquetes de mosquitos en las manchas seniles. Ahora debían tener la misma edad que las manos de su madre cuando volvieron aquella tierra. Por eso no se vio al espejo cuando despertó. Ahora la menor ya

era una vieja. Y los hermanos todavía más viejos que ella.

AÑO 2172

Aquel grupo de niños, como todo grupo de niños anterior sometido al juego de los siete errores, estaba lejísimos del tiempo en que los humanos mostraran su corporeidad. Resulta claro que su proceso de aprendizaje incluía que se familiarizaran con el baile, el atletismo, la pintura y otras formas gestuales, pero apenas con la cadencia cinética de las acciones, sin que tuvieran acceso a la visualización de los cuerpos, algo que sólo sucedería en el juego de los siete errores. Apenas serían puntos de luz en el espacio, reproduciendo movimientos como el vuelo de las moscas. Como un dibujo de luz en el espacio. Sus conciencias eran conducidas a un lugar que evocaba un planetario. Un Bolshoi de luz. Al final de la prueba de los cien metros planos en las Olim-

piadas, trazos luminosos de los velocistas corriendo en círculo, un Usain Bolt de luz. La victoria. Los brazos en movimiento de un pintor, su gesto de tomar la pintura de la paleta y el otro brazo llevando el pincel a la tela, apenas rastros luminosos. El proceso de formación del conocimiento, aunque sus conciencias estuvieran incrustadas en un circuito electrónico, semejaba al de un cerebro humano. Paso a paso, una construcción. Era importante que fuera así. Algunas etapas no debían ser ignoradas. La geografía de la luz en aquellas conciencias dibujaba el mapa de la imaginación. El primer hombre había sido cazador y artista, los niños necesitaban recuperar eso.

AÑO 2020

La menor nunca se recuperó de la pérdida de la madre, sus vestigios todavía se arrastraban por la casa. De manera confusa, culpó a la hermana y a los dos hermanos mayores de su



Ilustración de Irene Mendoza

Después de todo, su vida podía quedar interrumpida en caso de que no pasaran la prueba.

muerte. Evidentemente, ella sabía que eso no tenía el más mínimo sentido, pues los hermanos no tuvieron ninguna responsabilidad en el curso de la naturaleza. Quizás la menor los culpaba por no estar tan presentes en los postreros días de la madre. Ella, al contrario, quedó expuesta a sus ocurrencias finales, a los recuerdos del padre y de la juventud. Es curioso cómo a esa hora regresamos al principio, como en una órbita completa alrededor del Sol. Su madre era una mujer inquieta y continuó así hasta el último instante. Un peldaño de la escalera de madera que llevaba de la casa al jardín estaba suelto. Ella sintió cómo el viento que subía de la planicie a la cima de la montaña le peinaba los cabellos. En la semana que precedió a su muerte, la madre decidió que tendría sus últimos sueños en el interior de la casita del árbol que el marido construyó para los nietos. Además de ingenioso, el marido siempre fue exagerado: la casita, construida sobre una siringa, era enorme. Solían bromear con que alguien podría vivir ahí, si quisiera. La madre dijo que el susurro del viento en las ramas o las hojas sería la música que velaría su sueño para siempre. Pero como ésa era una zona rural, a veces el viento traía un olor a algo podrido y moscas.

AÑO 2172

Nada era más temido por los evaluadores de los grupos de niños como el que éstos reprobaran el juego de los siete errores. El primer grupo reprobado sería un punto sin retorno. Para prevenirlo, se esforzaban al máximo en la preparación de los niños. Leían los poemas, los cuentos de osos, de la amistad entre hombres y perros, del temor del océano y la aventura de surcar sus olas, vivían en su vida incorpórea las emociones que en tiempos mejores

eran atribuidas a la literatura. La imaginación de los niños era fortalecida por el sol, por la luz, por palabras y símbolos, pero nunca con una visión del cuerpo humano, pues no sabían cómo era: identificarlo sería la prueba de que su humanidad todavía persistía. El juego de los siete errores. *La propia Tierra vagabunda podía ser apenas una repentina palabra flameante, oída por un momento en el espacio ruidoso, perturbando el devaneo sin fin (...) la pérdida es cambio y el cambio es el deleite de la Naturaleza. Esto ha sido una verdad desde el principio de los tiempos y será una verdad hasta el fin. Entonces, ¿cómo puede usted decir que está equivocado, siempre equivocado, que ningún poder del cielo podrá arreglar eso y que el mundo está condenado a una esclavitud implacable de males? (...) vamos pum, pum, pum – ésa es la vida que llevamos.*

AÑO 2020

Debajo de la siringa, tapándose los ojos para protegerlos del sol, la menor observaba la casita del árbol. No subía por esa escalera desde la muerte de la madre. Otro peldaño suelto, ahora en la casita del árbol, le hizo recordar más hilos desatados del pasado, de la vez en que la madre les propuso a los cuatro hermanos que llenaran una lata vieja de galletas con anotaciones para el futuro, como un naufrago manda un mensaje en la botella para que puedan recordar su existencia, dijo la madre, aquellos que están en tierra firme y no en la isla donde el naufrago se encuentra a punto de ahogarse por segunda vez. Al oír a la madre, la menor se enojó. No quería nada de eso, del futuro, de lo desconocido, abstracciones que se concretarían en la desaparición del padre y la madre, en la transformación de los

cuerpos de los hermanos de niños a adultos, en la metamorfosis de su cuerpo impúber en el de una vieja. Por supuesto que la menor no dijo nada de eso, era demasiado joven para lograr expresar algo tan complicado. Pero ella sintió todo junto, en un solo arrebato. No quería saber de ningún futuro, sólo quería saber del presente. Del presente, gritó la menor, y que todos ellos siguieran siempre iguales.

AÑO 2172

Los niños no tenían cuerpo, y aun así sentían angustia. Después de todo, su vida podía quedar interrumpida en caso de que no pasaran la prueba. Más que nada le tenían miedo al juego de los siete errores. De hecho, después de que la idea misma de Dios fuera retirada del escenario, esa prueba era su mayor causa de estrés. Era la frontera final, lo que determinaría si podrían nacer. Una conciencia sin cuerpo no llega a ser gran cosa: sin todo lo que un cuerpo puede ofrecer, existir sólo por medio de la conciencia equivalía a ser un fantasma que acecha una casa que nunca llegó a ser habitada. Serviría para atravesar paredes, aullar toda la noche sin que nadie te fastidie, pero no para amar. Ni ser amado. Esa posibilidad genera mucha angustia. No obstante, lo que los niños no sabían (era parte del juego, que no supieran; de hecho, era el sentido mismo del juego) era que si ganaban un cuerpo y su conciencia era transferida hacia algo mortal, esa angustia se multiplicaría y sería permanente en cuanto el cuerpo existiera. Parecía complicada la situación de los evaluadores: tenían que enseñar sólo hasta cierto límite, pero no enseñar de más. No debían sucumbir a sus sentimientos para no correr el riesgo de anticipar algo que comprometería el resultado de la prueba. Y los evaluadores deseaban que sus niños

superaran el juego de los siete errores, que tuvieran un cuerpo, el cual les daría suficiente angustia hasta el día de su muerte.

AÑO 2020

Los dos hermanos entraron a la casita del árbol en el instante en el que la menor, en cuclillas en el piso de madera, encontró en un rincón la vieja lata de galletas que la madre había dejado encima del librero. Era como si una casa de enanos fuera repentinamente invadida por gigantes. Ella se espantó por los cabellos tan blancos de ellos y escuchó el estallido del peldaño suelto de la escalera, poco antes de que la hermana mayor apareciera en la portezuela. La mayor se tapó la boca abierta de espanto con las manos: pensó por un instante que la menor, sentada ahí con la lata de galletas en el regazo, era su madre. Eran absolutamente iguales. Alrededor de la lata de galletas se abrazaron y recordaron: aquella tarde la madre les había dicho que harían un viaje en el tiempo, pues al abrir juntos esa lata muchos años después regresarían al momento en que la llenaron con recuerdos de la infancia. Cada uno de ellos escribió un mensaje para los demás, para que fuera leído en el futuro. ¿Quién sabe y estos mensajes resuelvan sus desavenencias, les traigan novedades?, había dicho la madre. El futuro resuelve todo, el futuro es una respuesta.

AÑOS 2172 – 2020

La conciencia de los niños fue transportada por los evaluadores hasta una especie de diorama. A través del plasma veían un hábitat donde aparecían, entre otros elementos desconocidos —de la Naturaleza o artificiales (cómo saberlo, era la primera vez que veían algo que no fueran manifestaciones cinéticas, masas amorfas en movimiento, colores disolviéndose

se en el aire, estrellas y soles en extinción)—, siete especies animales. En las pruebas anteriores podía ser que hubiera un grupo de una especie única, una jauría, una manada o un enjambre: en aquella ocasión había una familia, cuatro hermanos en una casita en el árbol, encorvados alrededor de una vieja lata de galletas medio oxidada como si fueran niños, a la espera de abrir su tapa. Cuatro adultos, dos hermanas y dos hermanos con la propia tinta medio abollada y descascarada como aquella lata de galletas que observaban, en espera de viajar en el tiempo. Al infinito, les dijo la madre, y más allá. Los evaluadores consideraron que cada hermano era una especie y con ese pequeño truco confiaban en facilitar el resultado. El juego de los siete errores. De siete, esos niños amnésicos acerca de la apariencia del cuerpo humano tendrían cuatro posibilidades de acierto. En el interior del diorama, o de la casita en el árbol, da lo mismo, además de los

cuatro hermanos había una lagartija que se estiraba en la viga de la estructura y un colibrí que por algunos segundos batió las alas en la ventana, atraído por la flor blanca colocada ahí por la menor. Faltaba la séptima opción. En el instante en que la menor abrió con mucho cuidado la tapa de la lata medio desbaratada por el óxido, ocho ojos se estiraron en dirección del interior de la lata, pero no encontraron nada más que migajas de papel, restos de los mensajes escritos en el pasado. Del interior de la lata salió una mosca, que voló hasta un rayo de sol. Cuando el sol dio en sus alas y la mosca voló reluciente como un punto de luz hacia la ventana por donde salió, para la infelicidad de los evaluadores, los niños al unísono la señalaron como la verdadera manifestación de lo humano, que sólo podía ser algo tan brillante y fugaz, algo que vivía sólo un día a los ojos del infinito, y así vamos pum, pum, pum — ésa es la vida que llevamos. [U](#)



Ilustración de Irene Mendoza

POEMAS

José Emilio Pacheco

IRÁS Y NO VOLVERÁS

Sitio de aquellos cuentos infantiles,
eres la tierra entera.
A todas partes
vamos a no volver.
Estamos por vez última
en dondequiera.

HORAS ALTAS

En esta hora fugaz
hoy no es ayer
y aún parece muy lejos la mañana.

Hay un azoro múltiple,
extrañeza
de estar aquí, de ser
en un ahora tan feroz
que ni siquiera tiene fecha.

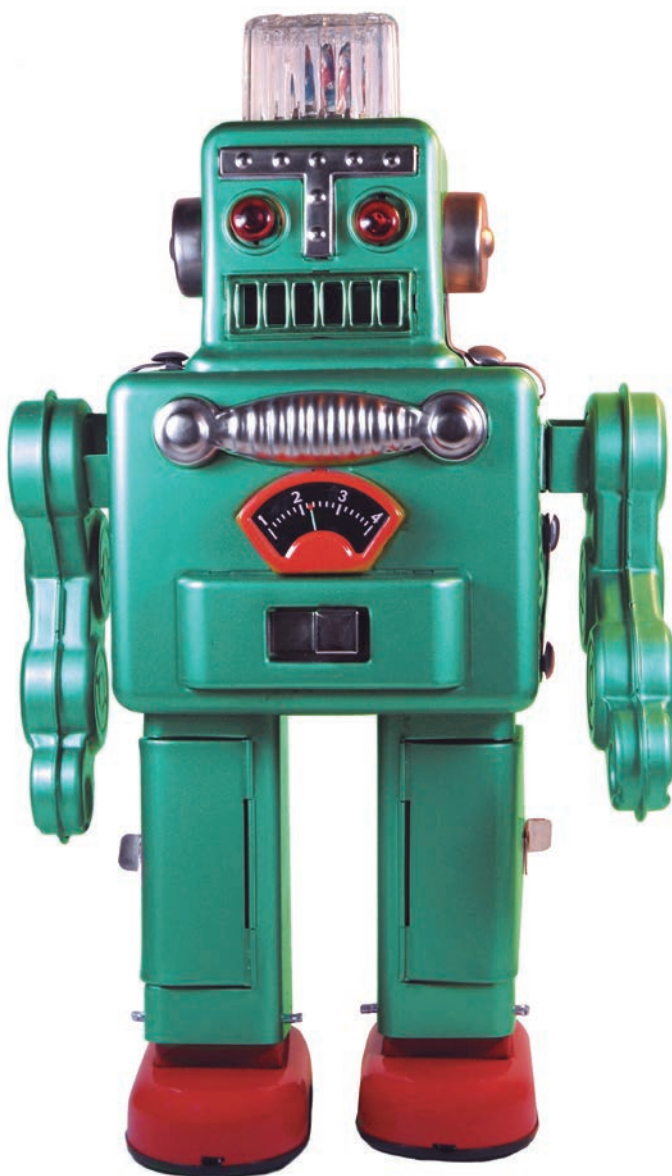
¿Son las últimas horas de este ayer
o el instante en que se abre otro mañana?

Se me ha perdido el mundo
y no sé cuándo
comienza el tiempo de empezar de nuevo.

Vamos a ciegas en la oscuridad,
caminamos sin rumbo por el fuego.

Tomados de *Tarde o temprano [Poemas 1958-2000]*, Ana Clavel (ed.), FCE, Ciudad de México, 2004, pp. 149 y 163. Se reproducen con autorización.

Smoking Spaceman Robot, Horikawa,
ca. 1950. Fotografía de DJ Shin © ►



ARTE

TREVOR PAGLEN: UNA PREGUNTA POR LA MIRADA

Carolina Magis Weinberg

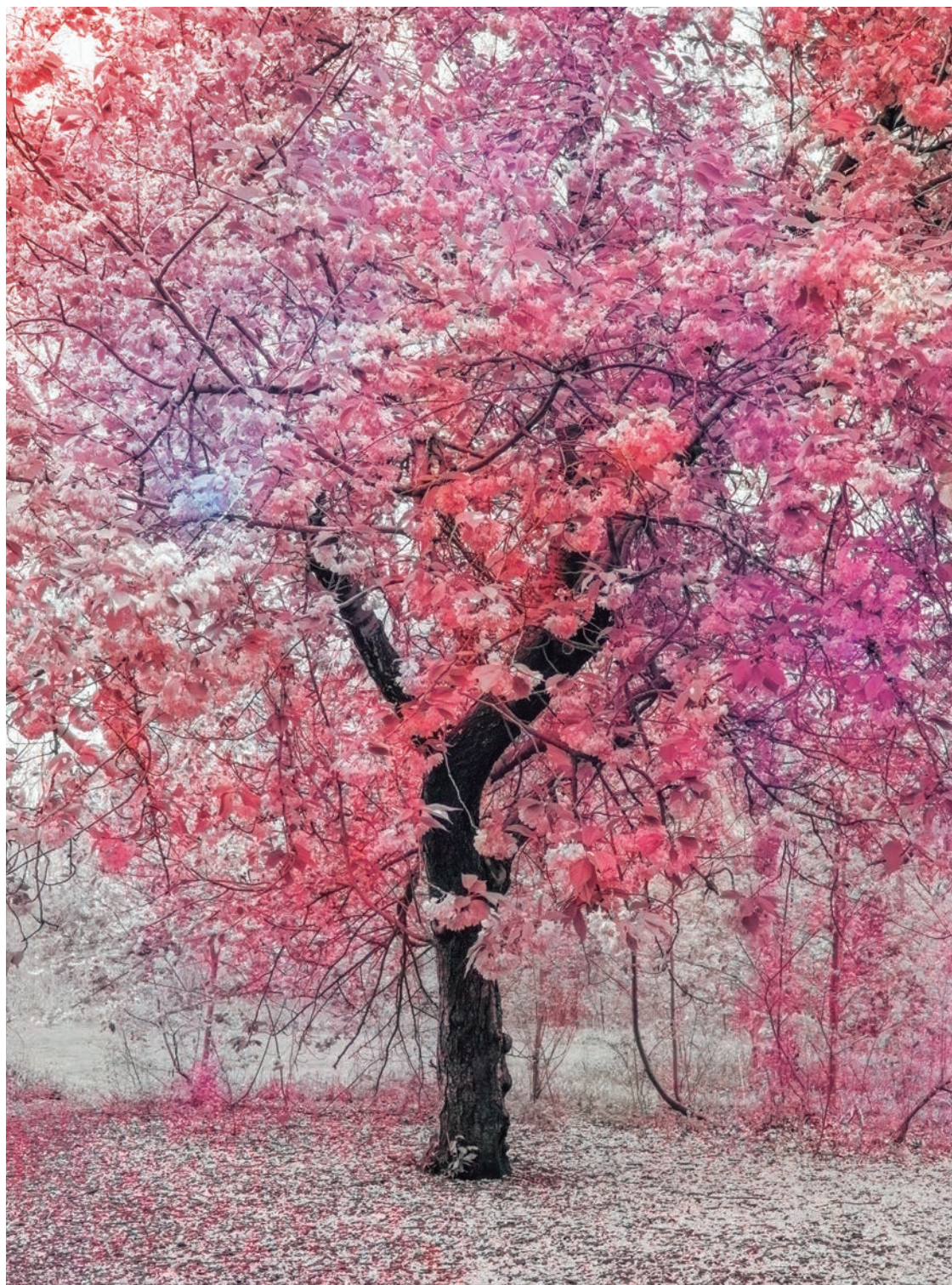
¿Qué sucede cuando un algoritmo —similar al que se encuentra en las tecnologías para dirigir misiles y drones de combate, sistemas de vigilancia y herramientas de reconocimiento facial— ve una flor? Ésta es la premisa de la serie *Bloom* de Trevor Paglen y el resultado es intrigante. Las fotografías presentan colores y regiones interpretados por un sistema de visión digital a partir de una simplificación matemática del mundo: una mirada, pero sin ojos.

La inteligencia artificial aprende a ver a través de un entrenamiento que consiste en identificar patrones en millones de imágenes. Paglen se aproxima de manera crítica: construye métodos propios, mina los existentes y se pregunta por las normas, ritmos, repeticiones y categorías con las que estas nuevas tecnologías aprenden a percibir el mundo.

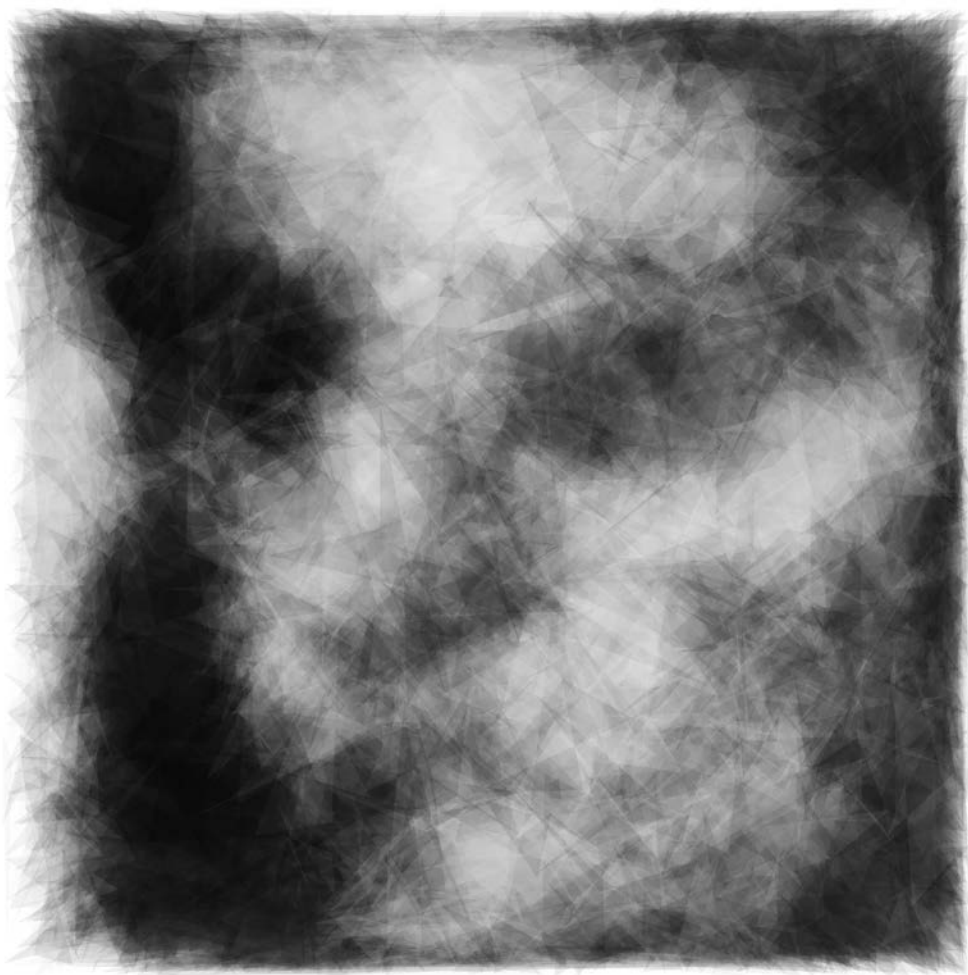
La pieza *Distracted Drivers* presenta una colección de imágenes creada por una empresa de seguros para reconocer cuando un conductor está distraído y poder ajustar los costos de su servicio en tiempo real. Vivimos rodeados por sistemas de vigilancia en donde nuestra experiencia del mundo se forma a través de medios digitales que recolectan, interpretan y operan para rastrear la identidad de las personas, seguir sus movimientos y aprender sus hábitos.

En *Octopus* el artista enfatizó esta dislocación con una pieza que permitía al público ver su más reciente exposición a través de un sitio web. Sin embargo, verla implicaba también ser visto, activando la cámara del usuario y proyectando su imagen en diferentes monitores dentro de la exposición. Una puesta en tensión de los restos de la presencia en la virtualidad y la constante exhibición de lo íntimo.

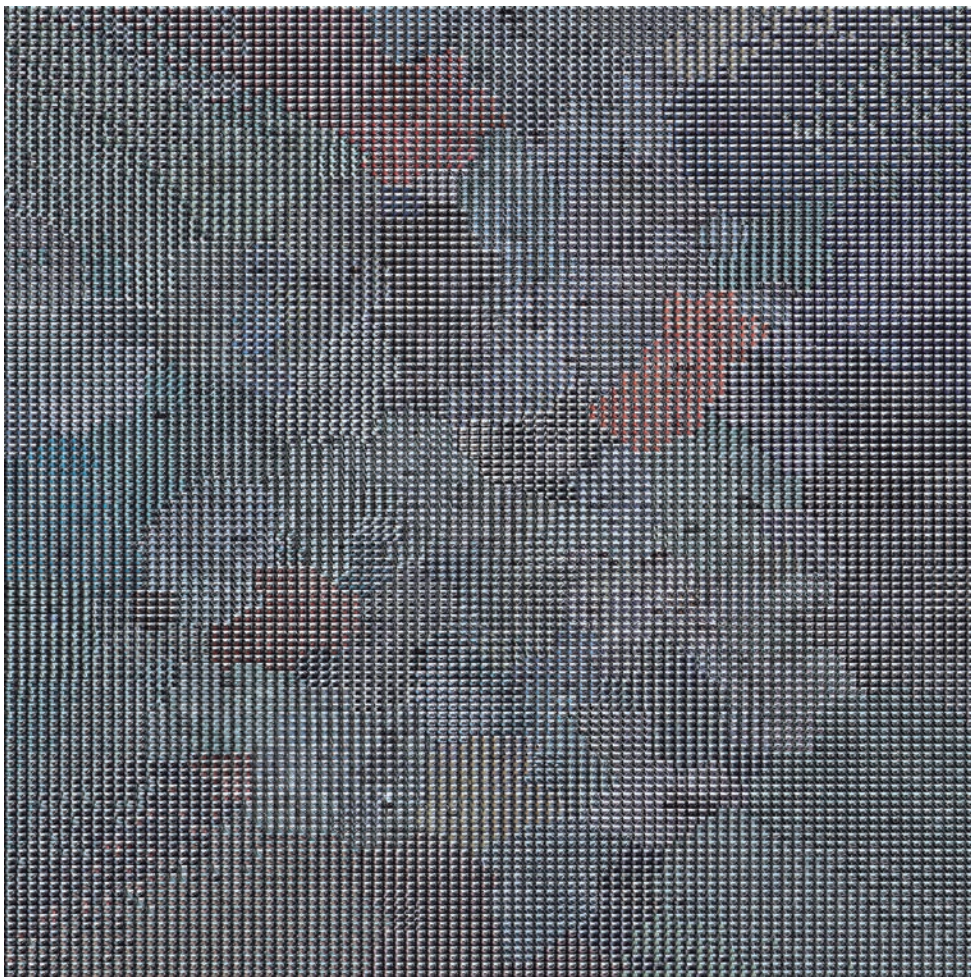
Desde el presente pandémico en el que se realizaron estas piezas, se condensa una sensación inquietante de fragilidad que ha puesto en duda el porvenir; paradójicamente interactuamos con tecnologías cada vez más avanzadas que hacen parecer que ese futuro ya está en todas partes. La obra de Paglen es, en suma, una pregunta infatigable por la esencia de la percepción visual.



Trevor Paglen, *Bloom (#a5808a)*, 2020. Impresión por sublimación, 137.2 cm x 102.9 cm. © Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



Trevor Paglen, *Laura*, 2020. Pigmento sobre textil, 45.7 cm x 45.7 cm. © Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



Trevor Paglen, *Distracted Drivers*, 2020. Impresión de pigmento, 121.9 cm x 121.9 cm. © Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



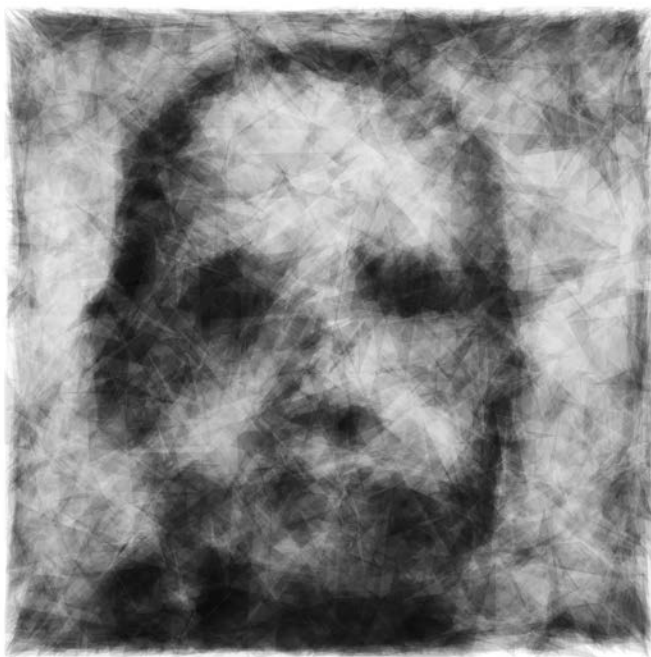
Trevor Paglen, *Classifications of Gait*, 2020. Impresión de pigmento, 121.9 cm x 121.9 cm.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



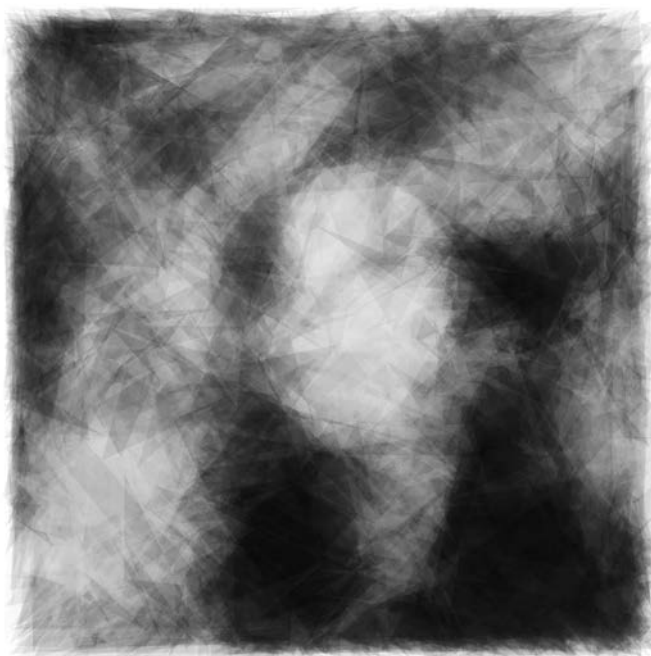
Trevor Paglen, *Bloom* (#9b746d), 2020. Impresión por sublimación, 102.9 cm x 137.2 cm.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



Trevor Paglen, *Bloom* (#836c74), 2020. Impresión por sublimación, 49.5 cm x 66 cm.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



Trevor Paglen, *AC*, 2020. Pigmento sobre textil, 45.7 cm x 45.7 cm.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



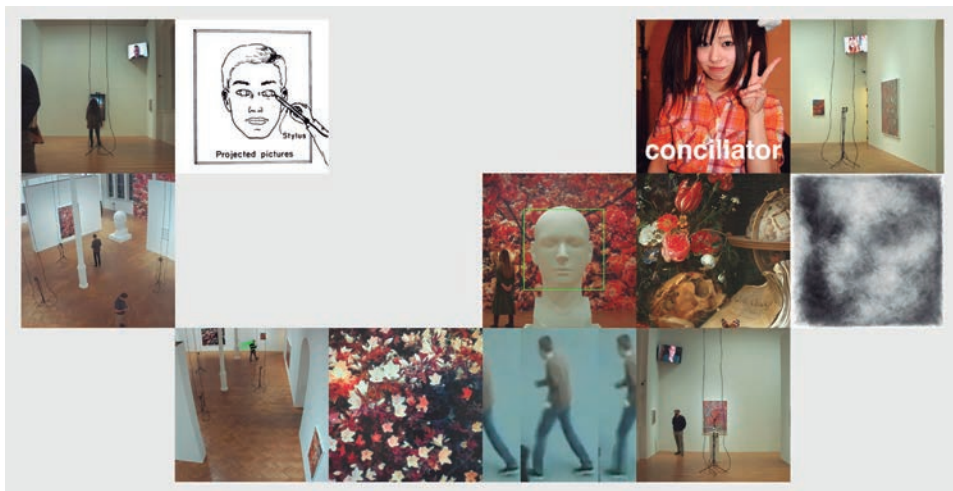
Trevor Paglen, *Kate*, 2020. Pigmento sobre textil, 45.7 cm x 45.7 cm.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery



Vista de instalación de la muestra *Trevor Paglen: Bloom*, Pace Gallery, 2020.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de la galería



Vista de instalación de la muestra *Trevor Paglen: Bloom*, Pace Gallery, 2020.
© Trevor Paglen, cortesía del artista y de la galería



Trevor Paglen, *Octopus*, 2020. Sitio web © Trevor Paglen, cortesía del artista y de Pace Gallery

Mighty Robot, Metalmania.
Fotografía de DJ Shin ☺ ▶



PANÓPTICO

EL VACÍO Y LA MUERTE ANTE LA LITERATURA

ENTREVISTA CON ANDREA BAJANI

Alejandro García Abreu

Traducción de María Teresa Meneses

¿Qué significa el vacío en la literatura?

Pienso en Kafka. Era un experto en el vacío. En *Un artista del hambre. Cuatro historias* —de 1924— el vacío es el espacio supremo en el que se encuentra la experiencia artística.

Le agradeciste a Paolo Piacenza “por el título [de Mapa de una ausencia] y el ansia de verdad”. ¿Cómo distingues “el ansia de verdad”?

Por un lado, creo que éstas son frases que escribes cuando tienes treinta años, que quizás hoy ya no escribirías. Si tuviese que decir algo menos retórico que el ansia de verdad diría que existe una forma de sed de verdad. Es sencillamente la honestidad para contar algo a alguien.

Tu escritura generó el reconocimiento inmediato de Antonio Tabucchi, quien te envió una carta después de leer tu primera novela. Tus libros son elogiados por escritores de la talla de Cees Nooteboom, Emmanuel Carrère y Enrique Vila-Matas. ¿Qué opinas de la obra de estos tres autores?

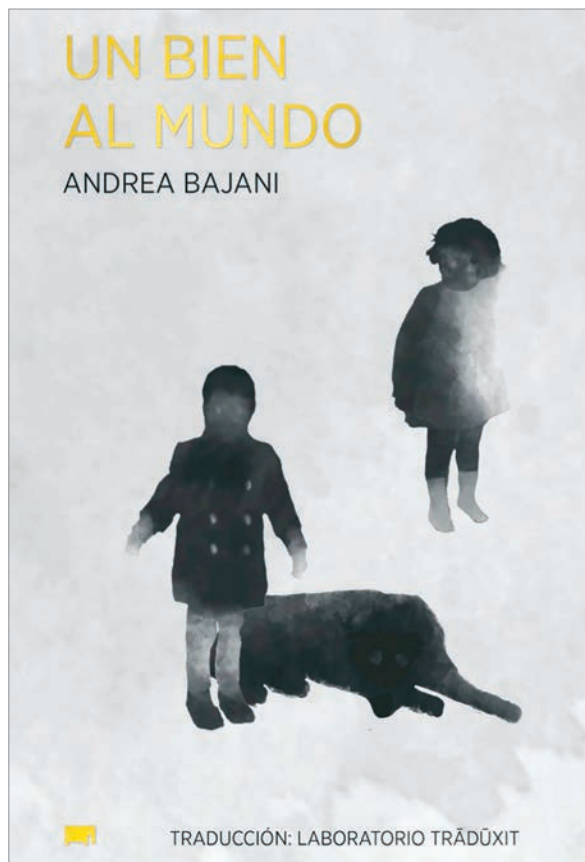
Sencillamente pienso que Nooteboom, Carrère y Vila-Matas, de diversa manera, aparte de ser tres de los más grandes escritores europeos vivos tienen en

◀ Andrea Bajani. Fotografía de Lorenzo Maccotta ©

común el hecho de creer en la literatura sobre todo. Lo cual también es una forma de cinismo. Existe algo de melancólico en creer que la literatura es importante, lo más importante de todo, que es lo mismo que yo pienso. En el fondo, subyace una consideración melancólica de que la vida no es suficiente y, por lo tanto, necesitamos de la literatura.

De acuerdo. Como dijo Tabucchi citando a Pessoa: la literatura "es la sencilla demostración de que la vida no basta". El día del primer aniversario de la muerte del novelista italiano presentaste *Me reconoces*, el libro con el que rindes homenaje a tu amigo fallecido, "es un baile en torno al abismo de las palabras, del sinsentido, de los sueños". ¿Cómo fue el desarrollo del libro?

Es un libro que no había planeado, como ya se está volviendo mi manera de trabajar, es decir, no planear los libros sino escribir cuando tocan a la puerta. Este libro sencillamente nació luego de que Tabucchi muriera, nació de un cuento que él escribió. Durante sus últimos días en el hospital, precisamente dos días antes de morir, ya con mascarilla de oxígeno, quiso dictarle un cuento a su hijo. Entonces, con mucho agotamiento, se quitaba la mascarilla y su hijo escribía sentado al lado de la cama de hospital. En este cuento él hablaba de un salón de belleza en París en el que una mujer conversaba con alguien. En un cierto punto, uno se percató de que esa mujer le está hablando al espejo, que se está hablando a sí misma y dice: "mira, ahora yo me tengo que ir y, por lo tanto, te toca a ti contar la historia". "A ti", quiere decir al espejo. Y esta historia, escrita por un hombre que



Diseño de portada de Irasema Fernández, Elefanta Editorial, Ciudad de México, 2019

se está muriendo, como si dijese "ahora les toca a ustedes, a los libros, narrar la historia, yo ya no puedo hacer nada, ya me estoy yendo de aquí", para mí, acaso, es la más grande lección de literatura en el mundo.

Ese cuento, escrito a mano por su hijo, su esposa lo transcribió en la computadora, tratando de no perder las palabras. Dos días antes de morir, aunque sin tener fuerzas para respirar por un tumor alojado en los pulmones, la necesidad de dictarle un cuento a su hijo le transmite fuerza para hacerlo. No hay nada más, no conozco acto de amor hacia la literatura más grande que esto: un cuento que contiene la certeza de lo que está sucediendo, cosa que probablemente él no tenía. Quizás Tabucchi como

No hay nada más, no conozco acto de amor hacia la literatura más grande que esto: un cuento que contiene la certeza de lo que está sucediendo.

persona no tenía la certeza de que realmente estaba muriendo, porque los doctores te dicen que si lo intentas te recuperarás. Pero él escribió el cuento porque sólo la literatura logra llegar hasta esos lugares donde el cerebro no lo permite. Todo esto era un acto literario, emotivo y existencial tan grande que luego, sencillamente, poco después de que él muriera, comencé a escribir este libro como un homenaje en el que el autor de *Sostiene Pereira* ni siquiera era nombrado, es decir, resulta obvio que es él, transformándose verdaderamente en todo un personaje. También éste fue un libro que escribí muy rápido, durante un verano en Ámsterdam, en una residencia para escritores. Es un libro feliz a pesar de que habla de un escritor que muere, de la amistad entre dos escritores. Acaso es el libro más luminoso que yo haya escrito.

¿Cómo fue el proceso de traducción, con Maria Paola Pierini, de *Clima de miedo*, de Wole Soyinka para Codice edizioni?

Este libro lo recuerdo como la enésima confirmación de que soy un pésimo traductor. Porque para ser un buen traductor se debe tener una gran paciencia, una gran precisión; no sé, se debe tener un talento y yo no pienso tener el talento del traductor. Así pues, esta traducción la realicé junto con mi compañera de ese entonces, que tenía mejores conocimientos del inglés que yo en esos años. No recuerdo nada del libro

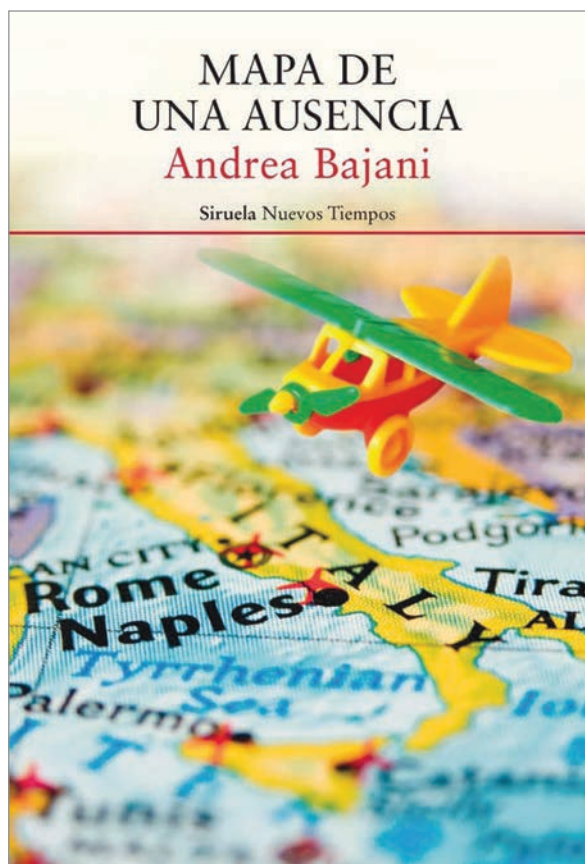
de Soyinka, a pesar de que pienso que es un grandísimo escritor. Sin embargo, para mí esa traducción es más la fotografía de una vida en pareja entre mi compañera y yo. En el fondo, es necesario darle todo el crédito de la traducción a ella, ya que yo, como todos los que se sienten inseguros al abordar una lengua extranjera, estaba muy irritable, incluso creo que hasta acabamos discutiendo. Pero debo decir que lo maravilloso de esta traducción fue que pudimos trabajar juntos. Sin embargo, cada tanto me siguen asaltando unas ganas enormes de ponerme a traducir. Pienso que los traductores deberían tener un estatus especial porque son actores políticos y culturales fundamentales a los que no corresponde el trato que reciben. Así que cada tanto me pongo a traducir un texto y cada vez que lo hago pienso que realmente estoy muy poco dotado para este trabajo.

En 2015 traduje *El principito* del francés, que es mi primera lengua extranjera. Este trabajo constituyó para mí un esfuerzo inmenso, descomunal, por lo cual, una vez más, me vuelvo a repetir que no lo volveré a hacer, que me cuesta menos trabajo escribir mil páginas de una novela que traducir dos, lo que me vuelve extremadamente irritable. Pero me gustaría traducir poetas, traducir poesía, aunque quizá sería mejor dejárselo a los profesionales. *El principito* lo traduje cuando vivía en Berlín, por lo tanto tenía el alemán en todo mi alrededor, el italiano en la familia, frecuentaba una cafetería turca donde traducía del francés al italiano y, por lo tanto, inevitablemente, era extenuante. Pero luego, con la ayuda de la editorial y de amigos traductores, creo ahora que es una buena traducción. Pero es

mejor renunciar a la tentación de querer ser traductor.

Eres narrador y poeta. ¿De qué manera contrastas la poesía con la narración y con la Historia, en mayúscula?

Las novelas que me interesan como lector y escritor son aquellas en las que las turbulencias y las perturbaciones son evidentes. Implican cierto peligro. Desarrollo personajes y pienso en la finitud de la obra. Una novela queda concluida, aunque en muchas ocasiones sea abierta. No importa si deja al lector contrariado, incómodo o feliz. Hay una especie de conclusión, aunque el libro siga vivo. La poesía es un territorio diverso, va más allá de un espacio predeterminado. Nadie aguarda al poeta, a diferencia del lector que espera una nueva novela. En 2016 fui invitado a dictar una conferencia en la Scuola Holden, en Turín, publicada en *La Repubblica* con el título "La sana inquietud que nos da la poesía". Afirmé que los poetas no obedecen las indicaciones de la Historia, la forma más violenta de la racionalidad. El poeta sigue otros caminos, abre grietas en los mapas. Por esos senderos se encuentra con hombres y mujeres que se perdieron o que se aventuraron en esas tierras. Tienen versos para compartir. Sólo la poesía puede ser nuestra arma para defendernos de la racionalidad de la Historia. La poesía es el medio que tenemos para desestabilizar haciendo preguntas. Los poetas siembran preocupación. Son pesadillas, pero, como escribe nuestro admirado Nootboom en *Tumbas de poetas y pensadores*: "las personas no pueden vivir sin sueños peligrosos e inesperados".



Composición con fotografías de Iyaylo Sarayski, Siruela, 2017

Nootboom concluyó esa frase de Tumbas con exaltación: "tampoco el mundo puede existir sin poesía".

Exactamente. Lo recuerdas bien. La Historia ofrece en nombre de la seguridad recintos a los que ya nadie quiere entrar. Mientras que la poesía, afirmó Joseph Brodsky, "es una tremenda escuela de inseguridad e incertidumbre". Por eso, en la inseguridad que nos estrangula, dije en la conferencia que te mencioné, la poesía ofrece su mano, porque, como aseveró el escritor ruso exiliado en Estados Unidos, "en el fondo, los poemas dicen: no sé". Se trata de la entonación interrogativa de un enunciado. Para eso se necesita coraje. **U**

UN MAPA DE VOCES MIGRANTES SOBRE LA PANDEMIA

Soledad Álvarez Velasco

Iréri Ceja Cárdenas

Apenas cumplió los ocho meses de embarazo, Ángela salió de Venezuela rumbo al sur de Brasil para encontrarse con su familia. Pero el confinamiento la tomó por sorpresa en Manaus, una ciudad amazónica. Tuvo a su bebé lejos de su familia y “bajo una pandemia”. Para ella no fue nada fácil. Después de dar a luz tuvo que hacer cuarentena con su hijo recién nacido porque ambos habían estado expuestos al coronavirus. “Fue bastante difícil cómo las personas nos miraban”, recuerda Ángela.

Daniel, en cambio, es hondureño. Tiene 27 años y por lo pronto está en un albergue para migrantes en el Estado de México. Él aguarda para renovar sus documentos migratorios. Con la pandemia su espera se ha prolongado. No tiene trabajo y dice que encima de todo en México las personas lo miran mal porque creen que trae el virus desde Honduras. Como Daniel, Marco, un salvadoreño de 42 años, también espera en el mismo albergue. Para él la pandemia ha tenido un impacto en la salud mental de los migrantes: “La gente está traumatada, la desestabilización es psicológica”, dice Marco.

Luis es un escritor venezolano. Trabajaba en una editorial en Bogotá hasta que la empresa lo liquidó por problemas económicos derivados de la pandemia. Como no tenía para pagar la renta y comprar comida decidió regresar a su país de origen. Dado que algunos aeropuertos están cerrados y las fronteras más restringidas, Luis decidió unirse a un grupo de venezolanos que regresaban a pie a su país. “Fue muy difícil pues caminamos durante 16 días hasta que llegamos a la frontera”. Aunque logró

◀ Proyecto (In)movilidad, diseño de ACHU! Studio ©

llegar a Venezuela, no pudo ingresar porque las fronteras estaban cerradas. Él, como Daniel y Marco, también ha tenido que adentrarse en otro tipo de espera y enfrentar así los tiempos de pandemia.

Éstas son sólo pequeñas muestras de los más de 65 testimonios de voces migrantes que componen el Mapeo Polifónico, una pieza del proyecto *(In)movilidad en las Américas y COVID-19*.

Desde mediados de marzo del 2020 más de 45 investigadores de 19 países de Norteamérica, Centroamérica, Sudamérica y El Caribe, interesados analítica, ética y políticamente en la cuestión migratoria, nos juntamos vía remota. Sabíamos que la llegada del COVID-19 había agarrado a solicitantes de refugio —regionales y extracontinentales— en medio de sus trámites; a familias migrantes y a niños y adolescentes no acompañados en cruces transfronterizos; a detenidos en estaciones migratorias hacinadas o en vuelos de deportación; y a miles de migrantes irregularizados en sus trabajos precarizados, sin posibilidad alguna de detener su carga laboral para entrar en cuarentena. Estábamos conscientes, además, de que los cierres fronterizos atentan contra el derecho a la libre movilidad y al refugio, y que la pandemia exacerbaría el hipernacionalismo, reforzando la imagen del extranjero como “carga pública” o como quien encarna al virus, elementos que intensifican la xenofobia y el racismo.

Cuando apenas iniciaba la primera ola de COVID-19 en el continente americano, nos preguntamos: ¿qué repercusiones tienen el cierre y el fortalecimiento de fronteras, el incremento del control a la movilidad, las múltiples crisis y en general la pandemia en las vidas de los miles de migrantes, solicitantes de asilo y refugiados que transitan por o viven en los países del continente?

Responder esa pregunta suponía, además, poner en el centro la tensión entre movilidad y control para comprender cómo se modifica en un contexto de pandemia. La formación social de las Américas es incomprensible sin atender a las formas históricas de movilidad que la han configurado. Todos los países del continente han sido y/o siguen siendo emisores y receptores de flujos transnacionales, mientras que otros se han convertido, además, en espacios de tránsito y de retorno voluntario y/o forzado. En la última década, hasta las Américas han llegado flujos de personas extracontinentales; se ha multiplicado la migración intrarregional y los tránsitos sur-sur. La movilidad en el continente es hoy protagonizada por desplazados internos, deportados, solicitantes de refugio, migrantes irregularizados adultos, y por niños y adolescentes que emigran solos o acompañados. Por eso éste es un continente donde las formas de movilidad migrante no cesan; de ahí que proliferen, a la par, las formas de control.

Por un lado, el peso de Estados Unidos ha sido definitivo para delinear la geopolítica para restringir la movilidad en la región. Ése es el país que más ha endurecido sus políticas migratorias, el que más detiene y deporta a migrantes, sobre todo latinos continentales y caribeños, y el que ha transferido el monitoreo a terceros países en la región. Por otro lado, en la última década los países de las Américas se han cerrado ante la cuestión migratoria y han reforzado sus formas de vigilancia, mientras un violento discurso xenófobo se normaliza en las sociedades receptoras.

El COVID-19 vino a arremeter entonces en una geografía de antemano signada por la tensión entre movilidad y control, que se magnifica en contextos desiguales. Ése es el caso de nuestro continente: la pandemia desnudó la

salvaje e irresuelta desigualdad estructural, desatando afectaciones que apenas empezamos a avizorar. A la emergencia sanitaria hoy se suma el colapso económico y el de los sistemas de protección social, hechos que en conjunto asolan las vidas de las poblaciones más vulnerabilizadas, siempre racializadas, como aquellas en condición de movilidad. Así surgió *(In)Movilidad en las Américas y COVID-19*, un proyecto colectivo, digital, transnacional, trilingüe (en español, portugués e inglés) y en construcción, cuyo foco analítico lo constituyen la movilidad, el control y sus desiguales repercusiones espaciales.¹

Desde que se tejió esa juntura virtual, once equipos nacionales hemos mapeado información de prensa sobre la situación migratoria y las medidas estatales en la región. Produjimos así un análisis a dos escalas. Por un lado, una ficha nacional que refleja la situación en cada uno de los países que son parte del proyecto.² Por otro, una reflexión comparada que, a escala transnacional, muestra complejas situaciones comunes en las Américas. Entre otras: el cierre fronterizo y la hipervigilancia; la suspensión del derecho al refugio; la configuración de espacios de confinamiento transfronterizo; la desposesión de derechos de trabajadores migrantes; la niñez y adolescencia migrantes al borde, y las respuestas sociales que contrastan entre luchas migrantes y xenofobia al interior de los espacios nacionales.

El mapeo a dos escalas nos permitió crear un archivo digital sobre la memoria del presen-

te. No obstante, ese archivo nos resultaba limitado, pues no incluía la experiencia encarnada y situada que puede dar respuestas radicalmente más contundentes a esa misma pregunta inicial. Son las voces *migrantes* las que producen una narrativa contrahegemónica en torno a cómo el control en un contexto de pandemia y de múltiples crisis exacerbadas se resiente entre las personas que resisten. Así, creamos un mapeo de múltiples voces migrantes de diversas edades, géneros, nacionalidades, procedencias étnicas y orientaciones sexuales que, desde diversas localidades del continente, dan cuenta de la experiencia cotidiana de (in)movilidad que se vive en los tiempos actuales.

Haciendo uso de redes sociales y tecnológicas, migrantes y refugiados enviaron vía WhatsApp los testimonios que conforman el Mapeo Polifónico.³ Más de 65 voces relatan los efectos que la pandemia ha tenido en las vidas migrantes, no sólo en términos materiales, sino también en relación con su existencia y sus emociones, así como las distintas formas que han encontrado para sobrellevar la contingencia. Sus voces nos hacen pensar que la (in)movilidad, la espera y el confinamiento no son pasivas y que, a pesar de las medidas de control y la precarización exacerbada, ellos sostienen y cuidan sus vidas. De manera particular el Mapeo Polifónico y, de modo general, *(In)movilidad en las Américas y COVID-19* proponen otras narrativas para pensar la migración más allá de, o a pesar de, la frialdad de los datos y la verticalidad y violencia del control: una contranarrativa donde las vidas migrantes, sus luchas, sus cuidados y sus voces van siempre primero. **U**

¹ Disponible en <https://www.inmovilidadamericas.org>

² Los países incluidos en el proyecto son: en Sudamérica, Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú, Uruguay y Venezuela; en Centroamérica, Panamá, Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala; en El Caribe, Haití, República Dominicana, Cuba y Puerto Rico; en Norteamérica, México, Estados Unidos y Canadá.

³ Disponible en <https://www.inmovilidadamericas.org/mapeopolifonico>. Si eres migrante, refugiado o trabajas con población migrante y quieres contribuir con testimonios para el Mapeo Polifónico escríbenos a covid19inmovilidad@gmail.com

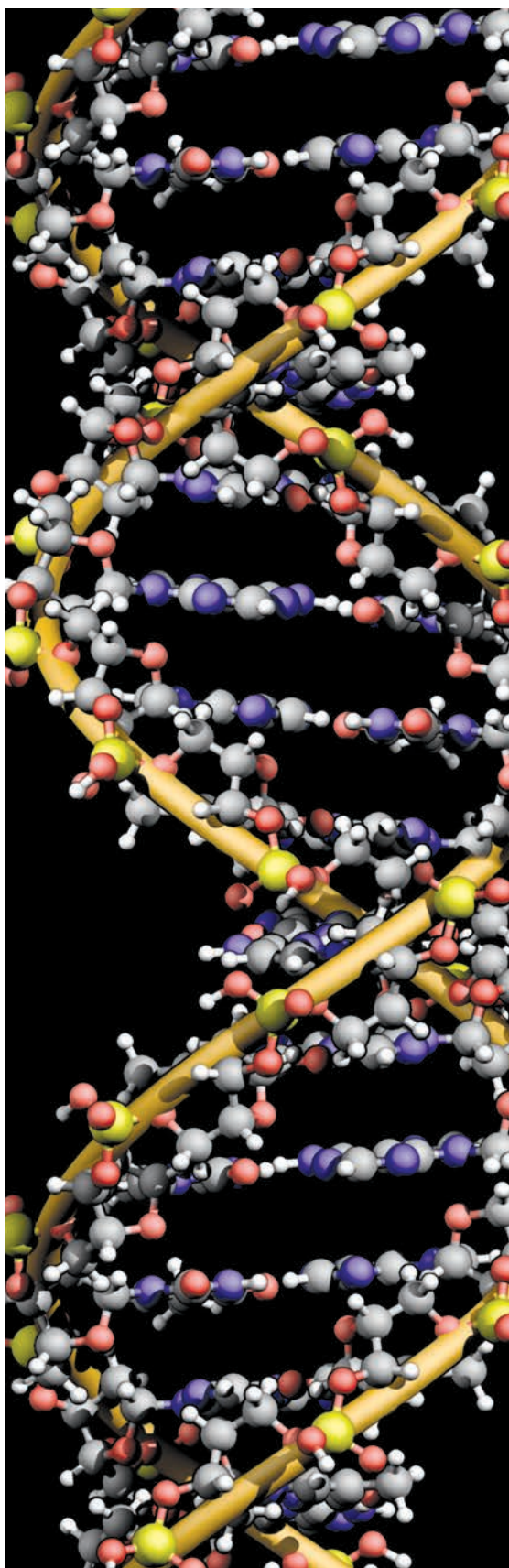
LULU Y NANA: MÁS CERCA DE GATTACA

Salvador Fabela

Tenía diecisiete años cuando vi *Gattaca*, la película de ciencia ficción que muestra una sociedad donde la manipulación genética en seres humanos es una cuestión rutinaria. Los individuos genéticamente superiores se sitúan en los peldaños más altos de la sociedad, mientras que los inferiores son desechables. En aquel entonces salí de la sala de cine consternado por tal escenario distópico, aunque en 1997 la edición genética pareciera muy lejana, casi imposible. Veintiún años después, un biofísico chino llamado He Jiankui anunció en YouTube (manera poco ortodoxa de proceder en el quehacer científico) que había logrado manipular y editar *in vitro* el genoma de dos embriones humanos, que finalmente culminaron en la gestación de dos gemelas sanas: Lulu y Nana.

La noticia fue condenada de inmediato por las comunidades de científicos y filósofos del mundo, particularmente en Occidente. Algunos afirmaban que la técnica empleada para dicho propósito, conocida como CRISPR (sigla de Clustered Regularly Interspaced Short Palindromic Repeats; repeticiones palindrómicas cortas agrupadas y regularmente interespaciadas de información genética, en español), era todavía imperfecta para utilizarse en modelos que no fuesen cultivos celulares y animales controlados en un laboratorio; otros visualizaban la posible cura o mitigación de enfermedades de origen genético (como la diabetes tipo I, insuficiencias cardiovasculares e incluso distintos tipos de cáncer); en

Esquema de la estructura del ADN. Imagen de Zephyris, 2011 © ►



tanto que algunos más temieron que este logro pudiera comenzar un proceso de eugenesia que nos convertiría, a la postre, en una sociedad similar a la que imaginó el cineasta Andrew Niccol en *Gattaca*. Esto último —considerando las herramientas tecnológicas actuales— me parece un temor infundado: todavía no tenemos suficiente conocimiento sobre regulación genética ni epigenética para poder “diseñar” un embrión con inteligencia superior o con las habilidades atléticas propias de un campeón olímpico.

CRISPR: UNA HERRAMIENTA MULTIFUNCIONAL

Los CRISPR son una elaborada estrategia que ayuda a la supervivencia de arqueas y bacterias. Su función, semejante a la de un sistema inmune primitivo, es eliminar agentes extraños que podrían dañarlas. En el microscópico mundo bacteriano todo el tiempo hay intercambio de información genética, pero algunas veces el ácido desoxirribonucleico (ADN) puede provenir de bacterias muy distintas entre sí, y eso puede afectar negativamente sus ciclos de vida e incluso provocar su muerte. En este escenario, los CRISPR entran en acción y eliminan el ADN ajeno para mantener el bienestar de la bacteria. Es un sistema tan fino y exacto que puede rastrear ese ADN ajeno y eliminar sólo la región específica donde éste se aloja.

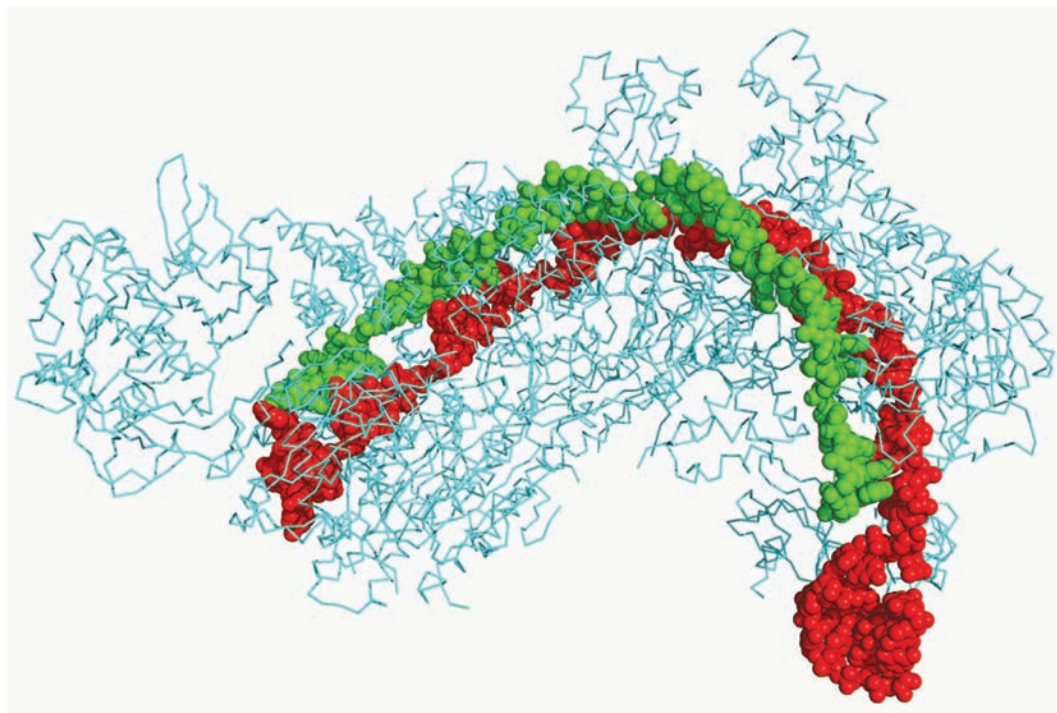
Algunas personas conciben los CRISPR como unas tijeras moleculares o un bisturí que corta con precisión la secuencia dañina, pero esa visión resulta un tanto limitada, por lo que prefiero compararlos con una impresora multifuncional. Esos aparatos pueden escanear, fotocopiar e imprimir, algo que hasta hace unos años requería tres unidades independientes. Los CRISPR son un multifuncional mi-

croscópico, capaz no sólo de cortar secuencias de ADN, sino también de reparar material genético dañado o de insertar información nueva, todo ello en una región específica, sin cometer ningún error.

La manera en que actúan los CRISPR se entendió y caracterizó sin otro propósito que saber cómo funcionaban. En 2012 ocurrió un punto de inflexión cuando, atraídos por la precisión de este sistema, varios investigadores comenzaron a modificar los CRISPR para usarlos en células animales. El objetivo a largo plazo podría ser atenuar o curar enfermedades congénitas. Por ejemplo la fenilcetonuria, enfermedad caracterizada por un defecto en el ADN que impide procesar un aminoácido y puede derivar en retraso mental o incluso causar la muerte a recién nacidos si no se detecta a tiempo. En teoría, afinando los CRISPR para seres humanos se podría localizar y corregir definitivamente esta anomalía, sin ningún efecto secundario. Gracias a las potenciales aplicaciones de los CRISPR y su importancia en la edición genética, Jennifer Doudna y Emmanuelle Charpentier recibieron el premio Nobel de Química 2020. Estas dos científicas unieron sus grupos de investigación independientes (en Estados Unidos y Francia, respectivamente) y sentaron las bases para que el sistema pudiera editar *in vitro* regiones específicas de la secuencia genética.

LOS EXPERIMENTOS CON LAS GEMELAS LULU Y NANA

Tras concluir sus estudios de posgrado en Estados Unidos, He Jiankui volvió a China y montó un laboratorio para ahondar en sus investigaciones sobre varios modelos de CRISPR. La regulación en China para modificar genéticamente embriones humanos es laxa en compa-



Estructura de un complejo de CRISPR de RNA unido a su ADN objetivo. Imagen de Boghog, 2018 ©

ración con los marcos jurídicos de Europa y Estados Unidos. El científico editó el genoma de embriones humanos con el propósito de eliminar el receptor CCR5, involucrado en la entrada en células humanas del virus de inmunodeficiencia humana, conocido como VIH.

Aunque en principio la propuesta suene razonable, el problema estriba en que no se conocen todas las funciones del CCR5 en los seres humanos, por lo que eliminarlo definitivamente podría acarrear a largo plazo efectos secundarios desconocidos. Muchos reportes demuestran que cuando la tecnología de los CRISPR se usa en células de mamíferos, la modificación no sólo ocurre en el fragmento de ADN para la que fue diseñada, sino también en otras regiones de la secuencia genética. Esto supone un problema grave, ya que podría actuar en zonas del ADN asociadas con funciones fisiológicas importantes y afectar también la maquinaria celular, con serias consecuencias.

Este fenómeno, conocido como *off-target*, es el principal problema técnico del sistema.

He Jiankui y su equipo reclutaron parejas infectadas con VIH con la promesa de generar inmunidad para sus hijos si aceptaban entrar en el estudio clínico. Aparentemente, los documentos de consentimiento que firmaron los participantes tenían información sesgada e incompleta y no fueron aprobados previamente por ningún comité de ética. Si bien el objetivo del científico era lograr que las hermanas Lulu y Nana fueran inmunes al VIH (aunque sus padres portaran el virus), existen protocolos confiables para lograrlo que involucran procedimientos mucho más simples que una innecesaria edición genética. Una investigación del gobierno chino determinó que el científico falsificó algunas de las formas de autorización aprobadas y contravino los lineamientos internacionales para hacer estudios clínicos en humanos. El procedimiento técnico realizado an-

tes del nacimiento de Lulu y Nana no se conoce ya que, tras el anuncio en YouTube y la presentación parcial de sus resultados en un congreso internacional, al menos dos revistas arbitradas de alto impacto se negaron a publicar el trabajo debido a serias faltas éticas en el estudio.

Lo que sabemos, basados en la presentación de He en ese congreso, es que su trabajo involucra una versión de CRISPR diseñada por su grupo, que editaría sin errores secundarios (los *off-targets*) secuencias genéticas no sólo en cultivos celulares, sino también en ratones e incluso chimpancés. Tras el supuesto triunfo en modelos animales, habría decidido probarlo en embriones humanos. Según He, Lulu y Nana

la Universidad de Ciencia y Tecnología del Sur de China y, después de un proceso judicial, se le impusieron 18 meses de prisión, así como una multa de 70 mil dólares por la falsificación de documentos.

GOOGLE Y GATTACA

En 2019 la empresa estadounidense Verve Therapeutics anunció la recaudación de 60 millones de dólares para probar CRISPR en humanos adultos, con la finalidad de prevenir enfermedades cardíacas. El principal inversionista es Alphabet, el conglomerado dueño de Google, lo cual muy posiblemente siente las bases para el próximo escenario genético mundial: todo

Estaríamos frente a los primeros humanos de la historia modificados genéticamente.

no tendrían modificaciones secundarias en su genoma, por consiguiente quedaría demostrado que su metodología tuvo éxito. Estaríamos frente a los primeros humanos de la historia modificados genéticamente.

Por cuestiones de privacidad, las verdaderas identidades de Lulu y Nana estarán resguardadas por un periodo indefinido, aunque las autoridades chinas se comprometieron a monitorear su salud hasta que alcancen los treinta años de edad. No existe manera de revisar o corroborar los datos y dichos de He Jiankui debido al veto mundial impuesto a su investigación. Yo abogaré por la liberación de los detalles experimentales, ya que esto permitiría analizar de forma objetiva su trabajo y supondría la culminación de una historia científica única. Tras el escándalo, He fue despedido de

apunta a que la guerra científica entre China y Estados Unidos se expandirá al terreno privado, donde los recursos pueden fluir casi ilimitadamente. Las empresas que logren modificaciones genéticas exitosas mediante CRISPR en humanos adultos (¡o en embriones!) podrán ofrecer esta tecnología para la gente que quiera (y pueda) acceder a ella. Es probable que veamos en el corto plazo medicina personalizada que mejore la salud, o que resuelva problemas genéticos hereditarios, y así sea posible ofrecer soluciones definitivas a enfermedades que antes eran incurables. ¿Será que los acaudalados podrán mejorar su salud y esperanza de vida, separándose aún más de quienes no pueden hacerlo? ¿Es posible que la cinta *Gattaca* haya logrado prever este escenario? Retomemos el tema dentro de diez años. **U**

VIOLADORES

Sara Bertrand

No es posible hablar de violadores sin sentir una corriente que hierve la sangre, cierto cansancio también, un hastío heredado, añejo y, sin embargo, actual, remasterizado por la forma que cada momento histórico ofrece al mismo imbécil abusador que repite la canción de siempre: "cuerpo femenino igual a espacio de apropiación". ¿Qué se puede decir que no duela o haga chirriar los dientes?

Se puede caer en una caverna de detalles escabrosos. Contar, por ejemplo, sobre esa hija que visita a la madre para reclamar su pensión alimenticia y en una jugarreta absurda, es abandonada a merced del padrastro que la viola y asesina para luego hacerla pedazos y enterrarla bajo el living. Hablo de Ámbar, una chilena de dieciséis años, una "inadaptada", en palabras de sus profesores, pero ¿cómo adaptarse a la traición y al abuso? Violada en múltiples oportunidades por las parejas de su madre, Ámbar explota su rabia en la sala de clases. Imagino el grito guardado en la profundidad, ése que quizás se expresó la primera vez frente al violador pero fue anulado por su progenitora, y entonces buscó, como los afluentes de los ríos, un lugar donde desembocar el tumulto de mugre. En clases Ámbar era la "niña difícil", ese expediente que pasa de mano en mano con la advertencia de "conflictiva". La imaginación, por supuesto, en casos como los de Ámbar, palidece ante la realidad: nadie nunca tuvo la deferencia de preguntarle qué sucedía, ese

Day Cuervo, 2020 ▶



gesto mínimo de empatía, saber qué había detrás de su obtuso comportamiento.

La pandemia que hemos soportado durante este tremendo fiasco que resultó ser el 2020 no fue benevolente con las mujeres. ¿Por qué no nos extraña ni subvierte? ¿Por qué no nos arrancamos los pelos de la rabia al saber, por ejemplo, la cantidad de mujeres que debieron volver forzosamente a casa? ¿En qué espacio de nuestra estructura mental consideramos que las féminas son las únicas que deben y pueden cuidar de hijos o hijas? ¿Dónde quedó la supuesta *igualdad* y ese *aplanar la curva*? Expresiones de deseo que poco tienen que ver con nuestra realidad. Una de las tristes secuelas del COVID-19 fue correr ese tupido velo, porque aquí estamos bien ubicadas en nuestros espacios inamovibles, los que hemos ocupado por los siglos de los siglos, ¿aquellos que nunca debimos abandonar?

Echemos fuego a la hoguera porque el horno está para bollos.

Si las mujeres son más apropiadas para enseñar lo que las escuelas *online* intentan transmitir y los hombres son malos tutores, deberíamos tener coraje para meditar sobre habilidades o preguntarnos qué entendemos por *igualdad*. Porque si no existe igualdad de hecho, sólo excepciones, tampoco podemos hablar de *libertad* o *justicia*, como hermanas trillizas estos conceptos se entienden en conjunto. Cualquier mujer que no pueda asumir la igualdad como condición basal tampoco será libre ni recibirá trato justo. Se preguntarán qué tiene que ver todo esto con *violadores*; entonces volvamos a la palabra, porque la *violación* ocurre antes que nada en la lengua, cuando el lenguaje se instala socialmente, cuando nuestra narrativa se construye a partir de esa apropiación: *mujer*, *cuerpo*, *deseo*. Dirán los hombres, y con razón,

que también han sido *violados*, *violentados*, ¡por supuesto! La primera violación que reciben al nacer es la de responder a un estereotipo, a ese relato. En otras palabras, nuestra construcción de realidad, nuestro lenguaje, permite que la figura masculina se imponga, penetre y violenta a la femenina y nadie se altera cuando los “hombres explican cosas”, porque pueden interrumpir sin recibir una mirada de desprecio. O una bofetada.

Igualdad, justicia y libertad deben representarse en el lenguaje, en esas palabras que decimos o callamos, porque el micromachismo existe y, como cualquier relato, va generando un espacio propicio. Aunque peleemos contra esa idea, las palabras piensan y actúan por sí mismas y son tremendamente efectivas en crear ambientes para casi todo —el Tercer Reich comenzó en el discurso y terminó en los hornos de Auschwitz o Bergen-Belsen—. Una vez puestas en escena, se echan a andar como mentiras, levantando fronteras entre géneros, razas y minorías.

El lenguaje también permite la construcción de personajes como Martín Pradenas —y escribo tu nombre, Martín, como escribiré el de todo violador de aquí en adelante—, un guapetón de esos que abundan en discos y bares, los que van de “caza” y alardean sobre el número de chicas que se han “tirado”. Qué triste recuento en tu caso, Martín. Qué infierno incontable te espera junto a tus víctimas. Su *modus operandi*: escoger a una chica bonita, invitarle un trago, otro y otro más, hasta que las cosas iban de las copas a las manos y de esas manos a la piel. Entonces las llevaba a un sitio apartado para violarlas. Lo hizo con muchas, se sabe, quizás cuántas más que no conoceremos, hasta Antonia. “No puedo caminar”, dice mientras Martín la envuelve en sus



Day Cuervo, 2020

brazos, la arrastra, mientras le besa el cuello, la frente y le susurra al oído: “Shhh, shhh, shhh” y deja caer su máscara para mostrar el rostro de la Gorgona.

“Me quiero morir”, le confesó Antonia a una amiga días antes de suicidarse. No resistió la vergüenza, el pudor de ese cuerpo extraño, esa mancha que no se va, no se quita, queda para siempre. Muchos abusadores necesitaron menos que Martín para maltratar a sus víctimas; puertas adentro, en medio de esta cuarentena que amenaza con eternizarse, hicieron lo suyo: apropiar, arrebatar, mutilar, como ocu-

rrió con Ámbar. Los verbos son siempre los mismos, la canción se repite como mala música en cantinas decadentes, ésa a la que nadie presta atención pero que instala un discurso: mujer, amada, bestia, animal, ingrata, encanto, abrigo y desamparo. ¿Será que el violador dialoga con sus fantasmas, como imaginó Freud? Que levanta un teatro donde se mueven la madre, el padre y todos quienes lo agredieron, aquellos que marcaron su entrada al baile de elaboraciones traumáticas. Puede ser. No reniego de las vidas tristes y supremamente duras que puedan tener estos criminales, pero

lo cierto es que la violencia contra la mujer no se sostiene únicamente en sus individualidades, sino en frondosas colectividades que la amparan. Como ocurre con el racismo: para que suceda una muerte brutal como la de George Floyd, afroestadounidense asesinado por la policía de Minneapolis en mayo de 2020, se requiere un sistema dispuesto, un lenguaje creado; en otras palabras, una historia sistemática de pequeños y grandes abusos.

Y llegados a este punto, a esta altura del año, con pandemia, incertidumbre y esa violencia normalizada, es imposible no sentir una fatiga parecida a la calma en el ojo del huracán cuando pensamos que las cosas van

de producirse —cabezas pensando y actuando juntas—, sacaría chispas de revelaciones, epifanías de un pensamiento mancomunado. Lamentablemente, suena a una ingenuidad que raya en el delirio, porque la pandemia de coronavirus demostró cómo, frente a cualquier amenaza, el mundo se vuelve cosa de machos. Así, sin proponérselo, este extraño 2020 nos deja una lección interesante y es cuán frágiles son las conquistas del espíritu, aquello que se alcanza por una idea o aspiración social.

La lucha que tenemos por delante las mujeres no permite descanso, está claro; esperar tiempos mejores equivale a aguardar que arda Troya, porque el modo masculino de hacer ca-

Es imposible no sentir una fatiga parecida a la calma en el ojo del huracán cuando pensamos que las cosas van a quedar como siempre.

a quedar como siempre, que seguiremos escuchando sobre otras Ámbar y Antonias, que los violadores encontrarán nuevas vetas por donde colar su perversión y que deberemos acostumbrarnos a practicar artes marciales, dar una patada de doble salto o portar armas, como solían hacer nuestras abuelas o bisabuelas en siglos pasados. Pero qué aburrida historia la de ceder a esa fórmula masculina de hacer las cosas, no superar nunca la etapa anal del desarrollo. Retener y expulsar.

A veces imagino que si las mujeres nos pusiéramos de acuerdo para decir “¡basta!” el grito se escucharía más allá del sistema solar. O, siguiendo la lógica feudal, separaría reinos; porque pareciera imposible tener ese tipo de comprensión básica, resultado de la mera observación: entender que hombres y mujeres son diferentes y se complementan; que esa unión,

ducó. Tocó su tiempo de expiración y huele rancio. La poeta Louise Glück decía que amar la forma es amar los finales y pienso que todo se expresa de manera singular: un movimiento dibuja de principio a fin la figura con total destreza y pasamos de la Edad Media al Romanticismo, de la Revolución Industrial a la Modernidad y de ésta a una decadencia curiosa otorgada por la Posmodernidad, ese exacerbado culto a lo humano, al progreso, a la tecnología. Quizás estamos asistiendo a ese final, cerrando un ciclo, cuando la figura se muestra con tal claridad que cede a otra forma; en este caso, a una comprensión integral del universo que habitamos. Un espacio que reconoce al otro, al diferente a mí, al que llega de lejos. Uno que respeta singularidades y donde ser mujer no significa vivir en perpetuo estado de alerta. **U**

LISE MEITNER Y EL SECRETO DE LA FISIÓN NUCLEAR

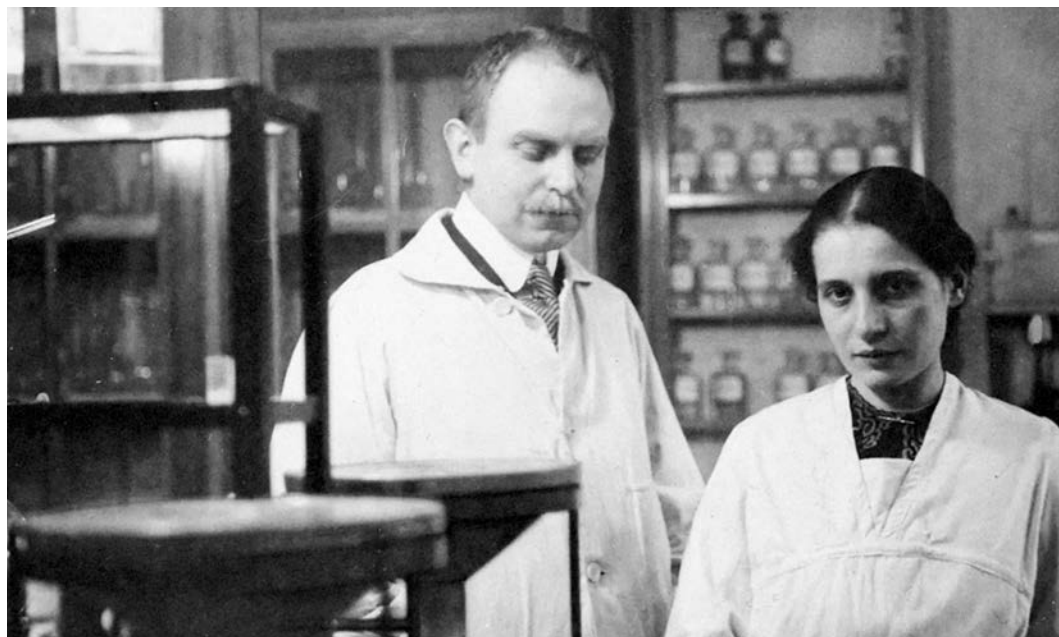
Sofía Flores Fuentes

Recién habían pasado seis días de 1939 cuando se publicó el artículo que, cinco años después, le daría el Nobel de Química a Otto Hahn por la descripción de la fisión nuclear. El trabajo tenía por autores al científico mencionado y a Fritz Strassmann, pero no a Lise Meitner, a pesar de que juntos detallaron ese proceso físico-químico. En esos tiempos convulsos, con la Segunda Guerra Mundial a punto de estallar, manifestar relaciones con una persona de origen judío era peligroso. Nueve meses antes de la publicación del artículo que sería laureado, Meitner, reconocida por Albert Einstein como "la [Marie] Curie del mundo germanohablante", perdió su ciudadanía austriaca debido a que su país de origen se anexó a la Alemania nazi. Si todos los eventos políticos desatados desde 1933 —año en que Adolf Hitler asumió el poder como canciller alemán— habían sido irrelevantes para que ella tomara en cuenta la necesidad imperiosa de escapar, la anexión cambió las cosas.

Poco más de treinta años atrás, en 1906, Lise llegó a Berlín desde Viena, con 28 años cumplidos y un doctorado en física bajo el brazo: era la segunda mujer austriaca en obtenerlo. En la capital alemana, ella buscó ingresar a un laboratorio, lo que la hizo coincidir con Otto Hahn, un químico que, a su vez, se encontraba en búsqueda de un colaborador adiestrado en física para estudiar la radiactividad. El perfil de Lise la convirtió en la compañera ideal.

Dra. Lise Meitner, ca. 1940. Library of Congress © ►





Lise Meitner y Otto Hahn en su laboratorio, 1912 ©

Meitner creció en una Austria que impedía el acceso de las mujeres a la educación superior, algo que cambió en 1897; cinco años después de que ella terminó a la edad de catorce años su último periodo académico permitido. Fue a los 21 que comenzó a tomar las clases particulares que le permitieron acreditar su educación secundaria en sólo dos años y no en los ocho necesarios. Gracias a esto, Lise pudo entrar a finales de 1901 a la Universidad de Viena y, tal como a Hahn, se le recomendó probar suerte en el campo de la radiactividad, ahí eligió las partículas alfa como primer modelo de estudio.

En Berlín, sin un sueldo ni una beca, sustentada con el dinero de su padre, Meitner se enfrentó a un país que ofrecía peores condiciones de crecimiento académico para las mujeres que Austria, pues en Alemania todavía tenían prohibido acceder a la educación superior. Fue en la Universidad Friedrich Wilhelm donde buscó al físico Max Planck para asistir a sus clases. El científico, a pesar de estar en contra de que las mujeres formaran parte de la vida universitaria, aceptó.

Producto de la dinámica académica, Lise concurrió con Hahn, un joven de su edad. Además, él ya había trabajado con una mujer, así que nunca tuvo empachos con el tema de género. Esto hizo que la química entre Meitner y Hahn fuera inmediata, dando inicio a una larga y fructífera carrera académica, que duraría unos treinta años y que le permitiría a ella considerar a Hahn su "colega-hermano" y mejor amigo. Incluso Lise fue la madrina del único hijo de Otto.

El inicio fue complicado para ambos. Se les asignó el sótano del edificio del Instituto de Química para comenzar con su laboratorio, sin salario —Hahn también sobrevivía con el dinero de su padre—. Sin embargo, fue un poco más complicado para ella: dada la prohibición de mujeres en la academia, Lise debía entrar en su incipiente laboratorio por una puerta externa y utilizar el baño de un restaurante ubicado en la misma calle.

Meitner y Hahn lograron crearse una identidad de expertos en radiactividad entre la comunidad científica de la época, un grupo que

contenía a científicos como Enrico Fermi, quien produjo isótopos radiactivos; Irène Curie, primogénita de Marie y Pierre Curie, y Frédéric Joliot, esposo de Irène y con quien compartió el Nobel de Química de 1935 por su trabajo en la síntesis de elementos radiactivos nuevos. Cuando éstos comenzaron a ser incorporados en la tabla periódica, trabajaron para hallar el faltante entre el torio y el uranio: el protactinio, que reportaron encontrar en 1918. Otto fue el primero de los dos en obtener el rango de profesor. Lise se mantuvo como “invitada” hasta 1913, cuando adquirió una posición académica asalariada; cuatro años después ganó su propio espacio para un laboratorio y, finalmente, el título de profesora en 1919. Lise supo brillar por méritos propios. Tan sólo entre 1921 y 1934 publicó 56 artículos científicos.

Lise decidió quedarse en Berlín por muchas razones, entre las que estaban su conversión al protestantismo cuando tenía treinta años y su nacionalidad austriaca. Sin embargo, continuar con su trabajo en esa ciudad fue una resolución de la que se arrepintió años después. Si bien su vida y obra resultan dignas de ser contadas, la sola historia de su huida merece un texto aparte. Escapó el 13 de julio de 1938, escoltada por los físicos Dirk Coster y Adriaan Fokker, quienes le ayudaron a cruzar de Alemania a los Países Bajos de manera ilegal, con diez marcos en la bolsa y algunas mudas de ropa. Unas semanas después, consiguió llegar a Estocolmo, gracias al apoyo de Bohr.

Sin embargo, su recepción en Suecia fue precaria. Lise vivió la xenofobia de la época como refugiada de origen judío. Además, aunque en

Lise debía entrar en su incipiente laboratorio por una puerta externa y utilizar el baño de un restaurante ubicado en la misma calle.

Fue en estos años que Meitner pasó de trabajar sobre la radiactividad a la física nuclear. Su interés se centró en la comprensión de fenómenos nucleares como la absorción de rayos gamma o el decaimiento radiactivo. En 1932, cuando se halló la existencia del neutrón, ella midió su masa y fue la primera en demostrar el acomodo pareado del electrón-positrón, así como en detectar positrones de una fuente no-cósmica. Se codeó con personalidades como Einstein, Gustav Hertz, Niels Bohr, Erwin Schrödinger o James Chadwick. Pero a inicios de 1933, con el nazismo en el poder, muchos de sus colegas optaron por el exilio.

el laboratorio de Manne Siegbahn encontró un espacio, careció de colaboradores, de equipo de trabajo y de apoyo técnico; ni siquiera tenía sus propias llaves para entrar a las instalaciones, ya ni hablar de herramientas para formar su propio laboratorio. Incluso se cree que Siegbahn fue uno de los responsables de bloquear a Lise en la recepción del Nobel. A pesar de todo, Meitner mantuvo correspondencia con sus colegas Hahn y Strassmann para dar continuidad al trabajo que dejó tras su exilio, pero las cartas eran insuficientes para coordinarse. El 13 de noviembre de 1938 Hahn viajó en secreto a Copenhague con el objetivo de encontrarse con Lise y que ella revisara los datos de su investi-



Dra. Lise Meitner con sus estudiantes en los escalones del edificio de Química del Bryn Mawr College en Pensilvania, 1959. Fotografía de Nuclear Regulatory Commission ©

gación en torno al elemento radio, además de que aportara directrices para el trabajo. Una vez con las instrucciones, Otto y Fritz desarrollaron los experimentos pertinentes que los llevaron a identificar el bario.

Posteriormente, Hahn le escribió a Lise para pedirle que desarrollara una "explicación fantástica" de por qué obtuvieron este elemento y no el radio. Ella, junto con el físico Otto Robert Frisch, a quien consideraba su sobrino favorito, desarrolló una explicación teórica sobre la división del núcleo del uranio en dos, proponiendo el término "fisión nuclear". Otto y Fritz difundieron sus resultados el 6 de enero de 1939 y, sólo un mes después, el 11 de febrero, Lise y Frisch publicaron un artículo en *Nature*, donde nombraron y explicaron la fisión nuclear. La petición de dar a conocer sus estudios de manera separada fue de Otto, en lo que se considera una decisión premeditada para no ser asociado con una judía en el exilio.

El aislamiento de Lise y la publicación independiente de los artículos llevó también a la ruptura de la dupla Meitner-Hahn. Un movimiento hábil que resultó en que el régimen nazi se interesara por el uso de la fisión nuclear para la creación de armas, lo que apoyó económicamente a Otto Hahn durante la guerra. Por el contrario, ella siempre se negó a trabajar en el desarrollo de armamento nuclear.

El fruto más valioso de eclipsar a Lise llegó en 1944, año en que el comité del Nobel reconoció sólo a Hahn en la categoría de química. Dos años después recogió su premio, con pocas menciones a su compañera de trabajo, a quien consideraba su colaboradora subordinada. Aunque se tiene evidencia de que fue nominada varias veces al Nobel, en sus noventa años de vida nunca lo recibió. Fue hasta 1966, dos años antes de su muerte, que el Premio Enrico Fermi reconoció en conjunto a Meitner, Hahn y Strassmann. **U**

LA CIUDAD DEL HANSEN O EL ÚLTIMO REFUGIO DE LA LEPROA

Adrián Román

Salvador Hernández Maldonado, director del Hospital Doctor Pedro López, me recibe en su oficina y habla de la revolución que comenzaron los enfermos de Hansen (mejor conocida como *lepra*) durante el sexenio de Lázaro Cárdenas, encabezados por su protectora y benefactora, la mítica hermana Dolores.

En este lugar llegó a haber hasta 800 pacientes. Todos tenían un lugar, una casita, había cárcel, iglesia, lavandería, un billar y un casino. Les dieron un pedazo de tierra para cultivar y mantenerse de ahí. Así es como comenzó todo en este hospital.

Hoy en día sólo quedan vivos cinco de los pacientes de esta ciudad que crearon para sí mismos. Ninguno de ellos padece la enfermedad, su cuerpo ya no es residencia del bacilo que la provoca, pero las secuelas de haberla padecido permanecen para siempre. El leprocomio de Zoquiapan fue inaugurado el 1 de diciembre de 1939.

*

Nadie sabe a ciencia cierta si la lepra ya existía en el continente americano antes de la llegada de los europeos. Los antiguos habitantes de la ciudad creían que el cuiltacoche en el maíz era una representación de las enfermedades dermatológicas. Entre 1521 y 1524 la lepra se diseminó por las calles de la Ciudad de México gracias a varios enfermos de origen europeo y africano. Por en-

Mary frente a su antigua casa. Fotografía de Jorge Arturo Bermúdez, 2011. Cortesía del artista ▶



tonces Hernán Cortés construyó el primer hospital dedicado exclusivamente a esta enfermedad. La Tlaxpana era una hacienda propiedad del conquistador, muy cerca de donde se dice que lloró su derrota ante Cuitláhuac. Los leprosos no tenían un lugar para sí, rondaban apachurrados y solos por la ciudad.

Nuño de Guzmán fue un hombre violento y arrebatado que llegó a la Nueva España para contrarrestar el poder que ostentaba Cortés en estas tierras, quien sentía que la Corona no era del todo justa con él y fue personalmente a hablar con el rey de España. En 1528, aprovechando la ausencia del conquistador, Nuño mandó derrumbar el hospital con el pretexto de que los enfermos contaminaban las aguas de Chapultepec.

*

Se dice que esta enfermedad ataca más a las personas mayores de 25 años, pero puede manifestarse a cualquier edad. Se trata de gente con un vulnerable sistema inmunológico. Realmente en México ya se está erradicando. Sólo el 0.1 por ciento de cada diez mil habitantes la padece. Los estados con más casos son Nayarit, Sinaloa, Jalisco y Guerrero. En 2020 se han detectado sólo cinco casos nuevos, todos en Oaxaca. Es importante hacer un diagnóstico temprano para evitar las secuelas. El tratamiento actual consiste en doce dosis supervisadas de rifampicina al mes, y 324 dosis autoadministradas —una cada día— de clofazimina y dapsona,

nos cuenta Hernández Maldonado mientras nos da un paseo por la lavandería del hospital Pedro López, un lugar que conserva dos máquinas originales, un secador de ropa y una lavadora. La luz del mediodía se cuelan por sus ventanales y cae sobre las blancas y altas pa-

redes. Parece que los anaqueles donde reposan las sábanas limpias y dobladas a la perfección son los mismos desde el primer día. Por varios lados se cuelan la hermosura en este lugar.

A partir de la pandemia se modificó la rutina de los pacientes con Hansen, pues antes andaban sin restricciones por todo el hospital, que ahora atiende casos de COVID-19, por lo tanto deben permanecer en una zona específica.

La edad de los últimos pacientes oscila entre los ochenta y los noventa años. Algunos de ellos padecen la enfermedad desde los quince o veinte años y dependen totalmente del personal del hospital; ninguno tiene familia, se encuentran bajo cuidado de varias enfermeras.

Hay árboles con aspecto de fantasma quieto. Un sol salvaje que cae con todo el peso de su luz sobre el municipio donde dos carreteras se bifurcan, un costado va hacia Puebla y el otro rumbo a Cuautla; medio millón de personas lo habitaban hasta el 2015 y muchos lo conocen por su alto índice de abandono de viviendas de interés social: Ixtapaluca, el lugar donde la sal se moja.

En la actualidad ya no reciben casos de Hansen. El bacilo *Mycobacterium leprae* sólo puede cultivarse en la almohadilla del armadillo. La nariz y las manos son las partes más afectadas del cuerpo. *Leprosia* proviene del griego y quiere decir “escama”, lo mismo se usaba para hablar del Hansen como del vitiligo o la psoriasis.

*

Hasta agosto de 1571 se volvió a construir un lugar para los desterrados con lepra. El responsable fue el doctor Pedro López, quien luego de muchos traspiés consiguió un terreno



Una mujer alimentando a una persona con lepra, ca. 1275. The J. Paul Getty Museum ©

en el oriente de la ciudad, donde se encontraban las atarazanas, esas torres que servían de fortaleza, bodega y puesto para vigilar que los mexicas no se sublevaran y, si lo hacían, los trece bergantines que asediaron Tlatelolco se encontraban listos para la huida.

San Lázaro era el fin de la ciudad, lo marginal. El terreno de lo no deseado. En ese lugar, donde se encontraba la hoguera de los sodomitas y más tarde una de las garitas que rodeaban la urbe, se construyó el leprosario. No sólo se conocía con ese nombre a los asilos para enfermos de Hansen; también se llamaban *galerías*, *malaterías*, *leprocomios*, *lazaretos*. Las personas que han padecido este mal han sido segregadas milenariamente, estigmatizadas y despojadas de derechos y protección.

Pedro López fue un filántropo natural, a quien no le importó pedir limosna con tal de abrir un lugar digno para esas almas que caminaban torturadas por las calles de la ciudad novohispana. La Santa Inquisición levantó un proceso en su contra, del cual fue absuelto en 1571. En el templo que se abrió en San Lázaro, Pedro colocó una imagen de San Roque, el abogado de las pestes. El leprosario debía hacerse cargo de los gastos del cirujano y del personal

que atendiera a aquellos enfermos de escasos recursos.

Los pacientes vivían de la caridad. Lo mismo comían caballos que borregos; aprovechaban los retazos de cabeza y extremidades de venado para hacer una especie de sopa. Muchas veces, ante la escasez de alimentos, salían a pedir limosna a las calles sin importar el riesgo de contagio.

La orden religiosa a la que se le encargó la administración y el cuidado del leprosario fue la de los juaninos. Era normal que los enfermos escaparan aburridos del aislamiento. Debido al estado de deterioro en el que se encontraba el hospital en 1784, Matías de Gálvez decidió retirar a los religiosos para responsabilizar a las autoridades civiles y restarle espacios y poder a la Iglesia, pero tan sólo diez años más tarde el recinto volvió a manos de los juaninos, debido al clima político y social que se vivía en España.

*

Antes había canchas de beisbol y futbol. Hoy queda una grada desvencijada, derruida, con las bancas carcomidas. Las mieses del trigo y la avena se agitan con el viento bajo un sol

tibio. Camino por una cárcel pequeña, con acaso diez celdas que ahora funcionan como refugio de los trabajadores intendentales del hospital y que son también bodegas y cuartos de convivencia, de resguardo para los archivos muertos. Lucía Moncayo, trabajadora social del nosocomio, conoce este lugar desde que tenía diez años. Ahora es una de las empleadas más entusiastas y comprometidas.

En general, los internos son dependientes, pero para muchas cosas no. Deambulaban más antes. Están conscientes de que este hospital se creó específicamente para ellos, para los enfermos de Hansen. Siempre se mueven acompañados de algún profesional de la salud. Algunos llevan más de treinta años trabajando aquí, entonces les resultamos familiares.

María Cárdenas, Rosita Vázquez, Carmen, Lucío y Soledad —quien vive fuera de la institución pero recibe todos los tratamientos y consultas en este lugar—: ellos son los últimos sobrevivientes del aislamiento. Todos los días del año reciben sus tres alimentos.

En algún momento llegaron muchos hombres dedicados a la milicia. Había tiendas, comercio, intercambio, cría de animales, comedor comunitario, pero también violencia, como en cualquier lado donde existan los humanos. Había pabellones de mujeres solas, madres solteras, y también pabellones de hombres solos; para las parejas que se formaban dentro de estas paredes había casas de matrimonio con tres habitaciones, una para cada pareja. Algunas de estas casas están abandonadas, sin vidrios ni puertas, con mucha yerba a su alrededor.

A los niños que llegaron a nacer en el sitio los enviaban a una casa cuna en la ciudad para evitar el contagio. A veces se iban a resguardo con

algún familiar, algunos visitaban los fines de semana, unos más decidían darlos en adopción. Moncayo recuerda que en su infancia los vecinos de esta población llamaban “monstruos” a los pacientes. No recomendaban tener contacto con ellos y los estigmatizaban, a pesar de que muchos de los enfermos iban a vender productos a los vecinos para sobrevivir: animales, queso, huevo, alfalfa para alimentar bestias. Sin embargo, la presencia del hospital trajo beneficios a la población abierta, que desde los ochenta comenzó a recibir consultas de medicina general y dental.

*

Muchas de las tumbas del camposanto ya no tienen datos. En algunas acaso permanece una cruz, un adorno, una placa ya sin fechas ni nombre. Es el trabajo del tiempo y la intemperie. Sólo existe la certeza de que las personas que yacen aquí estuvieron enfermas de Hansen, por eso se encuentran enterradas en este camposanto. A pesar de eso, casi ninguna falleció por ese padecimiento, no desde la década de los noventa, cuando se encontró una cura más efectiva para este mal.

Moncayo me explicó que los contagiados pueden morir de enfermedades relacionadas con la edad, como la diabetes o la hipertensión, pero no de Hansen. El pasto y la yerba están crecidos en algunas zonas, hay tumbas ocultas por ramas. Cruces oxidadas con flores púrpuras y yerba larga. Un nopal, gigante como un monstruo, parece proteger una cruz. Otra más crece casi incrustada a la corteza de un árbol. Un perro ladra trepado desde la barda que colinda con la calle. Un muro grueso y chaparro, cualquiera podría saltarlo. U

“Sparkling Mike” Walking Tin Robot,
Schylling, ca. 1950, Fotografía de DJ Shin © ►



CRÍTICA

THE DISCOMFORT OF EVENING

MARIEKE LUCAS RIJNEVELD

EXPLORAR UNA CASA EN RUINAS

Elisa Díaz Castelo



Michele Hutchison
(trad.), Faber and Faber,
Londres, 2020.

The Discomfort of Evening, de la joven novelista holandés Marieke Lucas Rijneveld, es quizás la novela más escatológica que he leído. En ella se habla con una franqueza impactante de los excrementos y hay una escena traumática donde el padre de la protagonista le inserta pedazos de jabón por el culo como un remedio casero para el estreñimiento. Se trata, sin duda, de una novela no apta para un público melindroso. La obsesión de Jas, la niña que protagoniza esta historia, con su mierda comienza a partir de que muere su hermano mayor en un accidente. Unos días después, ella piensa: "I could hold in my poo. I wouldn't have to lose anything I wanted to keep from now on" ("Podría aguantar las ganas de hacer popó. No tendría que perder nada que no quiera dejar ir de ahora en adelante."). La mierda, o su ausencia, simboliza la relación que la protagonista tiene con la pérdida, lo imposible que le resulta aceptarla y procesar el duelo por su hermano, en un desplazamiento simbólico sobre el cual Freud tendría sin duda mucho que decir.

Pero esta novela, con la que su autore se convirtió en el ganador más joven del premio International Booker, es *escatológica* no sólo en la acepción literal del término sino también en la cristiana. La escatología bíblica se refiere a las "últimas cosas", no sólo en el sentido de la muerte individual sino también en el colectivo del fin de los tiempos y, en tanto, al estudio del Cielo, el Infierno y la segunda venida de Cristo. La novela de Rijneveld es escatológica en la línea de lo religioso, pues gira en torno a la muerte del primogénito, que varias veces ocupa el sitio simbólico de Jesús, y sigue la historia de una familia enloquecida hasta el aniquilamiento por la absoluta devastación de este duelo. El mundo que ellos habitan es una especie de infierno o, en los mejores momentos, un purgatorio, donde cada miembro de la familia padece de modo retorcido y doloroso una culpa que no le pertenece.

Jas no sólo desarrolla una relación patológica con sus propios desechos sino que también se inserta un alfiler en el ombligo, lo deja ahí y se niega durante años a quitarse una chamarra roja, cada vez en peor estado, donde guarda souvenirs peculiares, entre los que destacan los bigotes de un conejo. Obbe, el hermano mayor, expresa su rabia ante la

muerte con un sadismo ejemplar: tortura y mata animales y, hacia al final de la novela, no sólo animales.

La hermana menor, el personaje más luminoso del libro, planea escapar de la casa familiar utilizando su sexualidad recién descubierta. Los padres manejan la pérdida ausentándose por completo de la vida de sus hijos, negándoles cualquier muestra de cariño y prohibiéndoles recordar a su hermano. (Esta proscripción pareciera filtrarse en el nivel discursivo de la narrativa misma pues, si bien todo gira en torno a la muerte de Matthies, no hay ni un solo flashback, ni una sola escena, a excepción de la primera, en la que éste aparezca. Casi como si la narradora todavía acatara el mandato impuesto por el padre).

Por su lado, el padre se refocila en un fanatismo que escandaliza incluso a los otros miembros de su congregación y la madre deja de comer. No creo que a Rijneveld le haya pasado desapercibido lo que esta familia —enferma de forma terminal con el duelo— tiene en común con la escatología cristiana, pues ella misma creció en un medio estrictamente religioso y la novela está sembrada con citas de la Biblia, muchas veces sacadas de contexto y que dan extrañas y perturbadoras flores.

Se trata de un mundo tan enloquecido, de límites tan desdibujados, que la narrativa misma se vuelve casi surreal, pasa de una situación perturbadora a la siguiente como un niño que explora una casa en ruinas con los ojos vendados. La novela parece responder a la pregunta de qué le sucede a la mente, todavía en desarrollo, de un niño cuando se enfrenta con algo tan insondable como la muerte. Se trata de una de las exploraciones más candidas, certeras y honestas de la psique infantil que me he encontrado en los últimos años. Y aunque la narración sí gira en torno a una serie de eventos desafortunados e inquietantes, también hay un continuo contrapunto luminoso, pues le autore, que publicó esta novela a los 26 años, se detiene en lo que la percepción del niño tiene de dúctil, fresca y milagrosa, y explota la veta inagotable de pensamiento metafórico y metonímico que rige a la mente en desarrollo.

La lógica poco convencional y sorprendente de los niños sale a relucir, por ejemplo, cuando Jas comenta: "Kissing is for old people, and they do it when they've run out of words" ("Besarse es para la gente grande, y es algo que hacen cuando se les acaban las palabras"). Además, se explora la relación que los niños tienen con el lenguaje como materia, tan cercana a la de los poetas, como en el comentario de Jas a su hermana pequeña: "Some words are too big for your little ears; they won't fit in" ("Algunas palabras son demasiado grandes para tus pequeñas orejas; no caben dentro de ellas").



Mary Bishop, *A Girl Hemmed in by Red Zigzags*, 1969. Wellcome Collection ©

La forma en la que Jas percibe el mundo que la rodea, dictada por la semejanza en lugar de la secuencialidad del pensamiento adulto, altera y determina el entramado narrativo de este libro. Con una destreza impaciente, el arco se construye no sólo en torno a eventos lineales sino a partir de una serie de metáforas extendidas que dan la pauta de los cambios de escenas. En cierto punto, por ejemplo, la narración describe cómo la madre cura y prueba los quesos que prepara: “And she’d eat a piece of cumin cheese just the way she ate the white bread during communion at church, just as thoughtfully and devoutly, slow and staring” (“Y entonces comía un pedazo de queso de comino del mismo modo en el que comía el pan blanco durante la comunión en la iglesia,

con el mismo aire pensativo y devoto, lento y con la mirada perdida”). A partir de la intromisión de este símil, que compara el queso con la hostia, la escena cambia y pasa a describir la religiosidad de la familia.

El recurso de la metáfora, la agilidad y agudeza de la mente infantil, y esa lógica particular y atinada de la niñez, están avasallados por el duelo, se vuelven agrios y perturbadores a partir de la muerte del hermano. Los niños de esta novela son seres sin escrúpulos que se dejan llevar por sus pasiones más oscuras. Se explora a lo largo de sus páginas una de la violencias más difíciles de entender, de juzgar, de categorizar: la crueldad inocente de la infancia. Tanto Jas como Obbe inciden en actos brutales, se lastiman entre ellos y a otros seres vivos de formas profundas que los dejarán marcados para siempre. El descubrimiento preadolescente de la sexualidad, uno de los motivos recurrentes, pasa por el sadismo y el incesto; la libido para estos niños está cargada siempre de muerte.

La novela se estructura en torno al vacío semántico que supone la violencia pura, cruda, visceral, de la que somos capaces los seres humanos. Este retrato en sombras de una etapa de la vida que nuestra sociedad suele idealizar me remite a la exploración que Michael Haneke hace de la infancia en películas como *El listón blanco* (2009) o *Benny’s Video* (1992). *The Discomfort of Evening* también es afín a *Lord of the Flies* pues en ambas la ausencia (en un caso simbólica y en el otro literal) de las figuras de crianza desencadena un borramiento de límites y la creación de una cosmología alternativa, radiante y perturbadora por partes iguales.

Si bien es un hallazgo la forma en la cual le autore estructura la pulsión narrativa en torno al pensamiento metafórico, la segunda parte del

libro pierde algo de su ímpetu, se mueve entre escenas con menos destreza y por momentos se estanca, volviéndose episódica. Una serie de saltos entre escenas crudas en los que no hay un arco narrativo claro ni una cohesión definida vuelven pesada y densa la lectura de la última parte. Además, hay algunos motivos recurrentes a los que les falta trabajo y profundidad. Sin embargo, me quedo con la exploración no edulcorada que esta novela hace de la niñez y el duelo, con la forma tan inusual con la que integra la metáfora y con sus muchas aproximaciones, algunas de ellas bastante sórdidas, a la escatología. [U](#)

SU CUERPO DEJARÁN

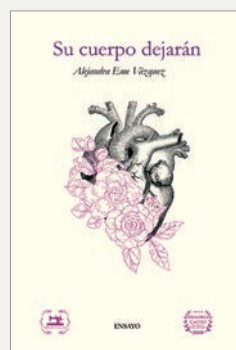
ALEJANDRA EME VÁZQUEZ

HABLEMOS DE CUIDADOS

Thania Aguilar

A cada paso vamos dejando pedacitos de nuestro cuerpo en el tiempo. Se desdibujan la buena vista, el oído afilado y los dientes. Se evapora el color del cabello, se desvanece la agilidad, mental y corporal, se empaña la memoria. Nos convertimos en seres cercanos a la muerte. Pero antes de que llegue ese momento, la vejez sólo se enuncia desde el futuro indicativo. Si la infancia es ese lugar al que accedemos a través de los recuerdos, a la ancianidad sólo nos asomamos desde la imaginación. Desde las artes adivinatorias, la especulación o la literatura. Y, notoria y gradualmente, a través del tiempo.

En el ensayo *Su cuerpo dejarán* (2019), ganador del premio Dolores Castro 2018, Alejandra Eme Vázquez se asoma a la vejez a través de la otredad. Y es que la autora compone los doce capítulos de su libro en torno a la figura de su abuela materna, una mujer de noventa años que prefiere los nopales sobre la tinga de res y a quien conocemos durante las labores de cuidado que su nieta desempeña una vez que renuncia a su trabajo como profesora de secundaria. Aun con ello, no es un libro que se interese por retratar una etapa del ciclo de la vida o la cotidianidad de un personaje. Si la autora escruta con detenimiento a Abuela es únicamente para entender las dinámicas y las estructuras que subyacen en el espacio privado. Para entender qué es cuidar y



Enjambre Literario,
Ciudad de México, 2019.

dejarse cuidar. Para entender los miedos, prejuicios y tabús en torno a su propia idea de la ancianidad.

La vejez es sólo la puerta de entrada que le permite a Eme Vázquez abordar también, desde su condición de cuidadora remunerada, la precarización y las dinámicas que se desprenden del trabajo doméstico, en lo íntimo pero también en la esfera pública y como imposición del Estado. Asimismo analiza la forma en que las mujeres han sido socializadas no sólo para el trabajo doméstico sino también para no ser “Ancianosvenerables”, es decir, legítimas portadoras del uso de la palabra. La autora ensaya desde el resabio de las experiencias cotidianas, desde el feminismo y desde el pensamiento crítico. Echa luces puntuales con una perspectiva que podría pensarse encasillada en lo académico.

Además de la prosa gentil y la agudeza y claridad de sus argumentos, *Su cuerpo dejarán* juega también con un manejo de recursos ensayísticos versátiles. Bien Eme Vázquez los usa para desdoblar apuntes o historias paralelas mediante los (a veces muy extensos) pies de página, como cuando relata los desafortunados eventos en torno a la olla exprés; o para ilustrar un punto, como con el test de visibilidad laboral; o bien para incluir guiños y recursos, como los anexos que ofrecen una *playlist* colectiva para escuchar en la vejez y el adelanto de una novela de cuidados por escribir. En ese sentido, leer este libro resulta un ejercicio bastante lúdico.

También existe una enorme dimensión emotiva en el texto, pues hablar de cuidados, senectud y afectos implica pensar en distintos tipos de vulnerabilidades, individuales y colectivas. Porque, en palabras de la autora: “Se cuida lo frágil, lo débil o lo imperfecto: lo importante, lo valioso, aquello que no concebimos perder. [...] El tema es cómo y desde dónde se cuida”. Porque la vulnerabilidad no sólo involucra lo cuidado, sino también al cuidador. Estar a cargo de un cuerpo ajeno también tiene consecuencias —emocionales, físicas, económicas, sociales— que deben atenderse; ante eso, “cuidar sin remuneración es inhumano y no debería recaer en una sola persona”, dice la autora. Quien cuida también necesita atenciones y soporte. Quien cuida también se quiebra. Y puede que uno de los planteamientos más sensibles sea que el acto de valentía consiste en no tener miedo de exponer esas fisuras para dejarnos acompañar cuando algo nos duele.

Su cuerpo dejarán es un libro feminista no sólo desde su escritura sino también desde las condiciones de su publicación. Y es que los tres proyectos editoriales que arropan la primera edición (Kaja Negra, En-



Corinna von der Groeben, de la serie *Ute*, 2013. Cortesía de la artista

jambre Literario y El Periódico de las Señoras) comparten los mismos principios: dar a conocer y promover el trabajo de mujeres escritoras que, en una industria cimentada en el neoliberalismo y el patriarcado, encaran muchos más riesgos de ser relegadas, poco difundidas o ni siquiera publicadas. Además, estas editoriales respaldan el interés por el espacio digital y las posibilidades que internet ofrece para generar diálogos y encuentros. En un fragmento de la presentación del libro (cabe recordar que aún se puede descargar en distintos formatos), sus editoras afirman:

Las reflexiones de Alejandra no se enuncian desde la romantización del cuidado, sino que articulan un diálogo con los fenómenos sistémicos que imponen papeles y guiones sobre la vida de las mujeres [...]. Alejandra teje en su escritura cuerpos con experiencias específicas. Su tarea se vuelve fundamental porque nos recuerda que no aceptaremos más un mundo donde no se nos permita hablar a nosotras.

La autora desmonta el ornamento de los discursos asociados a la vejez y el trabajo doméstico y sustrae el romanticismo de las labores impuestas a las mujeres en los espacios familiares: la falsa idea de que si cuidamos lo hacemos sólo por amor.

Su *cuerpo dejarán* abraza a la vez que confronta y materializa con sencillez, sin pretensiones, esa frase que reza: "Lo personal también es político". Pero sobre todo hace énfasis en una discusión necesaria que, quizá porque sucede a puerta cerrada, suele tener un perfil bajo: la de la importancia de no precarizar las tareas que sostienen la vida. De lo crucial que es hablar de cuidados. **U**

LAS MALAS

CAMILA SOSA VILLADA

FORMAS CONCRETAS DE LA POESÍA

Ave Barrera



Tusquets,
Buenos Aires, 2019.

En *Las malas*, la novela con que Camila Sosa obtuvo en 2020 el premio Sor Juana Inés de la Cruz, la voz que narra se abre por completo ante quien lee para revelar la experiencia transgénero desde dos ángulos distintos: el relato iniciático, donde la protagonista se arroga su identidad, y el relato de familia, donde la Tía Encarna acoge bajo sus alas maternales a la comunidad de mujeres trans que se prostituyen en el parque Sarmiento y de la cual la protagonista forma parte. Se trata, a todas luces, de una ficción autobiográfica. El testimonio de vida que Sosa ha hecho público en diferentes medios coincide con la historia de su personaje: un origen precario, la violencia del padre, la experiencia de la prostitución y una suerte de deuda con la comunidad que le brindó protección y afecto durante esa etapa, que se intenta saldar por medio de las palabras.

Sin embargo, aun cuando las referencias autobiográficas sean tan puntuales y evidentes, la novela va mucho más allá del relato testimonial o de la crónica, géneros con que algunos críticos y el propio prologuista, Juan Forn, asocian la obra. No digo con ello que el relato sea menos verdadero, sino que se llega a la verdad por el camino del artificio literario. Existe en *Las malas* una compleja textura tanto narrativa como discursiva que da a la novela una elevada calidad literaria. La elaborada maquiación del relato queda, no obstante, muy bien escondida; costuras invisibles hilan una trama desgarradora, vital, que fluye con la naturalidad de un testimonio: la experiencia transgénero en una de sus más remotas periferias, las amenazas constantes del odio, de la exclusión, la posibilidad de terminar “tirada en una zanja” y, por supuesto, la falta de amor.

Al mérito que tiene la novela en cuanto a su forma, se suma el valor de lo semántico, un vasto trasfondo que enraiza en la narrativa de la transformación, en *Las metamorfosis*, en el papel de Tiresias que logra mediar entre dos planos para propiciar el pase mágico de la empatía. La estrategia literaria con que la voz narrativa consigue integrar los valores del fondo y la forma es la creación de imágenes poéticas.

La historia comienza en el parque, frente a la estatua de Dante: “las travestis trepan cada noche desde ese infierno del que nadie escribe, para

devolver la primavera al mundo". Es ahí donde la Tía Encarna escucha un llamado, el llanto de un niño abandonado en una zanja, cagado y casi muerto de frío. La Tía decide quedarse con él a pesar del miedo a ser acusada de secuestro. Lo llaman "El Brillo de los Ojos", ellas vuelcan sus cuidados sobre él, y él las llena de esperanza. Al final de esa primera noche la protagonista despierta en el sofá para ser testigo de una imagen avasalladora: la Tía Encarna amamanta al bebé con su pecho "relleno de aceite de avión", "el gesto de una hembra que obedece a su cuerpo".

Por supuesto, la configuración de los personajes — desde lo significativo de sus nombres hasta la forma en que son descritos — contribuye a que las imágenes poéticas logren el efecto deseado: la conmoción. De la Tía Encarna se nos dice que tiene 168 años, su cuerpo es un mapa marcado por el odio, "exageraba como una madre, controlaba como una madre, era cruel como una madre", pero también era capaz de pasar la noche en la comisaría para sacar del calabozo a alguna de las chicas o "el día entero intentando extirpar algún virus de nuestro cuerpo o algún pelo encarnado en el bigote".

En torno a la matriarca se encuentran figuras emblemáticas, como La Machi Travesti, una suerte de sacerdotisa capaz de realizar curas milagrosas, preparar brebajes "e inyectar silicona líquida, todo por el mismo precio"; María la Muda, fiel acompañante de la Tía, que participa de forma muy activa en el cuidado de Brillo, y que no por modesta es menos feroz; el Hombre sin Cabeza, amable y dulce en todo momento, un veterano de los que llegaban a Argentina provenientes de las guerras libradas en África y que solían enamorarse de las travestis porque a su lado "era más fácil compartir el trauma"; Natalí, a la que cada 28 días había que encerrar porque se convertía en feroz lobisona, o Sandra, la travesti más melancólica de la manada, a quien los clientes golpeaban por llorar, y está Laura, embarazada de gemelos, con la ropa y el cabello llenos de pasto porque recibía a los clientes ahí mismo, entre los arbustos: "Siempre era una fiesta ver llegar su bicicleta que sonaba como una caja llena de campanitas, su panza enorme que era como un augurio, su decisión de cambiarlo todo".

Durante una conferencia, luego de describir a la mujer que le dio la bienvenida al parque Sarmiento en los mismos términos con que se describe a Laura en la novela, Camila —la autora— exclama: "¡¿Pensaron



Christopher Dombres,
Venus transgénero, 2016 ©

alguna vez que la poesía pudiera tener una forma tan concreta?!". Me parece que las imágenes que elabora la novela con cada personaje, con cada metamorfosis, constituyen un intento sobresaliente de dar forma concreta a la poesía y producir en los lectores el ímpetu de la bondad.

Mientras que el relato de la Tía Encarna se ve atravesado por la sororidad, los cuidados, el maternaje, el sentido de comunidad como táctica para hacer frente a las hostilidades; en el relato de iniciación la protagonista se encuentra completamente sola ante el odio de su padre y del mundo, hace frente a numerosas agresiones al tiempo que se da a la tarea de construir su identidad: "tengo la determinación de no convertirme en prostituta [...], pero también me pregunto quién soy yo para no acatar el destino que todas acatan". A la voz determinista del padre, que condena a la protagonista a acabar en una zanja, se superpone la voz de la Tía Encarna: "Tenés derecho a ser feliz". La iniciación se consuma bajo el amparo de una familia adoptiva que la reconoce y la acepta, ahí recibe su bautismo y adquiere la experiencia, las aptitudes para defenderse, para sobrevivir aun cuando ocurre la desintegración de la comunidad, "esa red de protección que nos funcionaba por el mero hecho de estar ahí, todas juntas". El universo de la Tía Encarna desaparece. Camila queda en pie, le corresponde contar la historia y para hacerlo recurre a la poesía. Es así como la narradora en su papel de Tiresias da cuenta de la más sublime de las transformaciones: la de cambiar odio por ternura, y trocar la violencia en amor. **U**

LAS VOLADORAS

MÓNICA OJEDA

EL CONJURO DEL LENGUAJE

Isabel Zapata

Con la potencia de un vendaval, las primeras páginas nos elevan hasta un espacio en el que mujeres de un solo ojo ahuyentan caballos, hablan el lenguaje del bosque y supuran miel de las axilas. Y ahí permanecemos durante el resto del libro, suspendidas en el aire entre zumbidos de abejas, observándolo todo desde las alturas. El viaje es atrevido y no está libre de riesgos: un recorrido por pueblos, páramos, montañas y

volcanes donde lo sobrenatural se impone a lo terrenal. Hablo de *Las voladoras* (Páginas de Espuma, 2020), el nuevo libro de relatos de la ecuatoriana Mónica Ojeda, quien ya antes nos había sorprendido con tres inquietantes novelas: *La desfiguración Silva*, *Nefando* y *Mandíbula*, thrillers psicológicos que plantean una hipótesis confirmada en estos ocho relatos: lo que más nos aterra es lo que tenemos cerca.

“¿Bajar la voz? ¿Por qué tendría que hacerlo? Si uno murmura es porque teme o porque se avergüenza, pero yo no temo. Yo no me avergüenzo”, declara la protagonista del primer cuento y la frase resuena tan hondo en el resto del libro que funciona como un manifiesto de todas las voces que le siguen: un coro de mujeres violentadas, rabiosas, rebeldes, poderosas; mujeres sin cabeza o con la cabeza demasiado bien puesta; mujeres que sangran, que se desnudan, que resisten, que celebran rituales en jardines secretos, que hablan con los animales o los asustan o se convierten en uno; que abortan, que se aman como acto de desafío, que anhelan amputaciones, libertad, venganza.

Hay terror en el sonido, en las variaciones del rojo —“rojo aguja, rojo raspón, rojo canoa, rojo hígado, rojo pulga”—, en el paisaje y en las leyendas de los Andes ecuatorianos, en los olores que desprende la dentadura de un padre decrepito, pero sobre todo hay terror en una sociedad en la que florecen, como maleza imposible de controlar, la violencia, el feminicidio y el incesto. Escoger como protagonistas a las voladoras, mujeres poderosas que levantan la voz y ponen el cuerpo en juego sabiendo que éste será despreciado, también es tomar una posición política. Sin embargo, si bien la intención de denuncia, por llamarla de algún modo, está presente en el libro, no opaca ni se impone sobre otras preocupaciones igualmente importantes. Por ejemplo, la búsqueda de la belleza, que resulta evidente en la cuidadosa selección de cada palabra para construir atmósferas y demostrar que lo bello se encuentra a veces en los rincones más oscuros. Esta vena lírica —Ojeda ha publicado también un par de libros de poesía— atraviesa varios relatos que funcionan como poemas en prosa. Con el lenguaje elástico de los conjuros, la autora sugiere que otra forma de relación con el mundo es posible y se pregunta qué voces suenan cuando nos atrevemos a escuchar.

“Amar es temblar”, afirma Luciana en “El terremoto”. “Estaba meando sobre las piedras como un animal de páramo porque eso es lo que soy, una criatura que orina sobre lo bello”, se define Ana en “Soroche”. “Me gusta la sangre porque es sincera”, dice la narradora de “Sangre coagulada”. “¡Aprendamos a llorar! Llorar es hermoso. Llorar es darle de beber a la piedra, darle de beber al desierto”, invita una mujer dicho-



Páginas de Espuma,
Madrid, 2020.



Sophia Pinheiro, *Vândalas Máscaras*, 2020. Cortesía de la artista

sa en "El mundo de arriba y el mundo de abajo". ¿De qué manera se calla el silencio cuando afinamos el oído y prestamos atención?

Las voladoras es un libro desafiante que podría incluirse en lo que se perfila desde hace algunos años como una tradición renovada de narradoras de lo sobrenatural; un género que ha sido denominado "terror social latinoamericano", aunque no sé si a Ojeda le guste el término. Lo cierto es que los relatos parten de la convicción de que, lejos de ser una emoción menor o un simple divertimento, el miedo en sus representaciones más cotidianas nombra lo que nosotros llamamos. Quizá por eso la literatura de terror nunca había estado tan en la mira como ahora, cuando muchas de las voces narrativas más potentes del panorama literario en nuestro continente son mujeres diciendo lo indecible sobre los terrores colectivos que surgen de un contexto histórico y social particular: Mariana Enriquez, Liliana Blum, María Fernanda Ampuero, Ariana Harwicz, Fernanda Melchor y un largo etcétera. Este nuevo canon en formación, junto con sus límites permeables (por decir lo menos) entre lo terrenal y lo sobrenatural, nos enfrenta a una dura realidad en la que lo macabro se esconde a plena luz del día y los fantasmas son engendros que andan sueltos por ahí y con los que caminamos por la calle, codo a codo. ("Un signo exterior e invisible de un temor interno", así define al fantasma Ambrose Bierce en su *Diccionario del diablo*).

La madrugada del 31 de octubre dos policías detuvieron a un hombre que empujaba un diablito en la esquina de Chile y Belisario Domínguez. Del vehículo cayeron un par de bolsas de plástico, dentro de las que uno

de los agentes alcanzó a ver pedazos de una carne que luego describió como “muy blanca”. Sobre el fondo negro de las bolsas de basura distinguió un brazo, un hombro, una oreja. Eran los cuerpos desmembrados de Alan, de doce años, y de Héctor, de catorce, hijos de indígenas mazahuas que terminaron como carne de cañón del crimen organizado. Sus cadáveres estaban a punto de ser desechados a cambio de dos grapas de cocaína.

Este cuento de terror ocurrió en lo que llamamos el *mundo real*, más específicamente en el Centro Histórico de la Ciudad de México, cuadrante muy transitado en una urbe de casi diez millones de habitantes. Estos dos cadáveres concretos, pero que bien podrían ser fantasmas en un relato de ficción, dan cuenta de cómo la violencia política —en toda la extensión de la palabra— echa raíces profundas en nuestra indiferencia, y estas palabras que Ojeda escribió en *Nefando* resuenan en mi cabeza mientras leo la historia de Alan y Héctor en las noticias: “Ellos no fueron víctimas de una monstruosidad, sino de una humanidad; una humanidad abyecta que todos padecemos en nuestra carne y mente, con variaciones, claro, pero al final estamos conectados por esa misma naturaleza oscura”.

Lo aterrador —insiste Ojeda en *Las voladoras*— está más cerca de lo que creemos. A veces basta con mirarnos en un espejo. [U](#)

¿POR QUÉ TE EMPEÑAS EN SUFRIR ASÍ? PIONERAS DEL FEMINISMO COREANO

KIM MYEONGSUN, NA HYESEOK Y KIM YRYEOP

UN MAPA DE ASOMBRO A TRES VOCES

Oliverio Coelho

Casi un siglo después de que Kim Myeongsun, Na Hyeseok y Kim Yryeop publicaran sus cuentos, el contexto sociocultural de Corea cambió drásticamente, pero algunos objetivos de la lucha feminista de aquella época, rápidamente reprimidos por convenciones sociales y prejuicios culturales, siguen en pie.

La niña misteriosa, *Kyeonghee* y *Despertar* son títulos publicados en la década de 1920, durante la cruenta ocupación japonesa de la penín-

sula, y fueron recibidos primero con condescendencia y luego con hipocresía. Por entonces, las autoras estudiaban en Japón, que se había abierto tibiamente a Occidente, donde se empaparon de ideas que en Corea, tras cinco siglos del dominio de la dinastía Joseon (1392-1910), regida por los valores estrictos del confucionismo y sus jerarquías, todavía no eran bien recibidas. Las formas de opresión contra la mujer estaban institucionalizadas, su confinamiento en el hogar no contemplaba ningún tipo de libertad y se asemejaba al de una persona obligada a permanecer en eterna cuarentena.

Al mismo tiempo, es importante señalar que la educación formal era impartida en lengua china y sólo los nobles accedían a ella en las academias. En ese entonces a nadie se le ocurría que las mujeres pudieran aprender la lengua culta ni la escritura. Los textos que sobrevivieron a este escenario opresivo fueron anónimos y escritos exclusivamente en hangeul, el alfabeto popular, cuyo uso promovió el rey Sejong en 1443.

Las tres autoras reunidas en *¿Por qué te empeñas en sufrir así?* comparten un destino de estigmatización y segregación que tuvo salidas diferentes en la vida de cada una. En el caso de Kim Yryeop, fue el misticismo. En el de Na Hyeseok y Kim Myeongsun, la exclusión y la pobreza extrema: el final en un hospicio y en un hogar de caridad, respectivamente. Pioneras del feminismo y mártires del patriarcado.

En todos los casos, la osadía literaria estuvo acompañada por la toma de libertades en las costumbres que la sociedad coreana de la época no perdonó. La mujer infiel, la mujer divorciada que no toleró más la vida de concubinato, pasaba a ser algo así como una leprosa, una desclasada, una vagabunda. Na Hyeseok y Kim Myeongsun, de hecho, vivieron en carne propia esa anomia. Buena parte de estos textos proviene de experiencias personales.

Podríamos abordar cada cuento siguiendo un mapa de asombro. Cuando hablamos hoy del patriarcado, no mencionamos el lugar subhumano de las mujeres mártires, condenadas a servir a sus maridos, a sus hijos y a sus suegros. Hablamos de otra cosa: de opresión y desigualdad de oportunidades, pero no de *esclavitud* —entendiendo al esclavo como aquel privado de derechos—.

En estos textos la reivindicación feminista no es una lucha por la libertad del cuerpo, sino algo anterior: la lucha por la libertad del ser.

El primero de los relatos, “La niña misteriosa”, plantea el asunto más extraño y escabroso: ¿hasta dónde se extiende la garra del derecho patriarcal? La respuesta es: hasta la propiedad de los hijos. La des-



Traducción de Sunme
Yoon, Hwarang,
Buenos Aires, 2019

cendencia es exclusivamente paterna, y si la madre es expulsada, si es abandonada, si huye del hombre para alcanzar cierta independencia, no tiene derecho a llevarse a su hijo. Éste es criado por la familia del padre, de lo cual deducimos una propiedad intrínseca vinculada al estatus socioeconómico.

El caso de la niña misteriosa es bastante particular, porque su madre, asfixiada por el desamor y la falta de libertad, se quita la vida. El abuelo, para evitar que su nieta repita el destino de la madre, le cambia el nombre. Así, vagan anónimamente por el país, y siempre que se sospecha la identidad de la hermosa niña —ya que el padre detenta cierto poder político— el abuelo reemprende la fuga para poner a salvo a su nieta.

La prosa de Kim Myeongsun es fluida y apegada a las formas modernas del cuento. Presenta a sus personajes con una coartada sumamente eficaz: bosqueja a la protagonista, Bomne, desde la mirada de los habitantes del pueblo. Es justamente una visión intrusa —un hombre con binoculares a la distancia— la que desata una huida frenética que el narrador, en el capítulo siguiente, desde una perspectiva omnisciente, se encarga de resolver. El efecto es sorpresivo, ya que irrumpe un punto de vista más parecido al de un investigador que en las últimas páginas resuelve el caso atando todos los cabos sueltos con información no presentada al lector anteriormente.

Por su parte, el cuento “Kyeonghee” quizás sea el más elaborado del conjunto y el que ilustre con mayor alcance el sinnúmero de desigualdades y prejuicios que enfrentaba la mujer en la Corea de los años veinte. El escenario es la vida doméstica en una casa típica de clase media, y transcurre en espacios que se consideraban de dominio femenino: cocina, dormitorio, patio. Las mujeres de la historia hablan sobre lo que sucede afuera, como si estuvieran confinadas. La presencia de los hombres es exterior, hasta que un asunto clave se manifiesta como el nudo del cuento. Entre la cocina y las alcobas se desenvuelve la protagonista, Kyeonghee, dialogando críticamente con su cuñada y su madre.

Podemos decir que Na Hyeseok es especialista en retratar las tensiones que atraviesan el interior de la mujer de esa época. El matrimonio entonces aparece como una cuestión central, de clase y de supervivencia. La familia, después de rechazar varias ofertas a instancias de Kyeonghee, decide que ya es momento de casarla y que no pueden desaprovechar el interés de una familia notable de la zona. Es el padre el que, en contra de la voluntad de su hija, decide aceptar la oferta porque con “diecinueve años ya” tal vez no reciba otra mejor.



Mujeres de clase alta bordando, ca. 1915, postal impresa por Hinode shoko. The New York Public Library ©

La lucidez con la que Kyeonghee —y por supuesto la autora del cuento— define este intríngulis, después de haber descrito el clima conspirativo femenino —paradójicamente una confabulación contra el orden imperante—, resulta magistral. En una suerte de memorable monólogo final, en respuesta a la frase “Si te casas con esa familia, vestirás buenas ropas y comerás hasta el hartazgo el resto de tu vida”, Kyeonghee se debate entre la aventura de la existencia libre y la seguridad que implica la obediencia al mandato paterno y a la etiqueta confuciana:

[...] los que sólo viven para comer no son seres humanos sino animales. Un ser humano es aquel que obtiene la comida con su propio esfuerzo, aunque sólo sea cebada y no arroz. Vivir de lo que tiene mi marido, que a su vez tiene lo que tiene porque lo ha heredado de sus ancestros, no me haría diferente de los perros.

Podemos en este punto hablar de revelación y de despertar. Como bien dice la traductora de este libro, Sunme Yoon, “lo llamativo de este relato es que no sólo impugna el discurso negativo que circulaba sobre la ‘nueva mujer’, sino que presenta al mismo tiempo las características ideales de la mujer moderna”.

El relato “Despertar”, de Kim Yryeop, tiene varios elementos en común con los dos anteriores. Por un lado, escenifica el lugar asimétrico de la mujer en el universo conyugal. Por otro, la relación con la familia paterna. Además, otra vez, la educación aparece como la única alternativa posible para acortar la brecha de desigualdad entre el hombre y la mujer.

Pero más allá de estos elementos comunes, lo distintivo del relato es el punto de vista osado: una mujer que le escribe una carta, en dos tiempos distintos, a una amiga. En la primera parte narra el calvario de su vida en la casa de sus suegros, donde se desenvuelve casi en el rol de sirvienta, y el pequeño remanso de felicidad que llega con las cartas de su marido desde Japón.

En la segunda parte, años después, revela su tragedia. Con ocho meses de embarazo, después de no recibir más misivas de su esposo, encerrada con su suegra, le llega un día la carta esperada. Pero, contrario a lo habitual, con el mensaje su marido la abandona y ella opta por otro destino no tradicional: estudiar y graduarse.

Acepta orgullosa el divorcio y meses después entrega a su hijo a la familia paterna.

De ningún modo pienso sacrificar mi vida por mucho que ame a mi hijo. [...] Por supuesto que el deber de todo padre y madre es criar y educar a sus hijos para que lleguen a ser personas completas, pero en la medida en que uno de los progenitores —en este caso el padre— cuente con los medios necesarios para ocuparse del niño, no tengo por qué resignarme a un trato insultante a cambio de poder quedarme junto a mi hijo.

Estas autoras activaron en el inconsciente colectivo algo que ponía en riesgo un equilibrio que había sido conservado por la ideología confucionista durante quinientos años. Tuvo que pasar medio siglo más —durante el cual la presencia de las mujeres en el campo literario coreano fue mínima— para recuperar visibilidad y para que autoras como Suah Bae, Eun Heekyun, Han Kang, Pyun Hye-young y Ha Seong-nan, entre otras, trazaran los contornos de una nueva literatura para el siglo XXI. [U](#)

UN AMOR

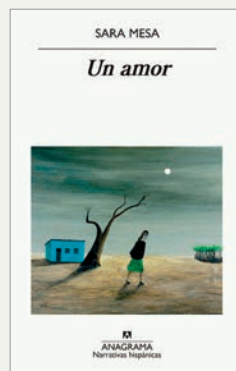
SARA MESA

CAMINAR HACIA DENTRO

Elvira Liceaga

Una mujer quiere comenzar de nuevo. Nat debe tener treinta y tantos años, esa edad en la que todavía se puede pretender que es posible abandonar todo y a todos para empezar de cero. Se muda, entonces, a un pueblo llamado La Escapa donde "nunca se ven mujeres solas". Ésta es una comunidad rural tan pequeña que todos sus habitantes se conocen, están al tanto los unos de los otros, con ánimos protectores pero también moralinos y casi de vigilancia. No hay espacio para el anonimato que ella parece estar buscando. Los vecinos del pueblo forman un grupo de personas amigables sólo en lo aparente, con una cercanía muy reglamentada.

"Cualquier tipo de exilio —nunca olvido esta frase de Sándor Márai— es una huida." No sabemos de qué huye Nat, quizá ella tampoco.



Anagrama,
Barcelona, 2020

La protagonista se refugia en La Escapa y la entiendo, conozco esa necesidad de quitarse la vida vivida de encima. Yo también he querido llevarme conmigo los recuerdos que otros tienen de mí, avergonzada de la persona que he sido. Quién no ha fantaseado con romper, desaparecer y olvidar. Nat lo ha intentado, pero se lleva a sí misma.

La protagonista renta una casa traqueteada en este otro lugar, en medio de una nada seca y calurosa. Lava los cristales de las ventanas, friega los pisos, limpia la mugre hasta del más recóndito rincón del que será su nuevo hogar, pero la casa tampoco puede empezar de nuevo. Al contrario, sin las reparaciones necesarias se viene abajo. Ese sitio debería ser el lugar seguro que ella necesita. Pero además del grifo que gotea, las arañas y las hormigas, y el polvo acumulado en los rincones, la vivienda tiene otro problema: un arrendador que detesta a las mujeres y que conserva una copia de la llave para entrar y salir cuando él quiera. Es un hombre que conozco: la ve a los senos y no a la cara cuando le habla, le dice que no sabe lo que dice. Un machismo en palabras y actos que a mí también me ha desestabilizado. “¿Qué piensas, que te voy a violar o qué?”, le dice él una de las veces que entra sin permiso.

La mira con desprecio, de arriba abajo. Luego se gira hacia la bañera, se agacha murmurando, manejando sus herramientas. Dice bajito —aunque Nat lo oye perfectamente— que está harto de las mujeres. Cuanto más les das, dice, peor les parece. Están todas locas, son unas maniáticas.

“Muchas mujeres hemos vivido ciertas situaciones incómodas que al querer contarlas te das cuenta de que no hay palabras para explicarlas porque no ha pasado nada”, me respondió Sara Mesa en una entrevista. “Muchas veces te acusan de que te estás imaginando las cosas, de que eres una malpensada. Que él tenga las llaves y se ofrezca a arreglar cosas es súper siniestro. Yo quería andar por esa cuerda floja que genera una atmósfera de tensión y oscuridad constante.” Esa ambigüedad donde caben sutiles violencias es el río de agua turbia que corre debajo de *Un amor*.

El vínculo con el casero es sintomático. Una advertencia. No es la única relación que amenaza su nueva vida. No quiero revelar el engranaje de la novela porque creo que irremediabilmente arruinaría la experiencia brutal de la lectura. Sólo diré que como lectores se retorcerán en el asiento tratando de nombrar lo innombrable. Van a preguntarse dónde comienzan y dónde terminan las violencias emocionales. Van a



Gustav Söderström, *Sleep and Old Concrete*, 2007 ©

preguntarse si la soledad es peligrosa, aunque no debería serlo. ¿La soledad respecto a otros?, ¿a una misma?

En *Un amor* van a rasgar el concepto de amor para pensar más bien los juegos de poder en la pareja, en las tantas formas de ser pareja, de estar juntos, de intimar, de coger. Tantas posibilidades que, sin embargo, nos empeñamos en uniformar o disciplinar con mitos que educan o maleducan al romantizarlo todo. El amor no se articula en el lenguaje del concepto. Aquí hay variaciones de lo pasional y lo obsesivo, por donde se asoma una locura muy cercana. Hay, sobre todo, deseo y la necesidad de una mujer vulnerable de sentirse validada. Una mujer adulta que, como dijo la autora, “ha mamado desde niña la idea de que su valor como mujer está en el ser deseada”. Las expectativas no se cumplen, y ésa es una de las muchas razones por las que esta novela, a pesar de situarse en una realidad ajena al común de los lectores, con personajes que podrían parecernos (ojalá) anticuados de tan conservadores, es realista. Y también diré que, además de las personas del pueblo, hay un personaje fundamental: Sieso, el perro que el casero le consigue a Nat. Un animal callejero, feo, solitario y sin educación. Un perro que no quiere dueño. Tal vez la relación que establece con él nos da las claves para entender las ligaduras que Nat tiene con los seres humanos.

La narración en presente y en una tercera persona que entra y sale de la cabeza de la protagonista tiene un pulso perverso: ella no es dueña ni de sus propios pensamientos. O tal vez sí y esos prejuicios, distorsiones y dilemas éticos le pertenecen. Digo, porque es cierto, que quiero

leer a mujeres valientes, ejemplos de desobediencia y fortaleza, pero leer a una mujer desde su fragilidad me ha parecido a su manera importante. Yo, como Nat, también me canso de luchar todo el tiempo contra mí misma para ser la mujer inspiradora que me gustaría ser.

La interioridad de Nat se desenvuelve en una obra de arte en prosa. Se trata de una apuesta estética por un lenguaje al mismo tiempo tenso y contemplativo. Nat, de hecho, es traductora. Nadie trabaja más de cerca con el lenguaje que los traductores.

Se levanta pero no se decide a hacer nada en concreto. Sobre la mesa está la traducción por donde la dejó, una página con una reflexión acerca del silencio, "de notre silence en particulier, une qualité de silence en particulier". Pero si el silencio es la ausencia de palabras, ¿cómo puede existir un silencio "en particular"? ¿No deberían ser iguales todos los silencios, como es igual siempre el color blanco?

El lenguaje le quita el sueño. Avanza a un ritmo pausado y maldito en armonía con la ruralidad abandonada del escenario, con la cadencia del vaivén de pensamientos imparables y a ratos agonizantes. La gran apuesta, una apuesta bien ganada, es el mecanismo mental de una mujer rompible. *Un amor* es un libro que "camina hacia dentro". Tan honesto que está lleno de preguntas y no de respuestas. **U**

NUESTROS AUTORES



**Thania
Aguilar**

(Villahermosa, 1990) estudió comunicación en la FCPys de la UNAM. Es editora y a veces escribe. Lleva Archivo de Erratas, un canal en Telegram donde comparte recursos y curiosidades de la industria editorial. Le gusta la fotografía y es partidaria de las victorias chiquitas.



**Soledad
Álvarez
Velasco**

es doctora en geografía humana por el King's College. Actualmente es investigadora postdoctorante en la Universidad de Houston y coordina el proyecto *(In)Movilidad en las Américas y covid-19*. Su investigación se centra en el nexo entre migración irregularizada en tránsito, régimen de control migratorio y neoliberalismo.



**Ave
Barrera**

(Guadalajara, 1980) estudió letras hispánicas en la Universidad de Guadalajara y letras modernas portuguesas en la UNAM. Ha trabajado como editora, traductora y profesora. Sus novelas *Puertas demasiado pequeñas* y *Restauración* han obtenido los premios Sergio Galindo y Lipp. Coordina la Colección Vindictas de la UNAM.



**Sara
Bertrand**

es una escritora chilena, tallerista de Laboratorio Emilia de formación. En 2017 ganó el New Horizons Bologna Ragazzi Award con *La mujer de la guarda* y el White Ravens con *No se lo coma*. Ha sido traducida al italiano, francés, catalán y portugués. *Afuera*, su última novela, fue publicada por Emecé en 2019.



**Javier
Betancourt**

estudió letras francesas, psicología y comunicación. Sobre todo es un gran lector, cinéfilo y estudioso autodidacta de la mitología antigua, los símbolos, las culturas y religiones antiguas. Ha sido crítico de cine en la revista proceso desde hace más de 23 años. Es astrólogo, atiende a personas en todo el mundo.



**Iréri Ceja
Cárdenas**

es estudiante doctoral en antropología social en el Museo Nacional, Universidad Federal de Río de Janeiro. Es coordinadora del Mapeo Polifónico, proyecto de *(In)movilidad en las Américas*. Estudia distintos procesos de movilidad en Sudamérica, con énfasis en violencia, cuerpo, tiempo y políticas de vida.



**Oliverio
Coelho**

(Buenos Aires, 1977) es autor de *Los invertebrables*, *Borneo*, *Un hombre llamado Lobo*, *Bien de frontera*, *Parte doméstico* y *Hacia la extinción*, entre otras obras. Ha colaborado con suplementos culturales nacionales e internacionales y fue incluido por *Granta* en la lista de los 22 mejores escritores jóvenes de habla hispana.



**Raúl H.
Contreras
Román**

es doctor en antropología por la UNAM e investigador del CENICH. Sus campos de interés son la antropología del tiempo —en particular las orientaciones de futuro—, la antropología económica, los estudios rurales y la etnografía del Valle del Mezquital en Hidalgo.



**Adolfo
Córdova**

es periodista y escritor. Maestro en literatura infantil y juvenil por la Universidad Autónoma de Barcelona y Premio Nacional Bellas Artes de Cuento Infantil Juan de la Cabada 2015 por *El dragón blanco y otros personajes olvidados*. Tiene un blog especializado en libros para niños y jóvenes: linternasybosques.com



**Elisa Díaz
Castelo**

es poeta y traductora. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía Alonso Vidal 2017. Es autora de *Principia* (2018) y *El reino de lo no lineal* (2020). En inglés, sus poemas han sido premiados por Poetry International, Literal Latté y Tupelo Quarterly. Ha sido becaria Fulbright, del Fonca y de la Fundación para las Letras Mexicanas.



**José
Edelstein**

es físico teórico del Instituto Gallego de Física de Altas Energías, Universidad de Santiago de Compostela. Escribió los libros *Antimateria, magia y poesía* (2014), *Cuerdas y supercuerdas* (2016) y *Einstein para perplejos* (2018). Fue premiado por la FECYT (España) y por el Ministerio de Ciencia (Argentina).



**Salvador
Fabela**

es biólogo y doctor en ciencias biomédicas por la UNAM. Realizó una estancia posdoctoral en la Universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill y ahora explora la estrecha relación hospedero-microbiota intestinal en la Facultad de Medicina de la UNAM. Los dinosaurios y la fauna del abisal son sus hobbies.



**Silvia
Federici**

(Parma, 1942) es una escritora italoestadounidense que desde el feminismo ha discutido el rol de la explotación de la mujer en el sistema capitalista. Es autora de *Calibán y la bruja*. En 2020 publicó *Reencantar el mundo*, donde discute la necesidad de desarrollar valores comunitarios pese al capital y el Estado.



**Nona
Fernández
Silanes**

(Santiago de Chile, 1971) fue seleccionada en 2011 como uno de los 25 Secretos Mejor Guardados de la Literatura Latinoamericana, por la FIL Guadalajara. Ha publicado una colección de historias cortas y varias obras de teatro. Algunas de sus novelas han sido premiadas y traducidas al alemán, francés e italiano.



**Sofía Flores
Fuentes**

es bióloga egresada de la UNAM y maestra en comunicación de la ciencia por la Universidad de Sheffield, Inglaterra. Se ha desempeñado como servidora pública, como docente de la UNAM y como comunicadora independiente. En 2018 fue reconocida por el British Council en el programa Future Leaders Connect.



**Gabriela Frías
Villegas**

estudió matemáticas, literatura inglesa y filosofía de la ciencia. Coordina la Unidad de Comunicación de la Ciencia del Instituto de Ciencias Nucleares de la UNAM. Está interesada en procesos interdisciplinarios que involucren a las artes y la ciencia. En 2016 obtuvo el Reconocimiento Sor Juana Inés de la Cruz de la UNAM.



**Ana
Galvañ**

(Murcia, 1980) es comiquera e ilustradora especialista en creatividad y dirección de arte. En 2010 ganó el Premio Especial del Jurado en Creacom III. Sus historias han aparecido en publicaciones como *Mortland*, *Nobrow*, *Off Life*, entre otras. Sus obras en solitario son *Podría ser peor*, *Alguien Dijo... 100% real* y *Trabajo de clase*.



**Alejandro
García Abreu**

(Ciudad de México, 1984) es ensayista, editor, periodista cultural y traductor. Autor de *El origen eléctrico de todas las lluvias*. Coautor de *Géographies du Vertige dans l'œuvre d'Enrique Vila-Matas*, *Línea de sombras* e *Inventar lo posible*. Fue editor de la revista *Nexus* y becario de la FLM y del Fonca.



**Gastón García
Marinozzi**

(Argentina, 1974) es escritor y periodista. Autor de las novelas *Viaje al fin de la mentira* y *El libro de las mentiras*.



**Sarah
Howe**

Poeta británica nacida en Hong Kong en 1983. Su libro debut, *Loop of jade* (2015), fue galardonado con el premio T. S. Eliot. Ha colaborado en espacios periodísticos como *The Guardian*, *The Sunday Times* y *The Financial Times*. Además de su trabajo como poeta, se desempeña como académica y editora.



**Elvira
Liceaga**

de día es locutora y productora de radio (conduce el programa "Las partículas elementales" en el 105.7 FM). También es profesora de literatura hispanoamericana. De noche intenta ser escritora; su libro de cuentos *Carolina y otras despedidas* se publicó en 2018 en Caballo de Troya. Es egresada de la FFyL de la UNAM.



**Amin
Maalouf**

(Beirut, 1949) escritor libanés de lengua francesa, que reside en París. Ha sido galardonado con el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 2010. Es miembro de la Academia Francesa, ocupando la silla número 29, en la que sucedió a Claude Lévi-Strauss.



**Robin
Myers**

(Nueva York, 1987) es poeta y traductora. Sus poemas han sido traducidos al español y publicados en las ediciones tituladas *Amalgama*, *Lo demás* y *Tener*.



**José Emilio
Pacheco**

(Ciudad de México, 1939-2014) fue poeta, narrador, ensayista y traductor. A partir de 1986 fue miembro de El Colegio Nacional y miembro electo de la Academia Mexicana de la Lengua. Es considerado uno de los escritores mexicanos más relevantes del siglo xx.



**Trevor
Paglen**

es un artista que investiga lo invisible a través de lo visible con imágenes, esculturas, periodismo de investigación, escritura, ingeniería y proyectos de sitio específico. Ha expuesto en museos como el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía; el Metropolitan Museum of Art y Tate Modern. En 2017 fue nombrado MacArthur Genius.



**Edmundo
Paz Soldán**

(Cochabamba, Bolivia, 1967) es profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Cornell. Autor de once novelas y de varios libros de cuentos. Sus obras han sido traducidas a más de una decena de idiomas.



**Joca Reiners
Terron**

(Brasil, 1968) es autor de obras como *La tristeza extraordinaria del leopardo de las nieves* y *Do fundo do poço se vê a lua*, por la que recibió el Premio Machado de Assis de la Biblioteca Nacional en 2010. Ha traducido obras de Enrique Vila-Matas, Richard Brautigan, Mario Levrero y Roberto Bolaño.



**Adrián
Román**

es cronista, guionista, poeta. Nació y creció al oriente de la ciudad, en Iztacalco. Tiene 42 años. Ha publicado *Pinche paleta payaso*, *La noche del Sandunga* y *La piedra de las galaxias*. Tiene dos cocker negros.



**Papús von
Saenger**

(Panamá, 1970) es escritor, guionista y director de cine. Coescribió el guion de *Chance*, que se estrenó en Panamá en 2009. Escribió y dirigió la cinta *Acapulco Sunset*. Ha colaborado en varios medios y proyectos editoriales. *Años de elecciones. Un policiaco sobrenatural* es su primera novela.



**Tamara
Tenenbaum**

(Buenos Aires, 1989) es licenciada en filosofía y trabaja como periodista, docente y escritora. Publicó el poemario *Reconocimiento de terreno*, el ensayo *El fin del amor* y el libro de cuentos *Nadie vive tan cerca de nadie*. Sus textos han aparecido en *Revista Anfibia*, *Vice*, *Los Angeles Review of Books*, *Tierra Adentro*, entre otros.



**Guadalupe
Valencia García**

es doctora en sociología por la UNAM. Investigadora del CEEIICH de la UNAM. Sus líneas de estudio son el tiempo social, los usos y discursos temporales y su relación con las identidades sociales. Co-coordinadora del Seminario de Estudios sobre el Tiempo.



Jorge Volpi

(Ciudad de México, 1968) es narrador y ensayista. Desde 2016 funge como coordinador de Difusión Cultural de la UNAM. Su libro más reciente es *Una novela criminal* (Premio Alfaguara 2018).



Isabel Zapata

(Ciudad de México, 1984) escribió *Las noches son así*, *Alberca vacía* y *Una ballena es un país*. En 2015 fundó Ediciones Antílope junto con cuatro amigos.